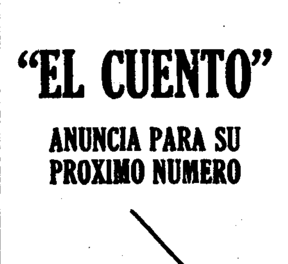


EL CUENTO
EN ESTE NUMERO
UNOS CUANTOS
TOMATES EN UNA REPISITA
POR EFREN HERNANDEZ
El Cuento que será la Sensación del Año!!
ADEMAS:
UNA DELICIOSA COLECCION
DE CUENTOS ROMANTICOS
AGOSTO - $1.00 EL EJEMPLAR

LA EDITORIAL "RELOX"

Tiene el gusto de participar a sus lectores, que después de haber cimentado su primera publicación periódica "EL CUENTO", está estudiando la forma de iniciar la intensa obra editorial que desde un principio se propuso, y espera que en breve estará en condición de anunciar los nombres de algunas de las obras que editará bajo su signo.



EL HOMBRE DEL DESPERTADOR

otra magnífica colaboración mexicana, escrita especialmente para "EL CUENTO" por el autor de la discutida novela "Resaca", CESAR GARIZURIETA

LIN GIU FON, una deliciosa novela corta del cuentista cubano MANUEL ANGEL ECHEVARRIA que en este número "EL CUENTO" presenta al público mexicano.

ADEMAS:

Otro bellísimo cuento del gustado autor húngaro de el "SACRIFICIO DE LA MUELA", Sandor Hunyadi, que se titula "MADRASTRA"

Y COMO DE COSTUMBRE, UNA BELLA SELECCION DE CUENTOS Y EL FINAL DE EL "AHORCADO REAHORCADO"

¡TODO POR SOLO UN PESO!

"VIAJE A UN DIVAN"

DE BENJAMIN JARNES

EN EL PROXIMO NUMERO

DE

EL CUENTO







ESTO NO ES CUENTO, PERO LO PARECE
Una Pequeña Sugestión

Por MARTIN PANZER.

¿Ha sido usted hipnotizado alguna vez? ¿Lo ha sido? Piense usted. ¿Ha sido usted hipnotizado alguna vez? Usted puede ser hipnotizado. Usted puede ser hipnotizado. Sí, sí puede usted ser hipnotizado. Incluso *usted* puede ser hipnotizado. ¿Sabe usted lo que quiere decir ser hipnotizado? Simplemente que usted actúa bajo la dirección de otra persona, mediante un proceso de sugestión. Así de sencilla es la cosa. Entre más concentra usted su atención en la sugerencia que ha recibido, más fuerte es la hipnosis. Yo lo puedo hipnotizar a usted. Usted me puede hipnotizar a mí. Antes de que pasen veinticuatro horas, usted se va a tocar el codo izquierdo con el índice de su mano derecha. Usted va a tocarse el codo con el índice. Usted se va a tocar el codo izquierdo, con su índice de la mano derecha. ¿Lo entiende usted bien? Antes de que pasen veinticuatro horas, si usted lee èste artículo hasta el final, va a tocarse el codo izquierdo con el índice de la mano derecha. Entre más intente resistir hacerlo, más probable es que lo haga. Y si usted se toca el codo izquierdo con el índice de la mano derecha, usted habrá sido hipnotizado por mí, aunque yo esté a cientos de millas de distancia de usted. Quizá no lo haga inmediatamente, sino hasta que pasen algunas horas. Pero si usted está leyendo con atención el presente artículo, va a llegar un momento en que usted no pueda resistir el impulso de tocarse el codo izquierdo con el índice de la mano derecha. Quizá usted se sienta desconcertado después de haberlo hecho. Quizá tenga usted la impresión de ser un tonto mientras lo está haciendo. Pero el hecho es que usted lo hará. Usted lo *hará*. A menos de que usted tenga una débil personalidad y no pueda concentrarse en la sugestión mía, usted lo hará. Usted se tocará el codo izquierdo con el índice de la mano derecha, antes de que pasen veinticuatro horas.

Usted va a intentar no pensar más en èste artículo. O va usted a pensar en él, tratando de vencer el impulso de tocarse el codo izquierdo con el índice de su mano derecha, antes de que el día termine. O simplemente se va a reir, pensando que soy muy ingènuo con escribir èsto. Pero si usted termina de leer este artículo, antes de que pasen veinticuatro horas, usted se tocará el codo izquierdo con el índice de la mano derecha. No impor ta cuál sea su opinión presente sobre èste artículo. Usted va hacer lo que yo le digo, antes de que pasen veinticuatro horas. Y si usted lo hace, usted ha sido hipnotizado. Cierto, yo no puedo obligarlo a usted contra su propia voluntad. Pero es el caso que usted va a hacerlo sin que esto sea contra su voluntad. En cuanto usted lea èste artículo, va a ser de su voluntad tocarse el codo izquierdo con el índice de la mano derecha.

Algunas personas son más sensibles que otras al poder de sugestión. Yo he visto muchos hombres que, en estado de hipnosis, pueden

resistir sin dolor alguno que se les entierren alfileres en la carne. Ni les dolía, ni las heridas sangraban. Y he visto a muchas mujeres hacer cosas extraordinarias bajo la influencia del hipnotismo. Todas estas personas estaban mucho más fuertemente hipnotizadas que usted, que está leyendo este artículo. Porque si usted realmente lee ésto hasta el final, usted quedará hipnotizado. Quizá solamente un poquito, pero hipnotizado en verdad.

Eso es el hipnotismo: sugestión. No hay nada místico o sobrenatural en el fenómeno. Todo lo que usted hace, lo hace bajo el peso de alguna sugestión. Cuando usted hace algo que no está en su costumbre hacer, algo raro o extraordinario como en el caso presente, usted está hipnotizado. La diferencia es solamente de intensidad.

Ordinariamente usted no se tocaría el codo izquierdo con el índice de la mano derecha. Pero antes de que veinticuatro horas hayan pasado, usted va a responder a mi sugestión, haciéndolo. Y usted habrá sido hipnotizado. Si su capacidad de concentración y su sensibilidad son finos, quizá usted suspenda la lectura para tocarse el codo izquierdo con el índice de la mano derecha. Si su sensibilidad y su capacidad de concentración no son de tan alta calidad, usted tardará horas en obedecer mi sugestión. Pero de todos modos, usted lo hará. Usted lo hará. El sólo hecho de que su mente está en estos instantes reflexionando sobre mi sugestión, es casi una garantía de que antes de que pasen veinticuatro horas, usted se tocará el codo izquierdo con el índice de la mano derecha.

Quizá en un momento dado usted estará comiendo, o trabajando. O quizá esté entretenido en una charla con un amigo. Pero este artículo estará haciendo presión en su ánimo, y de repente, usted no podrá resistir el impulso, y se tocará el codo izquierdo con el índice de su mano derecha. Usted quizá lo haga como una casualidad, para ocultar de usted mismo el hecho de que se sintió obligado a hacerlo. Pero usted lo hará. Usted lo TIENE que hacer. Se lo he sugerido a usted con tal fuerza, que usted no tendrá más remedio que responder a la sugestión. Entonces usted podrá afirmar que ha sido hipnotizado. Quizá usted se resista a hacerlo hasta la hora de irse a dormir. Pero usted no podrá cerrar los ojos esta noche hasta que se haya tocado el codo izquierdo con el índice de la mano derecha. La idea no lo dejará dormir, lo hará revolverse en la cama sin poder conciliar el sueño, hasta que usted se haya tocado el codo izquierdo con el índice de la mano derecha. Hasta que usted lo haga, hasta entonces podrá dormir.

Comprenda usted: yo no puedo hipnotizarlo contra su voluntad.

Pero si usted ha leído hasta aquí, ya no será contra su voluntad. Ya el trabajo ha sido hecho. Yo lo he hipnotizado a usted.

No importa qué método uso. Quizá le suene a usted esto como brujería. Quizá piense usted que necesita tocarse el codo izquierdo con el índice de la mano derecha, para deshacerse de la confusión que he creado en su mente con este artículo. No importa qué piense usted, el hecho es que habrá obedecido. Lo cierto es que usted se estará tocando el codo izquierdo con el índice de la mano derecha.

Y eso es todo.

ANTES DE QUE PASEN VEINTICUATRO HORAS, USTED SE TOCARA EL CODO IZQUIERDO CON EL INDICE DE SU MANO DERECHA.

Cuando usted lo haga, sabrá que ha sido hipnotizado.

LA RECUERDA USTED?

"LA RECUERDA USTED?" es un novísimo juego literario que "El Cuento" inaugura desde este número, para poner a prueba la memoria y la capacidad asimilativa del lector, al mismo tiempo que lo hace recordar aquellas obras que debe haber leído alguna vez, si presume de tener cierta cultura literaria. El juego consiste en lo siguiente: de nuestra biblioteca hemos tomado un lote de tres obras cuyos autores son tres escritores de gran celebridad, conocidos ampliamente. Hemos abierto cada volumen en una página que el azar ha designado, la cual hemos copiado íntegra, transcribiéndola textualmente a continuación. La gracia del juego consiste en que usted pueda recordar, a la simple lectura de cada párrafo transcrito, el título de la obra a que pertenece y el nombre del autor. Para hacerle más sencillo el recordatorio, vamos a darle la siguiente guía: el párrafo transcrito de la primera obra y que aparece aquí marcado con el número 1, pertenece a un libro de cualquiera de estos escritores españoles: Quevedo, Arcipreste de Hita, Cervantes, Unamuno, Francisco de Rojas. El marcado con el número 2, es una novela de alguno de estos escritores ingleses: James Joyce, Bernard Shaw, Shakespeare, Oscar Wilde, Chesterton. El autor del párrafo que lleva el número 3, es uno de los italianos siguientes: Pirandello, D' Annunzio, Dante, Marinetti, Manzoni. Con estos datos, usted debe recordar, después de la lectura de los párrafos que van en seguida, y haciendo un poco de memoria, cuál es el nombre del autor que escribió esos renglones y a qué obra suya pertenecen. Si usted acierta en este juego sin mucho trabajo, demuestra que su memoria es excelente lo mismo que su capacidad asimilativa. Si no da pronto, sino más tarde de un gran esfuerzo, su memoria y su asimilamiento en la lectura son medianos. Si usted no acierta de ninguna manera, tiene usted mala memoria o no ha leído usted ninguna de esas obras, debiendo proponerse hacerlo a la primera oportunidad. Para que usted compruebe si ha acertado, en otra página de este mismo número, damos las soluciones correctas. Pruebe usted y que tenga buen éxito.



1

"Reventaban de risa con estas cosas los duques, como aquellos que habían tomado el pulso a la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulación de la Trifaldi; la cual, volviéndose a sentar, dijo: "Del famoso reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas más allá del Cabo Comorín, fué señora la reina doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon a la infanta Antonomasia, heredera del reino la cual dicha infanta Antonomasia se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la más antigua y la más principal dueña de su madre. . . .

Sucedió, pues, que yendo días y viniendo días, la niña Antonomasia llegó a la edad de catorce años, con tan gran perfección de hermosura, que no la pudo subir más de punto la Naturaleza. Pues, digamos ahora, que la discreción era mocosa. Así, era discreta como bella, y era la más bella del mundo, y lo es, si ya los hados envidiosos y las parcas endurecidas no le han cortado el estambre de la vida. Pero no habrán; que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal a la tierra, como sería llevarse en agraz el racimo del más hermoso viduño del suelo. De esta hermosura (y no como se debe encarecida de mi torpe lengua) se enamoró un número infinito de príncipes, así naturales como extranjeros, entre los cuales, osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular que la corte estaba, confiado en su mocedad y en su bizarría, y en sus muchas habilidades y gracias, y facilidad y felicidad de ingenios; porque hago saber a vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacía hablar; y más que es poeta y gran bailarín, y sabía hacer una jaula de pájaros, que solamente a hacerlas pudiera ganar la vida cuando se

viera en extrema necesidad; que todas estas partes y gracias son bastantes a derribar una montaña, no que una delicada doncella. . .”



Se sentó en un rincón del salón de recreo, haciendo como que miraba un partido de dominó, y por dos o tres veces pudo oír la cancioncilla del gas. El prefecto estaba a la puerta con varios muchachos y Simón Moonan le estaba atando las mangas falsas del hábito de los jesuítas ingleses. Estaba contando algo acerca de Tullabeg. . . . .

Por fin se marchó de la puerta y Wells se acercó a Stephen y le dijo:

—Dinos, Dédalus, ¿besas tú a tu madre por la noche antes de irte a la cama?

Stephen contestó:

—Sí.

Wells se volvió a los otros y dijo:

—Mirad, aquí hay uno que dice que besa a su madre todas las noches antes de irse a la cama.

Los otros chicos pararon de jugar y se volvieron para mirar, riendo Stephen se sonrojó ante sus miradas y dijo:

—No, no la beso.

Wells dijo:

—Mirad, aquí hay uno que dice que él no besa a su madre antes de irse a la cama.

Todos se volvieron a reír. Stephen trató de reír con ellos. En un momento, se azoró y sintió una oleada de calor por todo el cuerpo. ¿Cuál era la debida respuesta? Había dado dos y, sin embargo, Wells se reía. Pero Wells debía saber cuál era la respuesta, porque estaba en tercero de Gramática. Trató de pensar en la madre de Wells, pero no se atrevía a mirarle a él a la cara. No le gustaba la cara de Wells, había sido el que le había tirado a la fosa el día anterior porque no había querido cambiar su cajita de rapé por la castaña pilonga de Wells, por aquella castaña vencedora en cuarenta partidos. Había sido una villanía: todos los chicos lo habían dicho.



Voy de decirle a usted una cosa. Atienda bien. Si se le muere alguna persona querida, cuide de que nada le falte en el ataúd. Vístala usted, si puede, con sus propias manos; vístala completa y minuciosamente, como si tuviera que revivir, levantarse y salir. Nada debe faltarle al que se va del mundo. Nada: recuérdelo usted.

Pues bien; mire usted estos zapatitos. ¿Tiene usted hijos? Pues entonces no puede usted saber ni comprender lo que es para mí ese par de zapatitos estropeados que encerraron sus pies, que han conservado la forma de sus pies. No puedo explicárselo a usted. Nunca se lo podrá explicar ningún padre, ninguno.

Cuando entraron en el cuarto, cuando fueron a sacarme de allí, ¿no estaban todas sus ropas allí, en la silla, al lado de la cama? Por qué no me fije más que en los zapatos? ¿Por qué los busqué debajo de la cama, con ansia, con la sensación de que el corazón se me partiría si no los encontraba? ¿Por qué los escondí, como si hubiera quedado en ellos algo de su vida? ¡Ah! No puede usted comprenderlo. . .

Algunas mañanas de invierno, a la hora de ir a la escuela. . . El pobrecillo tenía sabañones. En invierno tenía los pies hechos una pura llaga y ensangrentados. Yo,. yo mismo le ponía los zapatitos. ¡Sabía yo hacerlo tan bien! Después, para atárselos, me bajaba y sentía apoyarse en mis hombros sus manos, que el frío hacía temblar. . . Pero no puede usted comprenderlo.

Cuando murió no tenía más que un par. El que usted ve. Se lo quité. Y seguramente le han enterrado así, como a un mendigo. ¿Le quería alguien sino su padre?

Ahora cojo esos dos zapatos todas las noches y los pongo uno junto a otro en el umbral, a su disposición. ¿Los verá al pasar? Puede que los vea, pero no los toca.

SE TRATA DE AMOR

SE trata de una casualidad. Como lo es el enamoramiento mismo. El tema eterno del amor se ha dado cita, esta vez, en las páginas de "El Cuento". Tal y como sucede en la realidad: por movimiento espontáneo, por un abrir de ojos inesperado, por pura coincidencia. Como se encuentran, de pronto, en la calle un hombre y una mujer y quedan para siempre prendidos en esa sutil y tremenda encrucijada que es el amor.

No es ésta, por lo tanto, una antología, ni pretende serlo, aunque lo resulte de la manera más gustosa y alegre conque a veces se clasifican las cosas por sí mismas.

Parece como si todos los autores de este número se hubieran puesto de acuerdo, desde sus distintos climas y países, para contarnos esas deliciosas historias de amor que son la mejor lectura en las tardes de lluvia. Cada uno a su manera y con arreglo a su concepción nacional, lo que da a este tomo otro valor —también sin el menor intento— de antología internacional del amor. Es, como si dijéramos, el amor hablado en todos los idiomas. Gracias a este espontáneo resultado podemos ver cómo un tema eterno e internacional tiene, sin embargo, distintas delicadezas y maneras —siquiera sean sutiles— en los distintos países del mundo.

Porque quedamos en adjudicar a un juego de la casualidad esta coincidencia en la narración de los más distintos autores. Pero no. Lo que pasa es que los escritores más temperamentales dirigen siempre sus preferencias a este tema, que es sin duda el más propicio a la exaltación y al misterio humanos, sí que también a la poesía.

El amor, divino tópico, ha llegado como tal a resultar en las personas más elementales algo así como un tema insuficiente, ingenuo por demasiado repetido. Es una de las grandes injusticias que se cometen con los temas. Lo que pasa es que, como sucedió siempre con todos los motivos eternos, fueron demasiados los escribidores que se pusieron a cantarlo a coro y a tratar de explicárselo y referirlo a los demás. Claro. El resultado ha sido toda una tremenda muralla de literatura fofa, insulsa, cuando no claramente superficial y reprobable.

El engaño se ve cuando —como aquí, en este número de "El Cuento", aunque sea por casualidad— se agrupan fuertes y deliciosas narraciones en torno a tan profundo tema. Cuando se cuentan las cosas a través de un fino espíritu, de un pensador espiritual, de un escritor, en fin. Entonces se descubre lo que es bien fácil de comprender, lo que es bien natural de discernir: que el amor será siempre uno de los temas más apasionantes y dignos de desentrañar por todos los pensadores y artistas de cualquier tiempo.

Tal creemos que sucederá esta vez a los lectores de "El Cuento".

EL CUENTO

México, D. F. (República Mexicana).— Agosto 15 de 1939.—Tomo I.—Número 3.—Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México. D, F., el día... del mes de.... de 1939.— Se publica mensualmente por la Editorial "Relox", integrada por un grupo de redactores de la revista HOY.—Oficinas generales: calle de Vallarta Núm. 1.—Apartado Postal 10405.—Teléfonos: Mexicana L-60-22 y Ericsson 2-85-64.—Gerente: Luis Alcayde.—Administradora: Lucía D. de Hernández Llergo. Precio del ejemplar en toda la república: un peso. Suscripción anual: diez pesos, seis meses: cinco pesos cincuenta centavos.—En el extranjero: ejemplar, treinta centavos de dólar.— Suscripción anual: tres dólares; seis meses; dos dólares.— No se devuelven originales.

Carátula de ARIAS BERNAL



EL CUENTO

Los Grandes Cuentistas Contemporáneos

NUMERO 3 ■ AGOSTO DE 1939 ■ TOMO I

SUMARIO

DIRECTOR
EDMUNDO VALADES

EDITORIAL
"R E L O X"
VALLARTA 1
APDO. POSTAL 10405
MEXICO, D. F.

AQUI PRESENTES...

Algo sobre los que escribieron los cuentos

JOSEPH SCHRANK

"Les Plombiers Francais", (Los plomeros franceses) que tal es el título del original en inglés, es uno de los más graciosos cuentos que han caído en nuestras manos, y que publicamos ahora, pensando en que la sátira allí encerrada contra esas malas, aunque elegantes costumbres francesas, que ya Courteline trató refiriéndose a los señores chupatintas, es en gran modo aplicable a tradiciones muy mexicanas. Su autor, Joseph Schrank, norteamericano, es un conocido cuentista que colabora en las principales revistas literarias yanquis. La traducción se debe a Arturo Alvarez B.

JOSEPH H. COLE

Joseph H. Cole es un misántropo norteamericano que no da datos sobre su vida. Su obra es bien conocida y estimada en los círculos literarios de Estados Unidos. Toda su obra tiene el mismo aire de amargo pesimismo que permea "DE NIEVE A LODO", que en este número publicamos. Fué traducido el cuento por Luisa María de Noriega Hora, que como lo habrán advertido los lectores, tiene un excelente gusto para servirnos magníficas traducciones.

FERNANDEZ LEDESMA

Poeta, Enrique Fernández Ledesma ("Con la Sed en los Labios" 1919, y "Viajes al Siglo XIX" 1933), e historiador, (Historia Crítica de la Tipografía en la ciudad de México" e "Impresos del siglo XIX" 1935), es también cuentista. "El Cuento" se complace en presentarlo en este aspecto, desconocido para muchos de aquellos que ya le conocen por su desinteresada animación a las letras nacionales, tanto en su obra literaria, como en su obra al frente de las diversas ediciones que patrocinó durante su fecunda dirección al frente de la Biblioteca Nacional de México.

MARIANA FRENK

Mariana Frenk, nació en un circo (¡ojalá fuera verdad! ¡Hubiera sido muy bonito!). Alemana, radica en México y ha traducido al español importantes obras para el Teatro de Orientación y otros teatros Hongo. Se burla de su edad —trescientos años— y es perpetuamente juvenil en sus gustos y en su temperamento. De espíritu cultivado, la charla de Mariana Frenck se cuenta entre las mejores formas que tiene Diego Rivera para perder el aburrimiento. Colaborará en "EL CUENTO" iniciando su obra con: "Y MIL AVENTURAS...."

CHIN K'UI HUAN

Una muchacha verguenza del este, de Chin K'ui Huan. El cuento es antiquísimo, pues apareció por primera vez en una COLECCION DE CUENTOS CHINOS DE AMOR en el siglo XVII. De ahí fué traducido al inglés por George Souile de Morat, y está vertido, por primera vez al español, por Aura Rostand.

MANFRED GEORGE

Inglés, Manfred George, autor de interesantísimas y valiosas producciones, es especialista en los temas sicólogicos. En "Poste Restante", el cuento que



ahora presentamos a nuestros lectores, narra una intensa historia de amor, que por su originalidad e inesperado desenlace, será seguramente de los más gustados de este número. Lo tradujo Humberto Pruneda Isla.

EFREN HERNANDEZ

"El Cuento" tiene particular honor y gran placer en presentar esta vez en sus páginas a uno de los jóvenes escritores mexicanos más limpios y con más sentido de responsabilidad de su profesión: Efrén Hernández. Escondido en su timidez, Efrén dió a conocer su valiosa personalidad al publicar su delicioso "Tachas", de quien muchos han dicho que es uno de los cuentos más puros y mejor logrados de la literatura mexicana, y que "El Cuento" espera dar a conocer alguna vez a sus lectores. Poeta de acendrada calidad, Efrén trabaja con inusitado amor por todo lo que significa letras, forjando una obra inestimable, a la cual pertenecen "Unos Cuantos tomates en una Repisita", que hoy publicamos, seguros de que convertirán a nuestros lectores en sinceros admiradores de su auténtica, personal e infalsificable obra.

M. ANGEL ECHEVARRIA

Manuel Angel Echevarría gana en medio año lo que necesita para vivir el año entero, de manera que los otros seis meses los dedica a vagar por los cafés, a enamorar a las meseras y a decir gracias en cubano. Porque, de padre mexicano y madre cubana, nació en Cuba, de donde fué expulsado por los machadistas, en vista de su actividad en los periódicos de oposición. Desde entonces radica en México, profesando la ingeniería azucarera. Acabada la zafra, viene a la Capital a vivir modestamente de sus ahorros, y a observar el mundo que pasa. En una ocasión observó a una señora Mont. Y nos dió sus observaciones en forma de cuento: "Las Joyas de la Señora Mont".

H. MORALES SAVIÑON

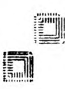
Héctor Morales Saviñón. mexicano, 25 años, vende vinos. Quizá por eso tiene tanta ilusión en la cabeza. Es cuentista en realidad, y sólo se dedica al comercio en sus ratos de ocio, que son los más. Ha colaborado ya en diversas publicaciones mexicanas, pero se empeña en colaborar en "EL CUENTO", que tiene "mejor presentación y más calidad" (Gracias). Es autor de "LA CADENA", que publicamos— y que hemos escogido creyendo que está dentro de una de las categorías de que ya una vez hablamos.

GEORGE FROESCHEL

Con una graciosa sátira a los ingenuos inspectores policiacos que hemos conocido a través de tantas novelas ídem, George Froeschel, alemán, ha escrito una simpática cosa acerca de tres sucesos positivamente sensacionales, titulándola "Sensación", naturalmente. Y ha sido traducido este cuento —alemán — por Horacio Quiñones, con la confianza de que por muy alemán que sea, causará sensación.

MARTIN STORM

Sabe usted de la terrible sensación de viajar en un barco que lleva a bordo, suelta, a una serpiente venenosa? Si le gustan las emociones, lea este nerviosísimo cuento de Martín Storm, norteamericano, radicado en México. La traducción fue hecha por Cordelia Puente.





LES PLOMBIERS FRANCAIS

Por JOSEPH SCHRANK

Ilustraciones de YIRAUDY



HAY gentes que no se dan cuenta de su buena suerte. He aquí que Charlie Harris vivía en el mejor "studio" de la **rue Notre Dame des Champs.** Una muchacha alsaciana le cocinaba la comida, luego le era servida junto a las amplias ventanas que se abrían sobre el jardín. Sus modelos eran simpáticas, sus amigos no le criticaban, su digestión era perfecta, sus ingresos constantes y regulares, y el mesero en jefe del **Coupole** lo llabama familiarmente por su nombre de pila. ¿Qué más podría desear un hombre? Pero, como digo, hay gentes que no saben darse cuenta de su buena suerte. Charlie quería un baño de regadera. Desde que había instalado sus menajes en el "studio" de la **rue Notre Dame des Champs,** había deseado poseer un baño de regadera. Quiero decir un baño de regadera que le perteneciera. Ahora bien, que el tenía **tina.** Era un de los escogidos con ese privilegio. Y cuando ya no resistía al deseo de darse un buen baño de regadera, podría haber ido a los **Bains de l'Observatoire,** casi a la vuelta de la esquina, donde por tres francos podía uno bañarse con toalla, pero sin jabón. (Uno llevaba su jabón, o compraba uno por un franco extra). Pero Charlie quería tener un baño de regadera propio. De modo que cuando llegó la primavera junto con un inesperado cheque, procedente de su tía, se decidió definitivamente.

En primer lugar, hizo confidente de su proyecto a la **concierge** para que ella le recomendara a algún plomero. La **concierge** pareció divertirse inmensamente con la idea. Sin embargo, su divertimiento se hallaba un tanto menoscabado por su asombrada admiración. Y había también otro elemento en su reacción psicológica, algo así como una sensación sensual, como si tuviese entre las manos alguna fruta exótica o estuviese oliendo algún pícaro perfume. Nunca había ella sospechado que el tan tranquilo **Monsieur Jaris** fuese un voluptuoso. Y sin embargo, —¡un baño de regadera privado!— **¡Mon Dieu!** Después de ese día, ella siempre le miró con un aire como si entre los dos participaran de un delicioso secreto.

El establecimiento de la esquina de la **Rue du Fleurus** tenía el rótulo de **M. Pettit Cia., Fils. Plombiers.** Cuando Charlie penetró en él, vió dos muchachas, como de treinta años, sentadas ante sendos escritorios amarillentos y desteñidos entre el polvo de antiquísimos archivos. Ante otro escritorio, un joven lleno de barros estaba mirando vagamente a algunos papeles, mientras se rascaba el oído con una horquilla. En un rincón estaba un aparador de cristal con muestras de artefactos de plomería —un poco enmohecidas—. Un viejo barandal de madera que atravesaba completamente el salón, resguardaba la santidad de la oficina. Nadie le hizo caso a Charlie. Se quedó parado ante el barandal, mientras las muchachas seguían su charla y el muchacho seguía su rascadero de orejas.

Por fin, Charlie tosió, y dijo:

—Perdón, pero...

Los tres oficinistas le miraron con severidad. Una de las muchachas, sin levantarse, interrogó ásperamente:

—¿Desea usted, **Monsieur**?

Parecía como si él estuviera de intruso.

Charlie explicó su caso. Los tres le escucharon con indiferencia absoluta. La muchacha le respondió:

—Tendrá usted que ver a M. Pettit.

—Bueno, no deseo otra cosa. ¿Dónde se le puede ver?

—M. Pettit no está en este momento—, dijo el muchacho, mientras se limpiaba las uñas con un alfiler.

—Sí, entiendo—, asintió plácidamente Charlie—; pero, ¿cuándo estará él aquí?

—¡Ah! ¡Eso...!

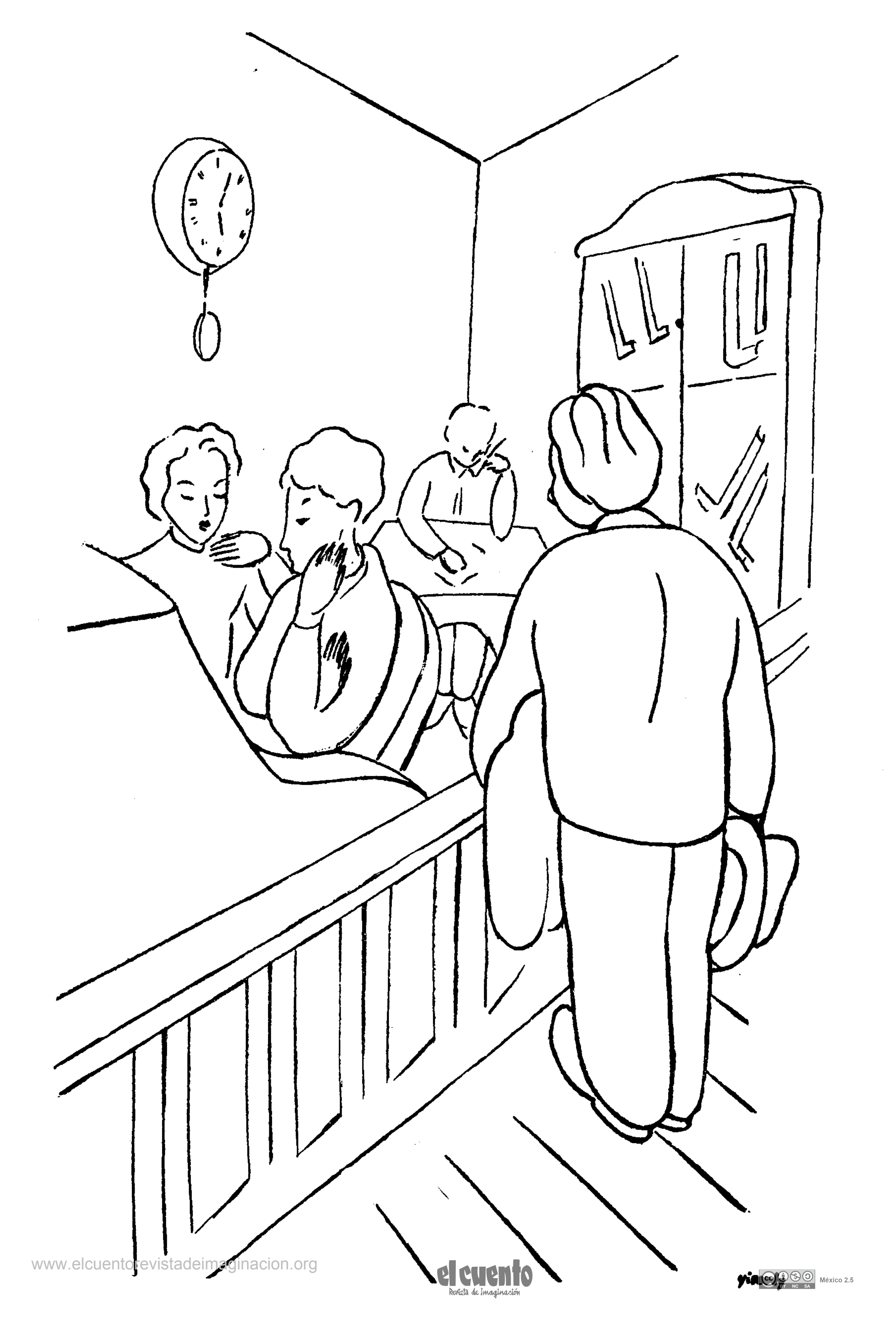
El muchacho se encogió de hombros. Las muchachas se miraron mutuamente con duda. Hubo un momento de silencio desconcertante. Una de las muchachas se puso a revisar el archivo. El muchacho comenzó a arreglarse la corbata, y, la tercera, le dijo:

—Vuelva usted en alguna otra ocasión...

Charlie continuó "volviendo" cada rato, durante algún tiempo, hasta que los oficinistas comenzaron a familiarizarse con él, y a tratarlo con más consideración y aprecio. Por fin, una tarde, una de las muchachas, en inesperado arranque de amistad, hizo notar que M. Pettit estaba en ese momento tomando su **apéritif** en la terraza del







Café a media cuadra. Lo describió bien: un hombre chaparrito, calvo, con barba, y **trés distingué.** Charlie no podría equivocarlo, añadió. Y, ¿qué creen ustedes? ¡Charlie lo encontró!

M. Pettit escuchó, paciente e interesado, asintiendo frecuentemente, y bebiendo a pequeños sorbos su copa.

—Que dice, ¿podrá usted hacerlo? —interrogó Charlie al terminar.

—Eso... ¡claro! —contestó M. Pettit—. Usted comprende, **Monsieur,** esa es mi **metier.** Pero permítame inquirir, ¿por qué quiere usted provocarse la molestia de instalar una regadera en su cuarto de baño?

—¿Qué por qué? Pues —Charlie dudó desconcertado un poco—. Pues... simplemente lo deseo tener, ¿ve?

—Sí, sí, veo, veo —dijo M. Pettit—. Claro que usted comprende, **Monsieur,** que este asunto será caro. **Muy** caro.

—¿Cuánto costará?

—¡Ah! ¡Eso ! No es tiempo aún de decirlo con exactitud—. M. Pettit se encogió de hombros y negó pesimistamente con la cabeza.— Pero, usted comprende, será caro—. M. Pettit pareció muy desanimado de repente—. Dice usted que tiene una tina?

—Sí, **Monsieur.**

—¿Entonces por qué no usarla?

—Es que sí la uso, y la usaré, aunque use también la regadera— dijo Charlie, apretando ligeramente los dientes.

M. Pettit volvió a mecer lentamente su cabeza de un lado a otro.

—Bueno, si así lo quiere...

Parecía pensar que, al fin y al cabo, ese era el entierro de Charlie, no el de él.

—Iré, pues, a su casa, el próximo jueves. ¿A las once estará bien?

—¿Y no podría usted ir antes?

—Imposible, Monsieur. Usted comprende, necesito prepararme.

Charlie se quedó perplejo. ¿Qué necesitaría preparar? ¿Su estado de ánimo? Pero todo lo que hizo fué preguntar:

—¿En cuánto tiempo tendrá todo listo?

—¡Ah! —dijo M. Pettit—, no es tiempo aún de decirlo con exactitud. Pero... como le dije, va a resultar caro. Este... ¿está usted seguro que quiere tener una regadera además de la tina?

—¡Positivamente! —exclamó Charlie, notando que le subía la presión arterial.

—Muy bien, —dijo M. Pettit, resignadamente—. A las once del jueves, pues.

M. Pettit se incorporó, haciendo una cortés reverencia. Charlie se retiró con una inquietud. Iba cavilando si no se habría metido en un lío.

El jueves en la mañana, a eso de las once, Charlie estaba pintando con furor una "Naturaleza Muerta", y estaba particularmente lleno de tranquilidad y contento, cuando sonó el timbre de la puerta. Era M.





Pettit, el plomero. Traía bastón, y usaba polainas junto con un ligero abrigo. Se inclinó.

Lo primero que llamó la atención de M. Pettit fué la "Naturaleza Muerta" que Charlie estaba pintando. Con la inexorable lógica de los franceses, M. Pettit observó:

—¡Ah Monsieur! ¡Ud. es pintor!

Charlie no tuvo más remedio que confesarlo. M. Pettit examinó la tela con aire de crítico, inclinando a un lado la cabeza, y acariciándose la barba.

—¿Le gusta? —preguntó Charlie.

—Bueno, aparece estar hábilmente pintada —dijo el plomero—. Pero yo, sabe usted, no estoy del todo conforme con la técnica moderna. Creo que ha degenerado desde la época de Cezanne. Yo derivo todo mi placer de la contemplación de las obras clásicas.

—Esto es. . . —dijo Charlie—. Y en cuanto a la regadera . . .

—¿Monsieur ha residido ya por mucho tiempo en París?

—Como tres años.

—¡Ah!. . . París es encantador. . . ¿No cree usted? Debe ser maravilloso para un extranjero venir a vivir a nuestra hermosa ciudad. . . Debe proporcionarle mucha inspiración, ¿no?

La indudable cortesía de M. Pettit hacía imposible interrumpirle en su largo discurso sobre París, las artes, la cocina francesa, el vino, las mujeres y la cultura. Debe haber sido la presencia de la hora para comer lo que lo detuvo en su conferencia. Hasta entonces "se tomó la libertad de examinar" el baño. Ahí se ensombreció la frente de M. Pettit.

—Esto está muy complicado —observó—. Muy complicado. Mucho.

Charlie no podía comprender cómo fuera eso tan complicado; pero en cuanto ya había vivido en Francia por tres años, sabía que era mejor no discutir nada, porque si no, nunca terminaría. Solamente preguntó:

—¿Cuánto costará?

Una vez más se obscureció la gálica frente de M. Pettit. Se encogió de hombros.

—Depende de muchas cosas, Monsieur —replicó—. Depende de la calidad de los materiales, de la presión que usted desee. ¡Oh!, de muchas cosas. . . También, del tiempo que tarde. . .

—¿Y cuánto tiempo tardará?

—¡Ah! Eso es imposible decirlo ahora. Unos cuantos días, sin duda.

—¿Y no podría enviar más de un plomero? —sugirió Charlie—.

—¡Naturalmente! —dijo M. Pettit—. Nunca enviamos un sòlo hombre. No le sería grato el trabajo, porque no tendría con quien platicar, Monsieur. ¿No?

Charlie tuvo que admitir que tal era el caso.

Una mañana, como diez días después, Charlie estaba hundido en el sueño más profundo, después de una gran noche escandalosa, cuando





el repicar ampuloso del timbre le destrozó la cabeza en mil trozos titilantes. Charlie abrió un ojo:

—Ora, váyanse...

Se había arrellanado más en las cobijas, cuando por segunda vez la campana lo despertó con su repique. El aparato auditivo de Charlie reaccionó como un pararrayos. Tembló. El tercer campanillazo lo arrancó de la cama a la puerta. La abrió. Tres obreros franceses con caras sonrosadas por la mañana, lo miraron alegremente.

—Somos los hombres de M. Pettit —declamó uno—. ¿Usted es el Monsieur que ha pedido un baño de regadera?

—Sí —murmuró Charlie.

Los obreros se sonrieron, asintiendo los unos a los otros, y entraron. Estaban felices. Comenzaron a mirar todo en el estudio, riendo y charlando incesantemente. Charlie, en cambio, con todo cuidado se tocó la cabeza. Parecía tener una existencia independiente. Mientras él se vestía, los obreros se pusieron a examinar el baño, que daba directamente al estudio. Repentinamente, sin previo aviso, comenzaron a trabajar con tremenda energía, destrozando parte de la pared del baño.

Charlie corrió desesperado:

—¡Por Dios! ¿Qué están haciendo?

El jefe dijo:

—Es necesario, Monsieur. La tubería tiene que entrar por debajo del piso del estudio, hasta el techo, y al baño a través de la pared Por lo tanto, tenemos que agujerar la pared, ¿no?

—¿Y es esa la única forma en que puede hacerse?

—La única forma, Monsieur. No hay bastante lugar en el baño para la tubería. El agujero lo vamos a hacer aquí—. E indicó un sitio en la pared. Charlie se trasladó al estudio, donde quitó de la pared un tapiz fino de ese lado de la pared del baño. El martilleo se reanudó con indiscutible vigor. Charlie huyó a la **Closerie des Lilas** para tomar su café con **croissants.**

—Bueno —pensó—, al paso que van estos tipos, van a terminar el trabajo en uno o dos días.

Se detuvo cuanto pudo en el Café, y cuando regresó, faltaban unos cuantos minutos para las once. Un gran agujero se abría entre el estudio y el baño. Parecían haber progresado. A las once en punto, los hombres dejaron caer sus herramientas, encendieron cigarros, e iniciaron la retirada.

—¿A dónde van? —preguntó Charlie.

—Son las once, Monsieur. Vamos al vino.

—¡Oh!

—No se preocupe. Regresaremos.

Así que salían, el jefe se detuvo:

—Perdone usted, Monsieur, mis compañeros desearían saber: si usted tiene tina, ¿para qué quiere regadera?

—Dígale a sus hombres —replicó Charlie fríamente— que deseo una regadera, porque deseo una regadera.

—**Oui,** Monsieur.





El jefe miró a Charlie con algo de ansiedad. Desde entonces los tres trataron a Charlie a distancia, con mucho cuidado, como un lunático potencialmente peligroso.

Después de la primera mañana, le pareció a Charlie que por días no se hacía nada. Los tres plomeros llegaban todas las mañanas como a las ocho y media, abandonaban el trabajo a las once para irse a beber una copa de vino, reanudando su trabajo en media hora, salían a comer dos horas, regresaban en la tarde, y terminaban a las seis. Sostenían largas conversaciones, meneando esto y lo otro, golpeando levemente con el martillo todas las llaves de agua, cortando el agua durante horas a la vez, platicando con la **concergie**, examinando con curiosidad sus libros en inglés. Aparentemente, no se realizaba ningún progreso. El agujero permanecía abierto en la pared durante días y días. La energía de la primera mañana había desparecido por completo. Reclamó, rogó, todo en vano. Ellos le trataban de calmar, asegurándole que no valía la pena de preocuparse. Una mañana no aparecieron, faltando dos días. Luego le explicaron que un trabajo de emergencia los había entretenido. Otro día simplemente se sentaron durante horas, sin hacer nada. Le explicaron que estaban esperando una pieza especial que no llegaba. A veces Charlie los oía discutir durante horas enteras sobre la técnica de la plomería. En tales ocasiones, dejaban a un lado su herramienta, y se entregaban de corazón al debate. Charlie apeló a M. Pettit. Este caballero fué aún más solícito en sus esfuerzos por calmarlo. Los obreros le habían confiado ya su teoría acerca del estado mental de Charlie.

Charlie narró sus visicitudes a un amigo, que ya tenía muchos años de residir en Francia.

—¿No comprendes, Charlie? Es muy sencillo. Se apresuraron a romper la pared, para que luego no te arrepintieras del trabajo. Luego lo hacen con toda calma.

De verdad parecía sencillo.

Después de una semana de esto, cuando Charlie estaba ya desesperándose llegó una tarde y encontró dos tubos que iban del suelo al techo de su estudio, por la parte del baño, y a través del agujero.

—¿Y esto qué es?

—¿Dice usted, Monsieur? —inquirió atentamente el jefe.

—Digo que qué hacen esos tubos encima de la pared de este cuarto.

—Son los tubos para el baño de regadera—, explicó orgullosamente el jefe.

—¿Pero se van a quedar así, encima de la pared?

—¿Y por qué no? —interrogó asombrado el plomero.

—¡Que por qué no! ¡Echa a perder la vista de este cuarto! Los plomeros se miraron los unos a los otros, sorprendidos. Uno de ellos se atrevió a murmurar débil e incrédulamente:

—¿No le gustan los tubos, Monsieur?

—¡Gustarme los tubos! Sí, si me gustan. ¡Los adoro!





—Muchas gracias, Monsieur—, exclamó aliviadamente el plomero, mientras acariciaba afectuosamente los tubos.

—Pero —la voz de Charlie se hacía peligrosamente tranquila— los quiero escondidos dentro de la pared.

—¡Escondidos en la pared! —los obreros estaban espantados—. Pero, Monsieur, si están escondidos en la pared, nadie sabrá que están allí. ¡Nadie los verá nunca!

—Sí, eso es. Nadie los verá—. Charlie comenzó a reír un poco, locamente, y al fin, se largó a emborracharse al **Pernods.**

Al día siguiente, Charlie, sintiéndose como un convaleciente, estaba sentado ante M. Pettit en su oficina. M. Pettit se portó muy bien y con paciencia. Explicó todo. Si los tubos fueran a estar escondidos en la pared, tendría que tirarse ésta por completo, para luego ser reconstruida. Sería muy caro. Tardaría mucho. Y además, ¿para qué quería Monsieur esconder los tubos? Después de todo, no cualquiera en París podía darse el lujo de poseer tan hermosos tubos. ¡Pero si Monsieur **Jaris** podía estar orgulloso, orgullosísimo de ellos!

Cuando la obra estuvo terminada, dos tubos de hierro adornaban su sala.

Poco después, Charlie tenía una fiesta en casa, un domingo por la tarde, cuando sonó el timbre. Abrió la puerta, y se encontró con el jefe de los plomeros, acompañado de dos personas, un hombre y una mujer. Los tres estaban ataviados con su ropa dominguera. Tenían cara de expectación.

—Perdone que sea un intruso —explicó el plomero—; pero ¿podría Monsieur tener la bondad de permitirme mostrar a mis amigos la obra que hicimos en su estudio, el baño de regadera y los tubos?



DE NIEVE A LODO

Por JOSEPH H. COLE

Ilustraciones de ARIAS BERNAL



ME acerqué a la taquilla. Había por lo menos seis personas en fila comprando boletos. Todas estaban muy bien vestidas y algo estiradas. En este elegante vestíbulo todo de mármol, yo pisaba gruesa alfombra, dándole gracias al cielo por el mal tiempo que me permitía usar mis zapatos de hule, que estaban nuevos, y que cubrían mis zapatos ya bastante viejos.

Hacía mucho que mi esposa y yo no íbamos al teatro. Apenas llegábamos a ir a unos cuantos cines. Los boletos para la función del sábado iban a ser mi regalo de Navidad para los dos. Los críticos habían calificado la obra como la mejor de la temporada, y el "Times" dedicaba una página entera a la crónica.

Como la Noche Buena caía en domingo, yo debía separar las entradas para la noche del sábado. Miré la lista de precios de las localidades. En la tarde, los asientos del segundo piso costaban dos dólares y medio. Preferimos el segundo piso porque se tiene una magnífica perspectiva del escenario y se puede oír perfectamente. No nos agradan los matinees, porque generalmente asisten en masa los clubes de mujeres. Opté por tomar dos asientos en el segundo piso para la noche del veintitrés.

Cierto que cinco dólares me parecieron mucho dinero para gastarlo en ir al teatro; pero se trataba de la Navidad y nosotros éramos jóvenes. Después de todo, teníamos derecho a divertirnos un poco. Sin embargo, cinco dólares significaban la renta de una semana. Había localidades más baratas, pero cuando voy al teatro quiero ver y oír con

comodidad. Con cierta sensación de ahogo, decidí definitivamente pagar los cinco dólares.

Ya solamente faltaba un señor un poco viejo que daba la sensación de no saber si debería comprar un boleto para esa noche, del primer piso, hacia el lado derecho, o uno para la tarde del siguiente día, del segundo piso. Miré a la joven que vendía los boletos. Era rubia y discretamente bonita. Parecía impacientarse. Le sonreí pensando que yo sí sabía exactamente lo que deseaba. Dos localidades en el segundo piso, para la noche del veintitrés. Eso era. Saqué el billete de cinco dólares, nuestros ahorros de un mes, que deberíamos haber puesto en el banco, y volví a mirar a la joven con completa serenidad.

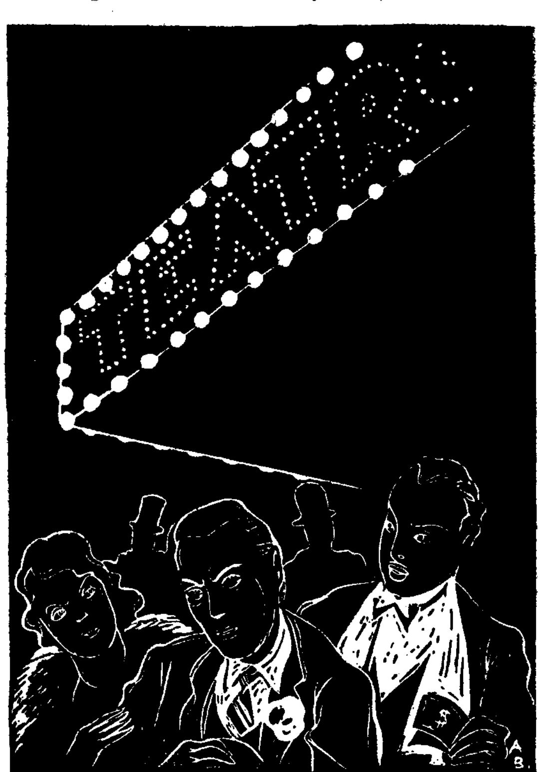
Llegó mi turno. Los ojos azules de la rubia me miraron con una interrogación. Yo estaba nervioso. No quería tartamudear ni ocupar mucho de su tiempo. Logré pedir los boletos sin manifestar demasiada nerviosidad.

—¡Es una bendición encontrar a alguien que sabe lo que quiere! —me dijo con una sonrisa.

Le dí el billete y tomé los boletos que ella había puesto dentro de un pequeño sobre.

—Gracias—, murmuré, y salí del teatro.

Agradecí la sonrisa y las palabras amables que borraron la inquietud que me embargaba. Normalmente, pasadas algunas horas, hubiese empezado a arrepentirme de gastar tanto dinero por dos horas escasas de diversión. Pero ahora no sucedió así. Cuando pensaba en la próxima representación, me acordaba de la joven rubia y bonita que me había sonreído. Aunque parezca una tontería, esa sonrisa de la cajera alegró cuatro semanas de mi existencia.



Mi esposa se burla de mí porque me preocupo tanto; ella es tan práctica, que ha eliminado el pensar demasiado acerca de las cosas. Simplemente las hace. Cuando le dije que había comprado los boletos, pensó que era una extravagancia; pero el dinero ya se había gastado y ella no permitiría que



un arrepentimiento echara a perder el placer de asistir a la función. Grace ama el teatro aún más que yo; es demasiado realista para no obtener el máximo de rendimiento por su dinero.



Los dos queríamos que ésta fuese la Navidad más dichosa de nuestras vidas, porque sería la primera que pasaríamos juntos; todavía no cumplíamos el año de casados.

Leímos con profundo interés todas las crónicas de la obra, y aquellas que no eran decididamente entusiastas, me producían un malestar físico que ni el recuerdo de la sonrisa de la rubia cajera podía aliviar. Pero cuando algún crítico decía que era un éxito rotundo, y afirmaba que la comedia era una de las mejores del teatro americano, Grace y yo nos sonreíamos el uno al otro en silencioso placer.

Por fin llegó el día veintitrés. Estábamos listos para nuestra gran noche. Un amable pariente me había obsequiado un traje suyo, algo usado, pero que mi sastre arregló de tal manera, que me quedó bastante bien. El saco estaba un poquito largo y yo sentía un exceso de tela bajo los brazos; pero el aspecto general era correcto. Dediqué diez centavos a una "boleada", más los cinco de propina. Quería yo hacer las cosas bien. Grace también se puso su mejor ropa, pero creo que sus zapatos, demasiado usados, me preocupaban más a mí que a ella. Ella apenas hizo un gesto, y levantó los hombros diciendo que si uno se preocupaba por tales pequeñeces, no valía la pena de ir.

Salíamos de la casa cuando empezó a nevar. Esto nos agradó. Sería una Navidad blanca. Antes de bajar al tren subterráneo tuve un último, magnífico gesto: compré para Grace un manojo de no-me-olvides. Y hasta me puse en el ojal un botón de clavel blanco.

La representación empezaba a las ocho y media, pero nosotros siempre procuramos llegar, cuando menos, con media hora de anticipación. Nos gusta permanecer todo el tiempo posible en el ambiente





tranquilo del salón de espera, con su media luz, sus ricos cortinajes y sus gruesos tapetes. Gozamos el momento de ser conducidos a nuestros asientos, y luego, salir de nuevo a los corredores, donde se puede fumar y charlar y mirar a la gente.

Esta noche el reloj de casa tenía diez minutos de retraso. Hice que Grace se apresurara, y llegamos al teatro a las ocho y cuarto. Los quince minutos perdidos me hicieron sentir como si me hubiesen robado quince dólares. Cuando entramos al vestíbulo, yo le iba diciendo a Grace que era una lástima que en nuestra casa no pudiéramos saber la hora exacta.

Grace me miró con su modo especial, rió, y me dijo:

—Ahora deberías sentirte feliz, ya tendrás de qué preocuparte.

Reí también, pero realmente, estaba molesto. Metí la mano en el bolsillo, buscando nuestros boletos.

Perdone, ¿tiene usted buenas localidades para esta noche?

Sorprendido, me volví. Un joven alto, distinguido, me había hecho la pregunta. Vestía de impecable etiqueta, y vi que la dama que le acompañaba era también alta, distinguida y de elegante figura. Usaba una diadema de brillantes y un ramo de tres preciosas orquídeas.

Sentí que mi cuerpo se erguía con orgullo.

—Sí; tenemos dos localidades, primera fila al centro, en el segundo piso.

Me produjo cierto placer el decir aquello. Después de todo, no éramos pordioseros.

Ahora que lo recuerdo, seguramente fué tonto sentirme tan sensible, pero un hombre no puede evitar sus reacciones.

El joven elegante miró los precios de las localidades.

Le costaron a usted cinco dólares. Ni en la taquilla ni con los revendedores he encontrado ya boletos. Le doy veinte dólares por los suyos.

Pensé rápidamente que no se los daría. Veinte dólares, me dije mentalmente, veinte dólares. . . . ¡Qué diablos! No se los doy. ¿Qué se piensa este joven con su ropa elegante? Nosotros habíamos proyectado ver la representación. La podíamos ver después. . . Pero yo la quiero ver esta noche, pensé. No, me insistí a mí mismo, no se los he de dar.

—Bueno, ¿que esperas? —preguntó Grace—, dale los boletos.

—No, querida, no vale la pena.

—Le doy veinticinco —insistió el joven.

¡Dios mío, como le odié! ¡Veinticinco dólares por dos localidades! Grace podría comprarse zapatos; yo podría comprar unas corbatas. Nuestra primer Navidad. . .

Grace me arrebató los boletos y se los dió a él.

—Gracias —dijo el joven, dándole el dinero—, y ¡Feliz Navidad!

Volteó hacia la dama elegante. —¿No te dije que los podía obtener?— Estaba él muy contento.

—¡A qué precio!, —comentó ella.

—No significaba más para mí que los cinco dólares para ellos.

El joven reía al entregar mis boletos al acomodador.

Yo tenía deseos de llorar. Logré sonreír.





—Bien, —dije a Grace—, obtuviste una ganancia de quinientos por ciento.

Ella me apretó la mano.

—Lo siento, querido, pero no era posible rehusar.

Entonces fuè a la taquilla y compró unos boletos para la noche del dos de enero.

Afuera todavía nevaba. Una Navidad blanca. Miré a la gente que entraba, gente elegante. Sentí como un vacío en el estómago.

Fuimos a un cine. En la oscuridad hice algo verdaderamente melodramático. Saqué el botón de clavel del ojal de mi saco, y lo despedacé entre mis dedos.

Después de la función, Grace notó que ya no traía la flor. Dije que seguramente se me habría caído. Me miró fijamente un instante, y luego charlamos con animación sobre la película absurda que acabábamos de ver.

Había dejado de nevar. En el suelo, la nieve, pisoteada por millares de transeuntes, era una masa sucia que se desleía. Tuvimos que caminar con dificultad entre grupos de gente ruidosa, hacia el tren subterráneo.






el cuento
Revista de Imaginación

UNA CRINOLINA GENEROSA

Por ENRIQUE FERNANDEZ LEDESMA

Ilustraciones de LOPEZ GUERRERO

EL doctor Iñiguez apuró un sorbo más de su moka, y tras un breve paladeo, de conocedor exquisito, cumplimentó a la dueña de la casa:

—Lo dicho, señora: el café de usted es único, y creo que en ninguna parte volveré a tomarlo. Sólo probé uno como éste hace muchos años, siendo niño, en la casa de mis abuelos.

—Pues éste me lo mandan de... Ahora verá usted, de...

—No quiero violar la procedencia del brebaje magnífico... Cada cual tiene sus secretos y su orgullo de conservarlos. Guárdese usted, pues, el nombre de esa región maravillosa que produce tal fruto y que será, sin duda, una miserable parcela perdida en las serranías de Michoacán, de Guerrero, de Veracruz...

—No, doctor: permítame hacer memoria. Es un pueblecillo de...

—Inútil, mi querida señora, inútil. Siga usted haciéndonos creer que su moka nos viene del Olimpo, ya que es, sin hipérbole, un licor de dioses.

Y el doctor, de un envejecimiento elegante, simpático, mundano, vehementísimo, hizo claquear la lengua contra los dientes, con el sonido peculiar con que se interpreta un paladeo goloso.

—Pero, decía usted que no le era desconocido el aroma singular de este café, y, que siendo niño...

—Sí: estoy seguro. En mi casa llegó a prepararse un café igual, y recuerdo los elogios que de él hacían los amigos de mis abuelos.

Bien, doctor, bien —dijo sonriendo la dueña de la casa— ya que usted se ha negado a saber la procedencia de mi café, tolere— tenga usted la fineza de tolerar— que yo le pregunte de dónde provenía el suyo.





—Sin ser un secreto, me temo que bien poco habremos de sacar en limpio de aquel moka famoso... Lo único que puedo decir a usted es que los sacos de lona que periódicamente caían en casa...

—¡Eh! ¿Periódicamente?

—Sí, y que, además, traían la huella, en sus bocas, de los tientos de la silla. Lo cual indica que el precioso grano viajaba a lomo de un corcel, posiblemente brioso...

—¿Y quién montaba ese hipógrafo que va dando ya color de leyenda?

—¿Quién lo montaba? El "Templao". Pero todo esto es una historia... El "Templao", los sacos de café, la casa de mis abuelos...

¿El "Templao"? Fíjense ustedes —interrumpió la linda coronela de Astivia— en el carácter del mote: parece que se nos viene encima todo un pasaje romántico de la Sierra Morena: la jaca salvaje, el bandolero heròico y perseguido, el bosque espeso, las gargantas, los desfiladeros... Y el "Templao", como un semidiós, raudo y audaz, atravesando valles y torrenteras y deteniéndose un segundo en la reja de la mujer amada...

—Está usted pintado, coronela —exclamó el doctor con un leve dejo de ironía— al espécimen sentimental de las narraciones meridionales, al personaje de la tradición andaluza, al bandido generoso, en fin... Y yo, francamente, no me atrevo a atribuir al "Templao" tan variados matices. ¿Bandido? —prosiguió animándose: así, precisamente bandido. Pero no a la usanza europea, estilizada, teatralizada, espectacular, sino al modo mexicano de nuestras fecundas asonadas del setenta... Un hombre fuera de la ley, temerario, guerrillero al principio, luego prófugo, perseguido por haber apuñalado al capitán de su compañía, y al fin habitante de breñales y cavernas y salteador de caminos. ¡Un hermoso bruto, magnífico de arrojo y de crueldad!

—¿Y quién era la mujer por la que el "Templao" exponía la vida?

—Mi abuela...

—¡Caracoles, doctor!— borbotó impertinentemente el coronel Astivia:— ¿su abuela de usted en amores con un bandolero?

¿Y quién ha dicho aquí que se trate de amores? —acentuó Iñiguez con imperceptible tono de severidad.

—Pero, entonces...

—Entonces, tenga usted calma y escuche— prosiguió el narrador, recobrando su plácida sonrisa—: escuchen ustedes, y usted especialmente, señora, si es que les interesa saber la causa por la cual llegué a probar un café tan famoso como este...

—La historia pica en intriga para que la detengamos. Llene usted de nuevo su taza y encienda este habano, doctor... ¿Nada de azúcar? ¡Bueno! Es usted un catador clásico. Y ya le escuchamos, si no precisamente con avidez, sí con una moderada impaciencia.

—¿Recuerdan ustedes al famosísimo Antonio Rojas? ¿Quién no lo recuerda, si su arrojo, sus atropellos a la ley, su crueldad, han dejado huellas palpitantes en nuestra historia de la post reforma? Pues An-





tonio Rojas, el famoso victimario de Blancarte, el condotiero del Oriente, el caudillo del desenfreno y de la ferocidad, puesto fuera de la ley por Degollado y a poco hecho coronel por él mismo; el salteador, el incendiario, el "Tigre de Jalisco", en fin, era mi bisabuelo.

¡Caracoles, doctor! —volvió a interrumpir Astivia— ¡qué fuerte— va eso!

—Era mi bisabuelo, sí, señores. ¿Qué quieren ustedes? Hay quien se vanaglorie de descender de un obispo. Yo... no diré que me enorgullezca, pero no encuentro mal llevar en mi cuerpo algunas gotas de sangre de aquel bandido...

—Entiendo eso perfectamente, interrumpió de nuevo el coronel.

—Pues Rojas, acosado de enemigos y de persecuciones, feroz e implacable en sus acometidas, tenía un hogar. Cuando llegaba a él, de tarde en tarde, a reposar su horas de zozobra, la pantera se convertía en suavísima paloma. Allí, en el refugio escondido, hallaba la paz, los días plácidos, la esposa clementísima, las hijas adorables... Una de ellas, hermosa como una infanta, menuda de cuerpo, esbelta, fragante (una de plúmbago, a la vez erguida y delicada), era mi abuela...

—¿Su abuela de usted? ¡Qué encanto! —dijo la anfitriona.

—Llamábase Rosita. Y a pesar del diminutivo y de la estatura, tenía, en mujer, el alma templada del padre. Rosita casó con un honorable terrateniente de los contornos. Un hombre sencillo, generoso y hercúleo, bueno como todos los hércules. Una especie de Porthos campesino que rezaba el rosario al atardecer y que en sus paseos por la ciudad, durante la invasión francesa, hacía sucumbir a los suavos con sólo un papirotazo en las mejillas. Mis abuelos se adoraban. El, tierno, protector, complaciente, hacía donaire de su fuerza cuando, en sus cabalgatas por el campo, colocaba a su mujer, tomándola por la cintura, con una sola mano, en la silla de montar...

—¿Con una sola mano?

—Recuerde usted que esa mano era de gigante... Mi abuela, flexible y esbelta a pesar de su maternidad, grave en sus solicitudes, vigilante y animosa, fué siempre solidaria perfecta de la suerte de su marido.

—¡Qué linda esposa! —dijo suspirando un cuarentón envejecido.

—La pareja, a los pocos años, se llenó de hijos y fué a radicarse a Guadalajara... Amplísima casa, de largos y sonoros corredores, con su cancel, sus patios, sus fuentes y sus madreselvas... La paz abundante, el ánimo tranquilo, la ilusión de vivir. Y la juventud y la energía presidiendo aquellas dos existencias.

Por entonces, la gavilla del "Templao" asolaba haciendas y rancherías. El "Templao" asaltaba las conductas, mataba a los guardas de garita, ponía celadas a los jefes de destacamento... Se le perseguía furiosamente y habíasele puesto precio a su cabeza.

Una tarde, mientras mi abuelo se paseaba por los corredores y mi abuela podaba los rosales de sus tiestos, se oyó de pronto el ruido seco de la puerta de la calle y de sus hojas, que se cerraban con es-





trépito. . .A poco un hombre, jadeante, azorado, pero resuelto, penetró corriendo a uno de los patios. Era el "Templao".

—¿Quién es usted y qué quiere? —inquirió mi abuelo severamente.

—¡Sálveme usted, señor! Me persiguen de cerca los soldados, y si dan conmigo me matarán como a un perro!

—¡Salga usted en el acto, que está comprometiendo mi casa!

Y tomando al fugitivo por un brazo se dirigió a rastras con él hacia la puerta.

—¡Iñiguez, por Dios —interrumpió mi abuela.

—¡Váyase, váyase pronto!

E iba el amo de la casa a abrir cuando se oyó a lo lejos, pero distintamente, el crepitar de los cascos de caballería.

—¡Señora, por la Virgen Santísima! ¡Sálveme su merced!—. Y el bandido cayó de rodillas.

Se oían ya, cerca de la casa, las voces de los perseguidores.

¡Señora, por amor de Dios! —clamaba el fugitivo—: yo, como usted, tengo hijos. . . ¡Apiádese de mí!

En esos momentos, fuertes golpes de culata parecían desgajar los tableros de la puerta.

—Pero, ¿dónde, dónde lo escondo? ¡Ya no hay tiempo!

—¡En nombre de la Ley, paso libre a esta casa! —gritaban los de afuera.

El abuelo fué a abrir, llevando, en una mano, bien sujeto al bandido.

—¡Iñiguez, no hagas eso!

Y con rapidísimo ademán mi abuela rescató al "Templao" y levantando la crinolina de la caudalosa falda, ordenó, severa y terminante:

—Ocúltese usted aquí; acomódese, y ni un sólo movimiento. . .

Ya era tiempo. Un teniente, seguido de diez soldados, irrumpió la casa.

—Debe haber entrado aquí un hombre. Entréguenmelo ustedes. Es el "Templao".

—Se equivoca usted— dijo el abuelo con voz tranquila:— nadie hay aquí.

—Pero si esta casa hace esquina y el fugitivo no pudo haber doblado la calle porque tenemos cercada la manzana. ¡Aquí debe estar!

—Pues busquen ustedes por toda la casa.

Hicieron un recorrido y nada encontraron.

—Me es penosísimo, señora, dijo con urbanidad el teniente, pero cumplo con mi deber; ¡necesito catear las habitaciones!. . .

—Pase usted a toda la casa y tome —dijo desprendiéndose el llavero de la cintura— las llaves de los guardarropas. Busquen, busquen minuciosamente. . .

Mi abuela manteníase de piè, cerca de sus tiestos, con unas tijeras de podar en la mano. El cateo duró media hora, al cabo de la cual aparecieron, teniente y soldados, con las orejas gachas.





—No lo encontramos. Debe haberse escapado salvando las azoteas de las casas vecinas. ¡Perdonen ustedes la molestia!

—Pero no se vaya usted así tan agitado, **capitán**— dijo dulcemente mi abuela, subiéndole un grado al perseguidor—: tome usted una copita con nosotros.

—. . . ¡Hija! —exclamó, dirigiéndose a una de las niñas—: ve al comedor y trae la botella del catalán y unas copas. . .

—A la salud de usted, **capitán.**

—Señora y señor: a la salud de ustedes. Y que pasen muy buenas tardes.

La caballería iba ya lejos cuando el "Templao" se decidió a asomar la cabeza fuera de la crinolina.

—¡Salga usted! —dijo mi abuela con agitación—: ¡salga usted y váyase ahora mismo, ahora que está anocheciendo. . .

El "Templao", con los ojos húmedos de gratitud se había puesto de rodillas y besaba humildemente las manos de la abuela.

Pudo escaparse con felicidad. Pero prosiguió sus correrías, más audaces, más crueles, más sanguinarias. Con todo, tenía tiempo de hacer, furtivamente, incursiones a la ciudad. Entonces aparecía, como una visión, en el patio de la casa. Inquiría por la abuela, arrodillábase ante ella, besábale las manos y dejaba siempre, en la banca del corredor, dos sacos ventrudos, llenos de café.

Del contenido de ellos nunca se supo la procedencia. Era, al parecer, un humildísimo presente de gratitud, y, en realidad, un regalo de príncipe. Era, ya se lo habrán supuesto ustedes, el café maravilloso que rivaliza con este moka de nuestra amiga, que hemos estado paladeando. . .







Y MIL AVENTURAS ..

Por
MARIANA FRENK

Ilustraciones de YIRAUDY



MISS Lu está parada junto al Caballito y piensa: "Ya no me gusta el bridge; ya no me gusta el tennis. . ."

Son las siete y cuarto y es mayo. Todavía hay un poco de claridad en torno a las cosas. Allá, lejos, las montañas se están envolviendo en gasas azules.

El aire es tibio, promete caricias, susurra rebeldía. Pasan muchos coches. Los choferes extienden un dedo hacia Miss Lu y algunos gritan "Libre". Ahí está Miss Lu, rubia, azul y muy blanca, terriblemente blanca, para los hombres que a las siete y cuarto van pasando junto al Caballito.

Miss Lu cierra su mano blanca, un tanto pecosa: "Ya me choca el bridge; ya me choca el tennis y Little Theatre, toronja en la mañana y en las noches flirteo. Ya me chocan Mam y Dad. Quisiera amar".





Ya no hay sino muy poca claridad en el aire. Una ráfaga agita los bucles dorados de Miss Lu, hincha su amplio abrigo blanco y le trae un perfume. . .

Oh, Miss Lu, ¿qué perfume te trae el viento que agita tus dorados bucles? Un perfume extraño es, un perfume endiablado: Rosas de Irlanda, pulque y cuero y mil aventuras que conocemos por los libros. Por los libros, sí, señor.

Miss Lu suspira y en sus ojos azules se enciende una llama oscura: "Odio el bridge; odio el tennis y Litle Theatre, toronja en la mañana y en las noches flirteo. Odio a Mam y Dad. Quiero amar". Dos veces lo piensa: Odio a Mam y Dad. Y al pensarlo, se siente libre y casi feliz.

Ahora ya no hay nada de claridad en el aire. Sólo los reverberos, sólo los rótulos luminosos. Sólo el cielo oscuro, sólo las oscuras montañas, más oscuras que el cielo oscuro.

Y ahí viene él. Lentamente se va acercando en su coche. Miss Lu le ve venir y se estremece: "Tiene dientes blancos, blancos, y el pelo lacio y fuerte de los indios. Sus ojos son más oscuros que el cielo oscuro, más oscuros que las oscuras montañas".

Muy lentamente se va acercando. No necesita señalarla con el dedo, no grita: "Libre". —San Angel, gorjea Miss Lu y tan bruscamente se sube al coche, que su amplio abrigo blanco se hincha en torno suyo, como una vela.

La portezuela se cierra y ahora vendrá algo nuevo.

Ahora vendrá algo nuevo, algo grande, algo terrible. Tiene ojos oscuros y su mirada viene de muy lejos. Fuertes y gráciles son sus manos y levemente juegan con el volante. Hay choferes que raptan a las jóvenes, a las jóvenes de piel blanca. El coche corre a cien kilómetros y ellas saltan afuera y allá se quedan tiradas en la carretera, el cráneo destrozado. A veces piden auxilio, cinco carros policíacos los persiguen, y cuando silban las balas, ellas se desploman muertas en los cojines verdes y gastados. A veces las encuentran días después en los montes, deshonradas, los vestidos rotos, una cuchillada en el corazón. Y otras veces se presentan ante el juez, los miembros llenos de espanto y terrible dulzura y cuentan lo que les sucedió. Y sus sollozos y sus ayes hacen estremecer los corazones de las muchachas. . .".

"Yo no me tiraré del coche, yo no voy a gritar, ni tampoco me presentaré ante el juez. Tú no me vas a matar a cuchilladas, pues estaré buena contigo, muy buena. . . Y para siempre seré tuya".

Palabras la sacan de sus sueños. Es él. "Qué calle", pregunta, y su voz suena como nunca antes sonó la voz de un hombre.

Miss Lu está sentada detrás de él, el corazón le late violentamente, quisiera gritar. "Pare usted, un momento", dice, y trata de decirlo con arrogancia, "voy a sentarme adelante".

Ahora está sentada junto a él. Delante de ellos la calzada se extiende bajo el cielo oscuro y las estrellas son grandes y misteriosas. "De repente todo me parecerá extraño", piensa. Arboles extraños cercarán las calles, las calles extrañas, nunca antes vistas. . . Una vez él me mira y le miro yo y luego viene el bosque, y las oscuras montañas.





El coche se para. En el monte cantan los grillos, un pájaro se queja dulcemente y el aire nos trae un perfume. . . ! ¡Oh, qué perfume nos trae! Rosas de Irlanda, pulque y cuero y mil aventuras que vamos a vivir. A vivir, sí, señor.

El coche pasa por un bache. Miss Lu despierta y mira alrededor: árboles extraños cercan la calle, la calle extraña, nunca antes vista. . . ¡Y ahora sí el asunto se está poniendo serio, Miss Lu!

Miss Lu se estremece de espanto y de terrible dulzura. "Qué feliz he estado siempre", piensa y siente que las lágrimas le están llenando los ojos y siente lo irreparable. Pero luego una gran felicidad se apodera de ella. Yergue sus pequeños senos debajo del abrigo blanco, la cara le está ardiendo, una corriente eléctrica penetra dolorosamente por sus dedos blancos y delicados.

Y ahora sí habrá qué hacer algo, no es posible que esté sentada, pasiva, esperando que suceda lo que tendrá que suceder. Y para hacer algo, pregunta: "¿A dónde me lleva Ud.?" Y su voz es oscura como las oscuras montañas y lánguida como el aire que acaricia sus mejillas—. El hombre vuelve un poco la cabeza. "Tuve que pasar por aquí. Por la otra calle no hay paso. Ya mero llegamos".



Y ya están llegando. Ahí está la casa, ahí está todo.

Miss Lu está pálida de vergüenza, de coraje y decepción. Quisiera pegar al hombre, insultarlo, escupirle a la cara, quisiera, —¡hay!— llorar. Bruscamente abre su bolsa, coge un billete de diez dólares y se lo tira a los pies. Luego corre a la casa, abre la puerta y la cierra tras sí con un golpe vehemente.

El hombre levanta el billete de diez dólares. Está feliz. "Vaya una gringa chiflada", piensa, y luego: "¿Un vestido de seda roja para Lupe? ¿Una parranda de las meras buenas? ¿Qué será mejor?".

Delante de él se extiende la calzada solitaria y las estrellas son grandes y misteriosas.





UNA MUCHACHA VERGÜENZA DEL ESTE




Por CHIN KU'I HUAN

Ilustraciones de LUIS M. RUEDA



N el vigésimo año del gobierno de Wan-Li, apareció, entre los miles de estudiantes que se reunían en Pekín para los exámenes, un tal Li, primer nombre de quien fué Chia, y de apellido Chenn-hsi o "El mil veces Purificado". Su familia era de Shao-hsing-fu, en Chekiang; su padre era Juez de la provincia de Kangsu; y el mismo Li era el mayor de tres hermanos. Había estudiado desde niño en la escuela de la provincia, y, no habiendo logrado aún el título literario, había venido, de acuerdo con la tradición, a presentarse personalmente para sustentar exámenes en Pekín. Asociado desde su adolescencia con los libertinos de la provincia, los llamados "Rama de Sauce", empezó a frecuentar teatros y salones de concierto para ir ganando experiencia. Así fué como conoció a la famosa cantante Tu, primer nombre de quien fué Mei, o "Elegancia". Como ella era la décima de su familia, fué bautizada en el teatro por Shih-niang, "La décima hija". Una exquisita seducción manaba de ella: su cuerpo era todo gracia y perfume. Los gemelos arcos de sus cejas tenían el negro que es azul en las lejanas montañas, y sus ojos eran tan profundos y brillantes como los grandes lagos en otoño. Su rostro tenía la gloria de los lotos y sus labios la gloria de los cerezos. ¿Por qué error de los dioses, esta pieza perfecta de jade, había caído en el torbellino y venido a parar entre las flores debajo del "Sauce"?...

Desde que tuvo trece años, Shi-niang ya no guardó su "huerto". Ahora tiene diecinueve, y sería imposible enumerar los jóvenes señores y príncipes a quienes ha roto el corazón; a quienes ha trastornado el pensamiento; a quienes ha hecho gastar la riqueza paterna sin ningún escrúpulo. Y decían: **"Cuando Tu Shih-niang viene a un banquete —los invitados beben mil copas grandes— en vez de una sola pequeña.— Cuando Tu Mei aparece en escena —los artistas parecen diablos".**

Debe decirse que nunca, en su apasionada vida, había Li Chia experimentado el dolor de la belleza; pero cuando vió a Shih-niang, una honda emoción lo embargó y sintió la rama de **Sauce** florecer en su pecho. Li Chia poseía dulzura y gentileza en el alma y una rara belleza en el cuerpo. Había gastado su dinero indiscretamente, con un celo sin control, para regalos de matrimonio. Y fué por esta razón que él





ejerció doble atractivo en Shih-niang, quien consideraba que la falsa juventud y la avaricia son lo opuesto a la rectitud. Y fué también por esta razón que, por primera vez en su mente, Shih-niang se volvió a la vida del honor. Apreció intensamente la generosidad y la gentileza de Li Chia, y se entregó de lleno a él. Pero él tuvo miedo de su padre, y dudó en casarse al momento, como ella lo deseaba.

El amor de ambos no fué por eso menos tierno. En el goce y en el placer de medianoche, lo cuidaron juntos como hacen el esposo y la esposa. Y en sus promesas, comparaban su amor con el océano o con las montañas, no reconociendo otro vital motivo que la verdad: **"Sus ternuras fueron profundas como el mar —pues pasaron bramando.— Su amor fué como las montañas —pero más alto".**

Desde que Chia recibió los favores de Shih-niang, su belleza fué negada a los ricos señores y poderosos Ministros. Porque Li llevaba grandes sumas de dinero a la **matrona** a quien Shih-niang pertenecía, y ésta sacudía sus hombros y sonreía... Pero los días pasaron prontos, y los meses también, y un año pasó. La caja de Li Chia gradualmente se vació y ahora su mano no puede guardar en paz los deseos de su corazón. Más la anciana **ma-ma** aguarda pacientemente.

Mientras tanto, el juez ha oído que su hijo frecuenta el teatro, y ha enviado órdenes de que regrese a casa. Pero Chia era fatuo y guardó, indeciso, su regreso, hasta que oyó decir que su padre estaba verdaderamente furioso. Los ancianos decían: **"Tan eterna como la armonía dura la unidad; cuando cesa la armonía hay separación".**

El amor de Shih-niang era sincero y su corazón ardía tanto por Li Chia ahora, como cuando sus manos estaban repletas de dinero. La **ma-ma** con frecuencia le ordenaba deshacerse de su amante, y viendo que la jòven muchacha no acataba sus órdenes, trató de exasperar a Chia con palabras hirientes; más el carácter de su visitante era tan gentil, que no logró provocarlo, sino hacerlo más amable con ella. Y regañó a Shih-niang:

—Nosotras que guardamos abiertas nuestras puertas, debemos comer tres veces al día y vestirnos. Dejamos salir a los que se van por una puerta, para recibir a otros nuevos por la otra. Cuando el deseo es excitado bajo nuestro techo, la plata y la seda se juntan como montañas. Pero hace más de un año que este Li Chia importuna tus cortinas, y los viejos patrones, los nuevos huéspedes interrumpen sus acostumbradas visitas. El espíritu de Chung-k-nei ya no ha vuelto más a nuestra puerta; nadie, ni el más pequeño diablo. Por lo tanto, estoy brava y humillada. ¿Qué nos va a suceder, ahora que no tenemos más comercio con visitantes?

Shih-niang, dominándose con dificultad contra esos reproches, contestó claramente:

—El jòven señor Li Chia no viene con manos vacías. Antes nos ha pagado considerables sumas de dinero.

—Así fué en un tiempo; pero no sucede así ahora. Dile que me dé dinero suficiente para comprar arroz para ustedes dos... ¡Ciertamente no tengo suerte! A más de las muchachas compro títulos con



toda la plata, y difícilmente cuidan de saber si sus clientes viven o mueren. Pero ahora tengo un raro tigre blanco que rehusa a los ricos, abre de par en par la puerta, y hace que mi viejo cuerpo lleve toda la responsabilidad. ¡Oh, miserable niña! Tu deseeo es tener a Li por nada, ¿a dónde vas a encontrar ropa y comida? Dile a tu amigo que me dé unas cuantas onzas de plata, si no lo quieres despedir. Yo te vendería y compraría otra esclava. Eso sería mejor para ustedes los dos.

—¿Es verdad lo que dices? —preguntó la muchacha—. Pero tú sabes que Li Chia no tiene dinero ni ropa y no puede conseguir nada.

—No estoy bromeando, —contestó la vieja.

—Entonces, ¿cuánto dinero debe él dar, para que me lleve?

—Si algún otro me preguntara, yo diría cienes de onzas de plata. ¡Alas! Este pordiosero no puede pagarlas. De modo que me sentiré satisfecha con trescientas onzas, con las cuales pueda comprarme otra **sonrosada cara.** Si él las trae dentro de tres días, tomaré la plata con la mano izquierda y daré a la muchacha con la mano derecha. Pero después de tres días, si el asunto no está resuelto como tres veces siete son veintiuno, señor o no señor, le pegaré a ese joven amante con mi escoba, y tú, sufras o no sufras, a no preocuparte más.

—De modo que él debe pedir prestadas trescientas onzas? Pero tres días son muy pocos, necesitará diez. . . .Si él no puede conseguir el dinero, no tendrá cara de regresar. Pero mi desquite es que tú cumplirás tu promesa si él trae las trescientas onzas.

—Yo tengo cerca de cincuenta años—, contestó la **ma-ma.**— Diez veces he ofrecido los grandes sacrificios. ¿Cómo pudiera no tener firmeza en lo que digo? Si tú no confías en mí, pongamos los planes que tenemos entre mano, juntos, para llegar a un arreglo. Imposible que yo rompa mi palabra, ¡qué me convierta en perro o en puerco si no la cumplo!

Esa misma noche, sentada a la cabecera, Shih-niang explicó cómo su cuerpo podría ser revendido, y Li Chia dijo:

—Eso me encantaría, pero, ¿cómo podré pagar tanto? Mi bolsa está tan vacía como si la hubieran lavado.

—Tu esclava lo ha arreglado todo con la **ma-ma.** Ella pide sólo trescientas onzas en el término de diez días. Aun cuando hubieras gastado todo el salario que te diera tu familia, tienes aún algunos amigos o parientes de quienes puedes conseguir prestado. Entonces me tendrás a mí enteramente tuya y nunca más he de sufrir la ira de esa mujer.

Li habló:—Desde que me he obsesionado por nuestro amor, mis amigos y parientes han dejado de reconocerme. Pero tal vez, si yo les pido para mi regreso a casa, pueda que reúna la suma.

En la mañana, cuando él mismo arregló su pelo y su ropa para despedirse, Shih-niang le dijo: —Haz lo que puedas y ven con buenas noticias.

Li fué donde sus parientes y mejores amigos, aparentando que se despedía de ellos antes de partir. Todos lo felicitaron; pero cuando ha-



bló de los gastos del viaje y pidió ayuda, todos sin excepción, le dijeron que no podían hacer nada. Sus amigos conocían la debilidad de su carácter, y que estaba absorbido por una "Flor del Viento", y pensaban: ha permanecido en Pekín todo este tiempo, sin tener voluntad de enfrentarse cara a cara con su enojado padre, ¿era este viaje cierto o solamente lo fingía? Si él esperaba el dinero prestado, de "cara maquillada", no se pusiera su padre enfadado con aquellos que le dieran el dinero a su hijo?... Todo lo más que pudo conseguir Li fueron de diez a veinte onzas.

Avergonzado de su desventura, después de tres completos días de esfuerzos no tenía ánimo de regresar donde Shih-niang; sin embargo, desde que acostumbraba pasar las noches con su amante, Li no tenía otro cuarto donde dormir. Desde la primera noche, por tanto, fué y pidió hospedaje a un amigo campesino, el muy sabio Liu Yuch'un. Este hombre, viendo la gran tristeza del joven, se atrevió a preguntarle. Li contó el cuento y sus planes de casamiento. Liu movió su cabeza: Eso es difícil que suceda, dijo. Ella es la más famosa de todas las cantantes ¿quién se contentaría con trescientas onzas por tal belleza? La vieja ha realizado su plan para deshacerse de ti. Es un método viejo. No te molestes por más tiempo y resignate por haber terminado con la muchacha.

Li Chia se conmovió largo rato, sacudido por sus dudas. Liu añadió:

—No hagas tonterías por eso. Si demuestras verdaderamente que te vas, muchos te ayudarían. Pero para tu plan, necesitarías no diez días sino diez años.

—Buen-hermano-Mayor — contestó Li—, tú consejo es verdaderamente profundo.

Sin embargo, continuó en el vano esfuerzo por tres días más.

Shih-niang estaba muy preocupada cuando no vió regresar a su amante. Envió un sirvientito a buscarlo, y el chico lo encontró por casualidad y díjole:

—Señor, nuestra Hermana-Mayor te espera en su casa.

Y Li contestó apenado:

—No tengo tiempo hoy, mañana iré a verla.

Pero el muchacho estaba aleccionado, morir antes que perderlo, y continuó:

—Es el deseo de la Hermana Mayor que tú vengas conmigo.

Li no pudo resistir y siguió al muchacho.

Una vez en presencia de Shih-niang se detuvo, de pie, obstinadamente mudo, sin decir palabra.

—¿Cómo va nuestro plan?—preguntó ella.

El contestó con un torrente de lágrimas. Ella insistió:

—¿Puede la gente ser tan dura para negar trescientas onzas?

Conteniendo sus sollozos, él contestó con estos versos: **"Es más fácil cazar al tigre en las montañas —que mover el mundo con sólo palabras"—**. Y continuó:





—He andado seis días y mis manos están vacías. La vergüenza me ha tenido lejos de mi perfumada compañera y ha sido solamente por su orden que he regresado.

—No le diremos nada a la **ma-ma.** Permíteme, señor, quedarte aquí por esta noche, tu esclava propondrá otro plan.

Ella le sirvió de cenar, le dió vino y lo hizo acostarse.

—Si tú no puedes conseguir trescientas onzas para libertarme, qué vamos a hacer?

El lloró sin contestar una palabra. Shih-niang esperó hasta las cinco de la mañana; entonces sacó de debajo de su colchón una bolsa que contenía ciento cincuenta monedas pequeñas y dijo:

—Esta es mi reserva secreta. Como tú no puedes conseguir la suma completa, te voy a dar la mitad de ella. Eso te ayudará, pero tenemos solamente cuatro días más. Y por sobre todo, no vengas tarde!

Atormentado y felicísimo, Li tomó la bolsa y se fué donde Liu. Díjole lo que había sucedido y enseñóle el dinero. Liu exclamó:

—Sin duda esta mujer tiene un corazón noble. Así que actúa de ese modo no es permitido que ella sufra. Yo voy a actuar como mediador en tu matrimonio.

Dejando a Li en su casa, se fué él mismo a pedir prestado, por todos lados. En dos días reunió las ciento cincuenta onzas y las dió al joven, diciendo:

—Aún quiero ayudarte más, pues estoy profundamente conmovido por los sentimientos nobles de Shih-niang.

Li vió la plata como caída del cielo, y corrió a ver a su amante. Era el noveno día. Ella le preguntó:

—¿Ha sido difícil? ¿Has reunido las ciento onzas?

Li contó lo que Liu había hecho, y ambos, felices, pasaron una noche de placer. Al día siguiente ella dijo:

—Cuando paguemos con este dinero, yo debo seguir a mi señor. Pero no hemos hecho preparativos para el barco y las cosas que necesitamos para nuestro viaje. Yo he pedido prestado veinte onzas a mis amigas. Mi señor debe tomarlas para gastos de viaje.

En su gran necesidad concerniente a esos gastos, Li no había tenido valor de hablar de ello, y tomó el dinero y se puso contentísimo.

En ese momento llamaron a la puerta, y la vieja entró diciendo:

—Este es el décimo día.

—Agradezco a la **ma-ma** por recordarnos el asunto, —contestó Li,— yo tenía el propósito de pagarle una visita.

Y sacando la bolsa, regó las trescientas onzas sobre la mesa.

La vieja, que no se imaginó siquiera que Li pudiera conseguir el dinero, cambió de color y empezaba a arrepentirse de su promesa. De modo que Shih-niang dijo:

—He estado en tu casa largo tiempo y he traído a ella muchos miles de onzas.

Ahora voy a casarme. Si tú no cumples tu palabra, me suicidaré enfrente de ti y tú perderás el dinero y la muchacha.





La vieja no podía encontrar palabras para expresar lo que sentía. Tomó el dinero en silencio, y finalmente murmuró:

—Si lo que quieres decir es que te vas, te vas ahora mismo, pero no te llevarás nada de tu ropa ni de tus joyas. —Empujó afuera a la joven pareja, los dejó en el arco de la puerta y cerró con llave.

Era la novena luna y el tiempo era frío. Shih-niang se había justamente levantado de la cama, y no estaba vestida, ni se había peinado. Sin embargo, saludó a la **ma-ma** con dos genuflexiones. Li Chia saludó con sus dos manos juntas. Así la joven pareja dejó a la desagradable **ma-ma.**

Aún hasta la calumnia escapa del gancho del metal. —Mueve su cola y sacude su cabeza—. Y no devuelve nada.

Enfrente de la puerta, Li Chia dejó a su amante. —"Espera un momento. Voy a llamar un pequeño palanquín para que te lleve a casa de Liu."

Ella contestó:

—En esta comunidad todas son mis amigas, mis hermanas, y debo despedirme de ellas, pues no acabo de agradecerles el dinero que me he dieron prestado.

Acompañada de su señor, fué a cada una de las celdas a despedirse de sus amigas. Una de ellas, Yuch-lang, así que la vió sin arreglarse los cabellos, la sentó en su tocador y corrió a llamar a Hsu Su-Su. Tomó de su cofre muchos adornos de cuero y brazaletes, alfileres de jaspe y hasta adornos de fénix y cinturones bordados, y los dió a Shih-niang en prueba de gratitud.

Yuch-Lang ordenó una fiesta de congratulación, a la cual todas sus amigas fueron invitadas; y finalmente, el terminar el día, les ofrecieron un par de camas para esa noche.

Cuando estuvieron solos, ella preguntó:

—¿Cuando se nos acabe el dinero, dónde iremos? ¿Tiene alguna decisión acerca de este punto mi señor?

—Mi padre, —contestó él—, está aún enojado conmigo. Y si además oye decir que me he casado con la Hermana-Pequeña, y que regreso con ella, sin duda huirá de mí con furia. Aún no he encontrado un plan satisfactorio.

—Tu padre cree en el cielo, no puede romper completamente contigo. ¿No sería mejor para nosotros ir donde él, quedándonos en el barco, mientras tus amigos van y le ruegan por una amorosa reconciliación? Después de eso, tú podrás reentrar en paz en tu residencia.

Al día siguiente dieron las gracias a su amiga y se fueron donde Liu.

Y en viendo al sabio, Shih-niang lo reverenció para expresarle su gratitud:

—"Más tarde sabremos cómo devolverte tus bondades".— Liu contestó al instante de acuerdo con las reglas de la cortesía: "Tu admirable sentimiento excede mucho a mi pequeña acción. Tu eres heroína entre las mujeres. ¿Por qué pones esas palabras en tus labios?

Los tres bebieron de regocijo, todo el día. La pareja arregló para su viaje caballos y palanquines. Cuando el día de la partida se acercó,





Yuch Lang, Asu-Su-Su y todos sus amigos llegaron a hacerlos compañía. Y Yuch-Lang, mandó a su sirviente a traer un cofrecillo de metal, adornado con una cerradura dorada, y se lo dió a Shih-niang, quien lo tomó y lo puso en el palanquín, sin abrirlo.

Los porteros y sirvientes precisaron a los viajeros, y ellos emprendieron el viaje. Liu y las bellas mujeres los escoltaron, tan lejos hasta encontrar la puerta del otro lado de Ch'ung-wen, y allí tomaron la última copa juntos, y se separaron con lágrimas.

Cuando llegaron al río, Li Chia y Shih-niang abadonaron el camino por tierra y alquilaron un gran lanchón de velas, el cual iba a Kua-chow. Después de haber pagado su pasaje por adelantado, Li Chia quedó solamente con una pieza de cobre en la bolsa. Las veinte onzas que Shih-niang le había dado, se habían desaparecido como si nunca hubieran existido. Li no era capaz de no hacerle algún regalito, y también había comprado sábanas, cosas necesarias para el via-

je. Tristemente se preguntó así mismo qué debía de hacer. Pero ella interrumpió:

—Mi señor, pueda que te consueles, mis amigas nos han ayudado aún más.

Y abrió el cajoncito de metal, y mientras miraba su contenido con rubor, sacó una bolsa de seda roja y la puso sobre la mesa, obligándole a abrirla. La bolsa pesaba, pues contenía cincuenta onzas de plata. Shih-niang cerró el cofrecito otra vez, sin decir nada de lo que había adentro, pero habló sonriendo:

—¿No tienen nuestras hermanas el más delicado instinto? Ayudándonos de ese modo nos facilitan cruzar montañas y ríos.

Li Chia exclamó con felicidad y sorpresa:

—Si no hubiera encontrado tanta generosidad, lo único que me quedaba era el adivinar y morir sin sepultura. Aun cuando mi pelo se vuelva blanco, nunca olvidaré tal virtud y tal amistad.

Y derramó lágrimas de emoción, hasta que su amada lo consoló sin distraerle de sus pensamientos.

Días más tarde llegaron a Kua-chow, Li Chia alquiló una lancha sólo para ellos, y al amanecer atravesaron el gran río.

*
*   *

Era el segundo cuarto del segundo mes del invierno. La luna brillaba como agua.

La pareja estaba sentada en la cubierta de la lancha, y él dijo:

—Desde que salimos de la Capital no hemos tenido oportunidad de hablar libremente, porque estábamos en el camarote, y nuestros vecinos podían oírnos. Ahora estamos solos en nuestra propia lancha. También hemos dejado el frío del norte y mañana estaremos en el lado sur del río. ¿No es tiempo oportuno para beber y regocijarnos?

—Hace tiempo que tu esclava estaba privada de un poco de distracción y de risas, y ella tiene el mismo deseo. Tus palabras prueban que tenemos una misma alma .

Bebieron un poco lujuriosamente, hasta que estuvieron ebrios, y por último, él dijo:

—¡Oh mis benefactoras! ¡Sus maravillosas voces llenaron los seis teatros! Siempre que te oí, mi espíritu tomaba alas y se iba de mí. Hace tiempo que me hacen sentir de ese modo. La luna brilla sobre el trémulo río, la noche está profunda y solitaria. ¿No consentirás en cantarme una canción"?

Por un momento, Shih-niang rehusó; después vió la luna y empezó a cantar. Era una melodía apropiada, tomada de una parte de la dinastía Yan, llamada la Delicada Rosa de los Duraznos: **"Su voz tomó rayos de la Vía Láctea, —y las nubes se pararon a oír.— Su eco llenó lo profundo del agua — y los peces se agitaron".**

¡Shih-niang cantó! Al lado, en otra lancha estaba sentado un muchacho llamado Sun, su primer nombre era Fen. Rico y sin segundo nombre, era "Excelente en Promesas". Su familia, una de las más pu-

dientes en Hsin-an, de Hni-chow. Tenía justamente veinte años de edad y había modelado su carácter de acuerdo con su pasión. Siendo un asiduo visitante de la Glorieta Azul, donde son llevadas las "Sonrisas Pintadas". Hacía un viaje y había conseguido repetición de la noche en Kua-chow. Bebía en soledad, echando de menos a sus compañeros.

De pronto, en la noche, oyó una voz más dulce que la vista del pájaro de la pasión y más que el canto del fénix. Parece que no hay palabras propias para describir lo que él sintió por la belleza de esa canción. Saliendo de su camarote, descubrió que la música venía de no muy lejos de su propia lancha.

En su ansiedad por saber quién lo había encantado, le dijo a su hombre que preguntara a su compañero. Pero no supo más que la lancha había sido alquilada por Li Chia y no obtuvo información acerca de la cantante.

Y reflexionó:

"Tan perfecta voz no puede pertenecer a mujer de buena familia. ¿Cómo me arreglaré para contemplar a tal pájaro?

No pudo dormir aquella noche y a la mañana siguiente oyó el viento bramar sobre el agua. La luz del día era velada por nubes y copos de nieve arremolinados malamente. Y se decía:

"Las nubes son arrastradas por el viento.— Incontables cientos de árboles sobre las montañas.—Pisadas desaparecen de las veredas.— El pescador con su sombrero de bambú —sobre su frágil bote—. Coge solamente la nieve y el roce del río".

Esta tempestad de nieve impidió la posibilidad de cruzar el río y los botes no se pudieron poner en marcha. Sun, por lo tanto, le dijo a su lanchero que se alejara del fango y que siguiera a lo largo de la lancha de Li Chia. Después, con su bonete de sable y abrigado con su bufanda de piel de zorro, abrió la ventana de su camarote, aparentando ver caer la blanca nieve. Shih-niang había justamente arreglado sus cabellos, y, con la yema de sus dedos estaba empujando la pequeña cortina para echar afuera las hojas de tè, del fondo de su copa. Y el refrescante esplendor de sus labios rojos, brilló suavemente.

Sun, al ver esa celestial belleza, tal encantamiento percibió en aquel perfume, que su alma se ensanchó. Por largos momentos la contempló, y sintió sumergirse en espíritu. Pero se recobró a sí mismo. y, asomándose a la ventana, recitó casi a toda voz, el poema de Capullos de Abril del Ciruelo!

La nieve cubre la montaña hasta la cumbre del Sagle. —Debajo de los árboles, a la luz de la luna— la belleza avanza.

Li Chia oyó el poema y salió de su camarote, curioso por saber quien lo recitó. Así cayó en la trampa puesta por Sun, quien odiaba saludarlo, pero a quien preguntó:

—Viejo-Hermano-Mayor, ¿Cuál es tu honorable nombre y cuál es tu primer nombre, el cual no soy digno de repetirlo?

Contestando de acuerdo con la costumbre, Li Chia tenía que preguntar a Sun el suyo. Cambiaron palabras usadas entre gentes educadas, y finalmente, el libertino Sun dijo:





—Este huracán de nieve fué enviado por el cielo para que nos conociéramos; es una gran fortuna para tu pequeño hermano. Yo estaba solo y sin diversión, en mi camarote. ¿No sería del placer de mi venerable hermano venir a la orilla del río y divertirse tomando vino?

Li Chia contestó:

—El agua de meses encontró a su capricho a la corriente. ¿Cómo no voy a alegrarme con ese ofrecimiento?

En medio del mar todos los hombres son hermanos.

Sun ordenó a su sirviente que se llegara a él y que protegiera a Li Chia con su quitasol. Los dos hombres se saludaron otra vez y desembarcaron en el muelle, caminaron un trecho hasta que encontraron un quiosko blanco.

Entraron, escogieron asientos cerca de la ventana, el ventero les trajo vino caliente. Sun levantó su copa para dar la señal y pronto los dos conversaron amigablemente. Sun decidió ir más a lo hondo y preguntó:

—¿Anoche se oyó un canto en su honorable barca, de quién era esa voz?

Para aparentar ser hombre acomodado que hacía un viaje, Li Chia dijo al momento la verdad:

—Era Tu Shih-niang, la famosa cantante de Pekín.

—¿Cómo llegó a ser de mi hermano una cantante?

Li Chia contó ingeniosamente su historia, y Sun dijo:

—Casarse con tal belleza es excepcionalmente una gran fortuna. ¿Pero le satisfacerá a tu honorable padre?

Li suspiró:

—No hay ansiedad de pretensiones en mi humilde casa. Mi padre es de carácter severo y aún no sabe nada.

Sun, desenvolviendo su trampa, continuó:

—Si tu honorable padre no se aplacara, ¿dónde llevará mi Hermano-Mayor a la belleza que ha traído consigo? ¿Tiene algún plan con ella sobre este particular?

Con duro ceño, Li contestó:

—Mi pequeña esposa y yo tenemos todo eso discutido.

—Su Honorable-Persona tiene sin duda un excelente plan.

—La idea de ella es permanecer en el país de Su-Hang, mientras yo voy adelante pidiendo a mis amigos y parientes que apacigüen a mi padre.

Sun dió un profundo suspiro y asumió un aire triste:

—Nuestra amistad no es aún de mucho tiempo. Yo me imagino que debes de considerar mis palabras extrañas y fuera de lugar.

—Cuando tengo la suerte de recibir tu deslumbrante consejo, ¿cómo voy a desconfiar?

—Tu honorable y noble padre, siendo de carácter severo, está desde luego enojado por tu conducta en Pekín. Y ahora mi Hermano-Mayor se casa en medio de una convicción social contraria. ¿Cómo van tus parientes y mejores amigos a persuadir a tu padre? Cuando te arrastres a pedirles a ellos que aboguen por tí, ciertamente que rehu-





sarán. Entonces, ¿no se convertirá la residencia de su Honorable-Persona en una lucha continua? Y tu posición será tan difícil de avanzar como de retroceder.

Li Chia sabía que tenía solamente cincuenta onzas en su monedera y que esta suma se gastaría muy pronto. No se sobrepuso a la pena que sintió.

—Tengo aún otra cosa que decirte y es muy sincera, ¿la quieres oír?

—Habiendo recibido tus consejos que están de acuerdo con los míos, sería mejor para mí oírlos.

—Desde temprana edad, —dijo Sun—, el corazón de una mujer es tan variable como las olas del mar. Y las Flores-en-Neblina especialmente. Son pocas las que son sinceras. El presente caso concierne a una cantante, que conoce toda la tierra y es probable que ella tenga algún socio de la asociación, en la región del sur. En consecuencia, pueda que ella se haya valido de ti, para venir a la tierra donde los otros viven.

—Yo te pido que digas que eso no es cierto,— protestó Li.

—Aun si así fuera, los hombres del sur son muy listos y activos. Dejas una mujer linda allí sola, ¿puedes garantizar que nadie subirá a su muro o penetrará en su residencia? Después de todo, las relaciones entre padres e hijos vienen del cielo y no pueden destruirse. Si tú rompes con tu familia a causa de una cantante, te desorientarás y te convertirás en uno de esos incorrectos individuos que van de aquí a allá sin ser estables. Una mujer no es el cielo; debes considerar el asunto seriamente.

Li Chia sintió como si fuera arrastrado por una corriente y preguntó:

—En tu brillante opinión, ¿qué debo hacer?

—Tu sirviente ha planeado lo que será más conveniente para ti. Pero desconfío que en despertando al lado de tu amada, no lo pongas en práctica y que mis palabras serán perdidas.

—Si en realidad tienes una buena idea, seré para siempre tu deudor. ¿Qué tienes que decir?

—Mi Hermano-Mayor, por más de un año has Flotado-en-la Neblina, obsesionado por tu ruina. No has sido capaz de manejar tu mente en las dificultades presentes ni en las que vendrán, por añadidura, cuando no tengas donde dormir ni qué comer. La furia de tu padre se debe a que te has vuelto fatuo y entorpecido por las Flores-del-Sauce, hasta el punto que derrochaste dinero como si hubiera sido arena. Tu padre piensa que consumirás muy pronto la riqueza de la familia y no vería con agrado que tengas hijos. Y regresando sin dinero justificarás su enojo. Si mi Hermano-Mayor pudiera cortar el nudo que lo ata a su amor, yo le ayudaría con un regalo de mil onzas, de plata, para mostrar a tu padre que tú puedes. Yo deseo que regreses a tu familia.

Bebieron otra copa de vino. El viento había cesado y la nieve había terminado de caer. El color del cielo proclamaba la tarde. Sun hizo que





su criado pagara la cuenta y tomó a Li Chia de la mano, acompañándolo hasta la lancha. Y es muy cierto que:

Tú encuentras a un extraño y le dices tres palabras — y rompe un pedazo de tu corazón.

Shih-niang había quedado sola en su camarote, y preparaba una fiestecita a su amante, con el deseo de pasar el día en regocijos: pero el sol se puso sin que Li Chia regresara. Encendió linternas para que se guiase, y por fin apareció. Entró al camarote, levantó sus ojos hasta su cara y encontró el color del disgusto. Ella le ofreció una copa llena, pero el dió negativa con la cabeza, sin decir palabra. Se tiró sobre la cama con el corazón triste. Shih-niang puso en orden las copas y los platos. Quitó la ropa a su esposo y, recostada sobre la almohada, le preguntó con gentileza:

—¿Qué nuevas has recibido que así te han disgustado?

Li Chia suspiró sin contestar. Ella preguntó por tercera y cuarta vez, pero Li estaba completamente dormido.

No siendo capaz de ser indiferente respecto a tal necesidad, Shih-niang permaneció por largo rato sentada al extremo de la cama, sin dormir.

A medianoche, despertó y dió otro suspiró. Ella dijo:

—¿Qué es lo que pasa por lo cual se aflige mi señor? ¿Qué son esos suspiros?

Li Chia apartó las sábanas y pareció que iba a hablar, pero las palabras no le salían. Sus labios temblaban como hojas, y finalmente, rompió en sollozos.

Sosteníale la cabeza sobre uno de sus brazos y lo estrechó contra su pecho tratando de confortarlo, diciéndole tiernamente:

—El amor que nos une os ha durado muchos días, casi dos años. Hemos sobrepasado cientos de dificultades y amargos momentos, pero ahora estamos lejos de toda dificultad. ¿Por qué te muestras afligido? ¿Hoy, cuando estamos para cruzar el río y tener la dicha para siempre? Debe haber una razón. Todo debe dividirse entre esposo y esposa, en vida y después de muerte. Si alguna cosa pasa, debemos discutirla. ¿Por qué escondes de mí tu pena?

Así urgido, el joven dominó sus lágrimas y dijo:

—Estoy aplastado por la aflicción con la cual el cielo me cubre. Por la generosidad de tu corazón no me has abandonado. Tú me has compuesto muchos defectos, sin mérito alguno mío. Pero aún pienso en mi padre, quien me manda y yo me resisto. Lo cual está en contra de toda convicción y ley. Su inflexible carácter me hace temer que su enojo crecerá al verme. ¿Quién, entonces, cuando los dos estemos flotando en la corriente, vendrá a ser nuestra áncora? ¿Cómo aseguraré nuestra felicidad cuando nuestro padre haya roto conmigo? Hoy, mi amigo Sun me invitó a beber y le hablé de mis proyectos y lo que me dijo ha roto mi corazón.

—¿Qué proyecto tiene mi señor?

—Me estaba poniendo bravo con el giro que tomaba el asunto, cuando mi amigo Sun me esbozó un excelente plan. Pero creo que mi benefactora rehusará seguirlo.





—¿Quién ese amigo Sun? Si su plan es bueno, por qué no he de opinar con él?

—Su primer nombre es Fun, y su familia tiene el monopolio de la sal en Asin-an. Es un hombre que ha dominado las situaciones y que conoce la vida. Anoche, él estaba encantado con sólo tu voz. Le dije de dónde veníamos y le conté nuestras dificultades. Entonces, impulsado de generoso pensamiento, me ofreció mil onzas de plata si tú te casas con él. Con esas mil onzas de testimonio podré hablarle a mi padre. Deseo saber si tú no rehusas. Pero yo no puedo dominar mi sentimiento, y es por eso que estoy triste.

Y sus lágrimas cayeron como torrentes. Dejando de sostenerlo y estrecharlo contra su pecho, Shih-niang lo empujó con gentileza, a un lado. Y sonriendo con frialdad, dijo:

—Esta persona debe ser un héroe, un hombre valiente y virtuoso para haber concebido un proyecto tan ventajoso para mi señor. No solamente tendrá mi señor mil onzas y su esclava un paradero, sino que su equipaje será más fácil de manejar. ¡Cómo plan tan maravilloso satisface la convicción y la conveniencia!

¿Dónde están las mil onzas?

Luchando con sus sollozos, Li Chia contestó:

—Como no tenía tu consentimiento, no me dió la plata.

—Tú debes pedirla mañana temprano, mil onzas es una suma considerable y debes tenerla antes que yo entre a su camarote. Porque no soy mercancía que se pueda dar a crédito.

Eran entonces las cuatro de la mañana. Shih-niang se hizo el tocado diciendo: Hoy debo adornarme para el mejor éxito con mi protector y hacerle honor al nuevo. No es un simple acontecimiento. Debo ponerme los alfileres grandes y perfume y vestirme con mi ropa bordada y mis mejores alhajas.

Y por encima de perfumes, pinturas y joyas, añadió el esplendor de rosas de su seducción.

Li Chia estaba perturbado, y sin embargo, parecía casi feliz. Shih-niang lo urgió acerca del pago del dinero, y él al momento llevó su contestación a la otra lancha. Sun dijo:

—No tengo dificultad en dar el dinero, pero debo tener una joya como prueba de su consentimiento.

Li Chia dijo esto a Shih-niang. Ella señaló el cofrecito de la cerradura de oro para que fuera llevado a Sun, quien regocijado contó mil onzas de plata que las envió al barco de Li. La joven misma testimonió el precio y peso del metal. E inclinada sobre la baranda, medio abiertos sus labios escarlata y enseñando sus blancos dientes, dijo al asombrado Sun.

—Creo que ahora puede devolverme mi cofrecito por un momento. El pasaporte del señor está allí dentro y debo devolvérselo.

Al instante, Sun ordenó que el cofrecito fuera llevado donde ella. Shih-niang lo abrió. Adentro habían varios compartimientos, y ella le pedía a Li Chia ayudarle cada vez.





En el primero habían joyas en forma de peces del mar, de plumas, prendedores de jaspe y preciosos aretes con valor de muchos cienes de onzas. Shih-niang tomó estas cosas con ambas manos y las echó al agua. Li Sun y los demás tripulantes de las lanchas prorrumpieron en exclamaciones de asombro.

En el segundo compartimiento había una flauta de jade y otra de oro. Y en la tercera había joyas antiguas, decoraciones de oro, y cientos de adornos de valor de muchos miles de onzas cada uno. Ella arrojó todo en el río. Los espectadores dieron voces de pesar.

Finalmente, echó una caja llena de perlas y rubíes y esmeraldas y ojos de gato, cuyo número y valor iba más allá de toda exageración. Los gritos de asombro de los que estaban alrededor, rasgaron el aire como tormenta. Ella quería echar todo eso al agua, pero Li Chia le estrechó en sus brazos, mientras Sun lo patrocinaba vehementemente.

Así que, empujando a Li, ella se volvió al otro y le ajustó cuentas, diciendo:

—El señor Li y yo hemos sufrido muchos amargos momentos antes que llegáramos ayer, acá. Y tú, que sirves a una detestable y criminal lujuria, has hecho que yo odie al hombre que antes amaba. Después de mi muerte, encontraré el espíritu de la reconciliación y no olvidaría tu vil hipocresía.

Después, volviéndose hacia Li, continuó:

—Durante todos estos años, cuando vivía en el desorden del polvo y la brizna, secretamente reuní esa riqueza con que podía algún día rescatar mi cuerpo. Cuando encontré a mi señor nos imaginábamos que nuestra unión sería más alta que las montañas y más profunda que el mar. Juramos eso: aunque nuestros cabellos fueran blancos, tendríamos nuestro amor. Antes de dejar la Capital, yo preparé la trama de recibir esa arca como regalo de mis amigas. Contenía un tesoro de más de un millón de onzas. Tenía intención de juntarlo a tu riqueza cuando viera a tu padre y a tu madre. ¡Quién hubiera pensado que tu fe desaparecería así, por una extraña conversación, y que tú consentirías en perder mi leal corazón! Hoy, ante las miradas de estas gentes, he demostrado que tus mil onzas era una pequeña suma Estas personas son mis testigos de que éste es mi señor, quien despreció a su esposa, y que no sea él a quien yo adeude mi deber.

Oyendo estas tristes palabras, aquellos que estaban presentes lloraron, y humilló a Li y lo llamó ingrato. El y el otro se desolaron, derramando lágrimas de arrepentimiento. Li se arrodilló a pedirle que lo perdonara. Pero Shih-niang, sosteniendo las joyas con ambas manos, se echó en el agua amarilla del río.

Los que miraban soltaron un grito. Corrieron para salvarla a ella. Pero bajo la sombra de una nube, las olas en el corazón del río se partieron tragándola con espumas, y no se vió más señas de esa desesperada mujer.

¡Alas! Ella era ilustre cantante, tan linda como las flores de jade. Y fué tragada en un instante por las aguas.





Los que la vieron rechinaban los dientes con ansias de morder a Li y Sun; pero éstos, aterrorizados por el desorden, empujaron con rapidez sus botes fuera, a la ribera, y allí cada cual tomó su camino.

Li Chia, viendo las mil onzas de plata en su camarote, rompió a llorar por la muerte de Shih-niang. Su remordimiento fué causa de unos accesos de furia y de los cuales nunca se pudo aliviar.

Sun se postró en tal forma, que tenía que sostener su cabeza. Imaginaba ver a Shih-niang de pie, enfrente de él, todo el día, todos los días. Fué así para expiar su crimen hasta el día de su muerte.





El viejo sabio Liu, necesitando devolver el dinero en su propio pueblo, también se detuvo en Kuachow. Y agachándose al río para coger agua en un depósito de bronce, se le fué y pidió a unos pescadores tirar redes para recogerlo.

Cuando lo recuperó, encontró también una cajita en la red, que estaba llena de perlas y piedras preciosas. Dió parte a los pescadores y colocó la cajita debajo de su almohada.

Por la noche tuvo un sueño. Una mujer joven salía de entre las aguas turbulentas del río, y reconoció a Shih-niang, quien echada cerca de él, le contaba las ingratitudes de Li, agregando:

—Por la bondad que hiciste de darme ciento cincuenta onzas, puse esta cajita en la red del pescador, como prueba de agradecimiento.

Despertó, y enterado de lo acontecido a Shih-niang, suspiró por mucho tiempo.

Más tarde, aquellos que me contaron esta historia, declararon que Sun, desde que pensó que podía procurarse una mujer linda por mil onzas, no era, evidentemente, un hombre respetable. Li Chia, dijeron, no comprendió el pesar del corazón de Shih-niang, y era consecuentemente estúpido, sin refinamiento y no digno de mención. Solamente Shih-niang era heroica. Ella fué única, desde tiempos muy remotos. ¿Por qué no se encontró un compañero encantador digno de ella? ¿Por qué cometió ella la equivocación de amar a Li Chia? Una admirable pieza de jade fué tirada a él, y no supo apreciarla. Así que el amor se volvió odio y miles de apasionados impulsos fueron arrojados a lo profundo del agua... ¡Alas!

(Siendo así que Shih-niang fué puesta en vergüenza, para arrojarse ella misma con su cofrecito de tesoros de muchos miles, a las amarillas aguas del río).





POSTE RESTANTE

Por

MANFRED GEORGE

PEDRO contuvo una sonrisa cuando notó cómo su esposa, revisando el pequeño montón de sobres a su lado, sobre la mesa en que desayunaban, rápidamente lo acomodaba nuevamente, después de haber sustraído con sigilo una carta. Ella miró fugazmente a su marido, que aparentemente estaba entretenidísimo hurgando noticias en el voluminoso **Times.**

Ella respiró más tranquilamente, bebió su tè con apresuramiento y se incorporó, excusándose por tener que dar ciertas órdenes especiales a la cocina, antes de que ésta se fuese al mercado.

Pedro se levantó a su vez, retirándose a la veranda de su bella mansión en Surrey. El pasto estaba aún húmedo con el rocío, que brillaba bajo el sol tierno, como un tapete verde cubierto de diamantes.

Era aún temprano, y así tuvo oportunidad de cavilar sobre el experimento que había iniciado, con repentino impulso, sin considerar los resultados psicológicos que podría traer consigo. Para ver si sus teorías se confirmaban, prudentemente regresó al comedor, donde, avergonzado en su interior, pero como un muchacho de escuela, espió por detrás de la puerta que daba a la sala, donde estaba su esposa.

Ella leía una carta junto a la ventana, su rostro inclinado. Su cabello, medianamente largo, cubría sus sienes y la mitad de sus mejillas, y este desarreglo casual le daba un no se qué de dulce encanto. Sus labios, semiabiertos como los de una muchacha leyendo un libro inte-





resante, murmuraban quedamente las palabras. Cuidadosamente Pedro se retiró, sintiéndose un poco a disgusto.

En el pasillo recogió su sombrero, su bastón, y salió por la puerta principal. En el camino a la estación, reflexionó sobre el origen de su experimento.

Ana y él habían ido al Teatro Princess, y después de la función habían decidido ir a cenar a Cecil's. Había notado cuán indiferente y automática era la conversación de su mujer. A veces ella ponía tan poca atención en sus palabras, que ni siquiera contestaba. Primero él se figuró que quizá tendría dolor de cabeza. Pero un rato después, poco antes de que regresaran a su casa, el joven Charley Crawford, un futuro brillante abogado, se les había acercado por un momento, y habían tenido un rato amable de grata conversación sobre los acontecimientos del día.

Durante el trayecto a la casa, ella se había puesto más alegre y hasta comunicativa. Habló del viaje que habían pensado hacer en el otoño, sugirió una comida en la casa a la cual deberían invitar a algunos amigos íntimos, y en los intervalos de su charla murmuraba algún trozo de sus canciones favoritas. A la luz de los automóviles con los cuales se cruzaban, pudo él notar que el aburrimiento había desaparecido de sus ojos. Sin embargo, poco después de haber llegado a la casa, ella había tornado a su espíritu apático y cansado.

El sabía, con entera seguridad, que no había nada entre su esposa y el jòven estudiante de leyes, de manera que tuvo que admitir el hecho de que solamente el haberse encontrado con alguièn agradable, había animado y divertido a su mujer.

Cualquier sospecha estaba fuera de discusión. Ella tenía cuarenta años de edad, tres hijos, el menor de los cuales tenía ya casi once años, y durante la última década en su vida de casados, nada fuera de lo ordinario había ocurrido. Ni una sola gran alegría, ni un sólo gran dolor había turbado la pacífica vida de la familia viviendo en esa bella sobria mansión en Surrey.

Cierto día él la encontró sentada ante su escritorio, contemplando fijamente un calendario. Cuando él se acercó, ella alzó el rostro, y estaba triste.

—Bueno, Ana. ¿Qué te pasa?

En lugar de contestarle, ella solamente señaló al 1939 impreso en pequeñas figuras sobre el nombre del mes.

¡Ya hace algunos meses que estamos en 1939, Ana!, —dijo él,— ¿Hay algo malo en este año, que te entristece así?

Ana se levantó de la silla, se acercó a la ventana, y se quedó contemplando el jardín. Después, sacudiendo lentamente la cabeza, con una mirada de desamparo que no puede ser descrita en sus ojos se volvió, y dijo:

—¡Piénsalo, Pedro! Dentro de diez años todo esto habrá desaparecido!

—¿Qué es lo que habrá desaparecido?

—¡Pues. . . pues todo!





Ella hizo un gesto vago, y se hundió en un sillón cubriéndose la cara con las manos... pero no lloró. Después alzó el rostro, mirándolo a él, sin verlo. Pedro notó cómo esa mirada que no veía flotaba sobre él, para disolverse luego nuevamente en una actitud de desamparo y de desconsuelo.

Pedro se estremeció, y huyó. ¡Comprendió! El pudo medir la hondura de sus temores, y el amor que le tenía a su mujer, le hizo sentir su sufrimiento. Con el corazón entristecido, se fue al jardín a meditar. Ese momento que él siempre había temido, estaba ya allí. Era el momento cuando una mujer, aparentemente despertada por una nadería, recoge e inspecciona cuidadosamente el balance de su vida. Entre más tranquila y fácil ha transcurrido la vida de un hombre y una mujer, menos permanece para ella, cuando no ha tenido nunca iniciativa y se ha dejado llevar de los acontecimientos. Los sentidos adormecidos y los deseos reprimidos, al acercarse la vejez, se despiertan violentamente a revisar el balance de la vida.

Pedro pasó una mano por sus cabellos, sin propósito alguno, y suspiró. Ya lo esperaba, pero lo había impresionado. Pero Ana hallaría en él fuerte y fiel compañero. No quería jugar ese juego peligroso en el cual la victoria del hombre significa el que la mujer pierda toda esperanza y toda felicidad. ¿No podría él revivir el fuego? ¿No podría él hacer que Ana, una vez más, hallara gozo en su espíritu, que aún tanto prometía?

Pero tendría que actuar con mucho cuidado. Pedro pensó que para un carácter como el de Ana, no sería la realidad, sino la ilusión, la que proporcionaría el impulso. Y así fué cómo Pedro había decidido una semana antes, después de dudarlo mucho, escribirle una carta a máquina, en papel comprado ex-profeso, y en la cual un ficticio Jaime Novarre le decía, en palabras corteses, respetuosas, pero cálidas, que la había conocido en una tarde, en Londres, y que consideraría un gran honor que ella contestase su carta, cuando menos para convencerlo de que él no la había ofendido con su impertinencia al atreverse a escribir.

Había pasado una semana antes de que Pedro hallara una carta para él en la ventanilla de Poste Restante.

La respuesta de Ana a Jaime era corta, casi irónica y negativa, pero entre líneas pudo entender que la puerta estaba abierta para una correspondencia ulterior. Y así era como ese día, la segunda carta de Jaime Novarre había llegado a manos de su mujer. Pedro se había entregado por completo a su papel, y en esta ocasión había dado más rienda a los sentimientos de Jaime Novarre. Estaban ahora expresados con más fuerza, acercándose al espíritu de Ana tan honrada y certeramente, que estaba seguro de que Ana quedaría convencida de su sinceridad.

Todo esto pasó por su mente así que el tren lo llevaba a su trabajo en Londres. Sonreía la sonrisa de satisfacción, como si hubiese hecho una obra buena, cuando llegó a su oficina.



Era su costumbre llamar por teléfono a su casa, durante el curso de la tarde, para avisarle a su mujer en qué tren llegaría. Esta vez recibió la sorpresa de que el sirviente le dijera que la señora había ido a Londres, y que no regresaría sino después de la cena. Al cavilar sobre el mensaje, recordó vagamente algo de compras que su mujer tendría que hacer. Pedro cenó con algunos amigos, y tomó el tren de las nueve y quince. Al salir de la estación, volteando a la izquierda, vió a Ana poniendo una carta en el buzón de la esquina. Ella se sobresaltó al verle, pero él fingió no haber reparado en ella. Ana recuperó el ánimo, desapareciendo en la sombra, mientras él disminuía el paso para darle tiempo de llegar primero a la casa.

Al llegar, ella le contó que las compras y las visitas del día le habían dado un dolor de cabeza, por lo que se acostaría desde luego. El sonrió, pero no pudo deshacerse de una sensación de inquietud. Dos hechos importantes aumentaron su nerviosidad. El correo, que usualmente estaba acomodado nítidamente sobre su mesa, estaba ahora desperdigado sobre el papel secante, y las flores en su buró estaban marchitas, sus hojas caídas, por falta de cuidado.

Al día siguiente inquirió, algo tembloroso, si en la ventanilla de Poste Restante había alguna carta para la persona con las iniciales J. N. Abrió la carta en la cual Ana, cauta y lista como era, se mantenía aún a cierta distancia, pero en la cual pudo notar tal sentimiento de desesperación, que sintió un golpe que lo hizo quedarse en el correo para leer ahí mismo la carta por segunda vez.

Dicha carta había sido escrita por una mujer terriblemente decepcionada de la vida; esto no lo decía claramente, pero lo sugería entre líneas. Expresaba sin embargo una esperanza, aún muy lejana y opaca, pero de tal intensidad, como Pedro nunca hubiera sospechado. Se sintió miserable e infeliz, y aunque él mismo había ahondado en los secretos de su mujer, se sintió traicionado. Pensó en sí mismo como en un hombre que, caminando por una carretera conocida, de repente se ve ciego. Pero ahora decidió romper, a toda costa, la obscuridad.

Sentía tal prisa, que, aunque estaba muy cerca de su despacho privado, tomó una hoja del papel especial, y lo puso en la máquina, y pronto las teclas estaban golpeando una confesión salvaje y sin riendas de Jaime Novarre, en la cual él se atrevía a analizar los sentimientos de su amada. A propósito escogió los colores más negros. Escribió posando como un amante comprensivo y de sensibilidad, sobre la amargura que debía haberle causado a Ana el casamiento con un hombre que, aunque demasiado decente para herir voluntariamente, no gozaba ya de intimidad y confianza. Sí, había veces en que sólo a fuerza se reprimía una actitud de abierta hostilidad. En tales casos, a la mujer le faltaba el valor para reconocer ante sí misma la verdad. Pero uno podía entender eso, pues que era como una costumbre, existiendo el lazo de los hijos y quizá también por algo de benevolencia. Todo lo que uno hacía era cerrar los ojos y dejar que la vida pasara por encima. Pedro continuaba en este tenor, dejándose llevar por su amor,





por su ira, por su vanidad lastimada. La carta era tan real para él mismo, que su mano temblaba al firmar el nombre del ficticio amante que él había creado.

Pedro había llegado a la más cruel de las hipersensibilidades, que lo capacitaban para entender a Ana como un libro abierto. ¡No perdió detalle! Sus momentos ausentes, su irritación para responder a sus preguntas, las cartas faltas de entusiasmo que ella escribía a los niños internos en el colegio. Todo esto era para él una agonía. Tampoco dejó de percibir esa mirada soñadora con que sorprendió a Ana mirándose en el espejo, cada vez con más frecuencia.

Casi no pudo esperar el tiempo necesario para que regresase al correo por la respuesta. La primera vez que fue, no había nada, ni en los dos días siguientes. Ya comenzaba a tildarse de estúpido, maldiciendo la imaginación suya, odiándose a sí mismo y a su mente analítica, que lo había impulsado a iniciar el ridículo experimento.

Por fin recibió una carta. Solamente había ido al correo para asegurarse, pues, dentro de sí, consideraba concluído el asunto. Había planeado llevar a Ana a Riviera, como compensación de su pecado... pero cuando abrió la carta y leyó las primeras líneas, comenzó a temblar tan violentamente, que tuvo que sentarse. Ana se excusaba de la tardanza en contestar, diciendo que había necesitado poner en orden sus ideas sobre la situación. La última carta de Jaime había llegado certeramente al fondo. Ahora sí podía creer en la sinceridad de sus sentimientos. Una persona que podía en tal forma describirla a ella y a sus sensaciones y deseos, tan detalladamente, no podía estar siguiendo la aventura de un encuentro casual. La descripción que Jaime hacía de su vida de casada y de sus sentimientos hacia su esposo, eran de una dolorosa exactitud. Ella no podía negar aquello que él había adivinado tan claramente.

Seguían unas cuantas líneas en las cuales ella escribía con tristeza de la vida de Pedro y de la suya propia, terminando por preguntar por qué Jaime, que había iniciado la correspondencia, nunca le había dado su dirección. La carta estaba firmada: "Afectuosamente suya, Ana Myroem".

Cuando Pedro abandonó la oficina de correos, se sentía vacilar, y tuvo que apoyarse contra una puerta. Pudo entrar a una cantina, escoger un rincón quieto, y pedir un brandy. Dos largas horas permaneció contemplando silencioso la mesa. Las vetas en la cubierta de mármol danzaban ante sus ojos, formando las figuras más fantásticas. Era incapaz de pensar coherentemente. A la hora de cerrar, tuvieron que avisarle. Murmuró una excusa, dejando propina extra, y tomó un taxi a la estación. Una vez en Sutton, caminó a su casa, pero cada paso le parecía inútil. Todas sus ideas estaban concentradas en esa palabra: "Final".

Estaba tan apático, que hasta la indiferente Ana lo notó. Contestó evasivamente a sus preguntas, y obtuvo una rencorosa satisfacción al notar que a su mujer le era suficiente. Hasta eso, ella parecía contenta, un tanto nerviosa y expectante.



Al día siguiente, después de la comida, salieron al jardín, como era costumbre que lo hicieran todos los domingos. Ana cortó algunas flores, cantando suavemente. El intentó iniciar una conversación, pero siempre las palabras se le ahogaban en la garganta. Sin decir nada, regresaron a la casa. Ana se excusó, retirándose a su cuarto. Pedro se fue a la biblioteca, arreglando algunos libros y papeles. Leyó algunas cartas, pero cuando las volvió a colocar en sus sobres, se dió cuenta de que no sabía lo que había leído. Arriba, Ana dormía con un aire de infantil alegría y esperanza. ¿Qué hacer? Esta pregunta la llevó clavada Pedro durante los días siguientes. No podía contestar la siguiente carta con el nombre de Jaime Novarre. ¿Confesaría todo? ¿Actuaría como si el tal Jaime Novarre realmente existiera, y él lo hubiese descubierto todo? o, de otro modo, ¿dejaría que la aventura de Ana terminara por sí sola, por falta de combustible de que nutrirse?

No podía decidir, y, antes de que se diera cuenta, una semana había transcurrido. Una tarde, Ana le dijo:

—Pedro, quisiera hablar contigo.

El se volvió hacia ella, y se estremeció al ver su cara. Tenía una expresión de contento reprimido, y también de temor. Adivinó que algo inesperado iba a suceder.

Ella se sentó en una silla frente a él, y con el abrecartas comenzó a dibujar líneas inciertas sobre la mesa.

—Bueno, dí —respondió él,— ¿qué es?

—Es algo muy serio, Pedro. ¡He conocido otro hombre!

Las manos de Pedro apretaron los brazos de su sillón. Ahora su engaño había asumido las proporciones de una catástrofe. Decidió inmediatamente decírselo todo, pero ella, con un gesto de la mano, contuvo las palabras en su boca.

—Se llama Jaime Novarre. ¡Apuesto a que simpatizarías con él!

Pedro examinaba cuidadosamente su cara.

—¿Me simpatizaría? ¿Qué quieres decir? ¿Qué parecido tiene y dónde lo conociste?

—Fué una cosa rara. Parece que él me conoció en Londres. Después me escribió, y finalmente nos conocimos.

Sorprendido, Pedro brincó. Casi gritó:

—¿Tú qué? ¿Lo conociste?

—Sí, claro, lo conocí.

Pedro no sabía qué contestar. Cubrió su rostro con sus manos. Era tarde. La luz no había sido encendida aún. Los libros y los cuadros estaban hundidos en la sombra. La silueta de Ana contra la luz de la ventana, parecía una cosa irreal. Hizo un gesto con la mano hacia ella, y dijo:

—¿Dices que conociste a Jaime Novarre? Pero si eso es imposible. ¡No entiendo—

—No estuvo bien que no te lo dijera antes. Pero tú me comprenderás. Este hombre me escribió algunas cartas después de que me vió en algún lado en Londres. Debo admitir que se las contesté.





Lo hice porque la voz en ellas me conmovió. Era de una calidad inspiradora de confianza, tal como no la había conocido antes. Un día fué... fué bastante explícito al narrarme sus sentimientos... yo...

Pedro vió cómo Ana, demasiado honesta para mentir, y demasiado conmovida para continuar, terminó con un gesto de su mano.

—...de todos modos, la correspondencia cesó algo bruscamente, y como yo quería conocer a la persona que me había escrito, la busqué.

—¿La buscaste? —tartamudeó Pedro. Con fuerza oprimía sus manos una contra otra para reprimir el temblor que sacudía todo su cuerpo.

—Sí, lo busqué. El nunca me había dado su dirección, pero la hallé pronto en el directorio. Solamente había dos Novarre. Uno era un coronel retirado, el otro un artista, un pintor. Solamente el pintor podía haber sido, en cuanto que el sello del correo en las cartas coincidía con el rumbo en que vive. Por cierto, es cerca de tu oficina.

—De mi oficina... —respondió mecánicamente Pedro.

—Tomé las cartas y lo fuí a ver. Primero se hizo como que esto le sorprendía mucho, hasta llegó a negar que él era la persona. Pero cuando le mostré las cartas y lo forcé a leerlas, no tuvo más remedio que admitirlo!

Pedro se incorporó violentamente, cogiendo a Ana por los hombros:

—¡Qué admitió?

—Que él había escrito las cartas, y que me amaba.

Pedro se quejó:

—¡Villano, villano!

—No tienes derecho a hablar así de Jaime Novarre. Tú y yo hemos vivido por tanto tiempo juntos, que debes saber ya que yo nunca actúo impulsivamente o sin reflexionar. Nos hemos prometido decirnos todo, sin reservas. ¿Preferirías que te engañara? Nuestro pasado tiene tanto valor para mí, que yo no lo mancharía como otras mujeres, que se divierten tras las espaldas de sus maridos. Yo hablo en serio. Nuestro futuro está en juego. Tenemos que hallar una solución. ¡Yo amo a Jaime Novarre!

Durante dos días con sus noches Pedro luchó consigo mismo por decidir si había de decirle o no la verdad a su mujer. Pero nunca le perdonaría Ana su hecho, o su propio error, y nunca olvidaría el haber sido atrapada. El había jugado con el destino, y el destino lo había aplastado. Permaneció en silencio, y una tarde apretó la mano de Ana, asintiendo calladamente. Era señal de que él había accedido.

Cuando Pedro conoció a Jaime Novarre lo saludó con respeto. Nunca más se hablaron, porque Pedro en parte temía y en parte respetaba al hombre, que, dos días antes del matrimonio, había ido a pedirle, con voz entrecortada por la emoción, y por la mujer que ambos amaban, su palabra de honor de que nunca le diría a su esposa cómo había podido ganar su amor sólo por un estúpido accidente. . .

UNOS CUANTOS TOMATES EN UNA REPISITA

Por
EFREN HERNANDEZ

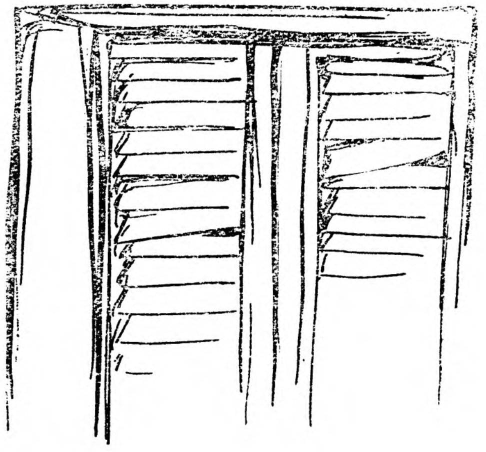
Ilustraciones de
ARIAS BERNAL

De una fecha ya ida para siempre hace ya mucho, o sea, de un remoto tiempo que nunca ha de volver, en virtud de que no la acabaron, una de las ventanas de la pared de enfrente quedó sin terminar. Y así, sin terminar ha ido quedando, y por lo que parece, todavía va a seguir así, por tiempo indefinido, pues al actual propietario de la vecindad no se le notan trazas de que se le espante el sueño, ni de que haya esperanza de que se le espante, pensando en terminarla.

Lo digo, no por nada, que yo soy el primero en comprenderle, y uno de los que con mayor sinceridad le desea buenas noches casi todas las tardes, cuando torna a su casa al obscurecer el día. Pues no soy rencoroso y sé, además, perfectamente, que para ahora resultaría ya tan fuera de coyuntura tal idea, que la encuentro inclusive hasta ridícula, y creo que juzgaría con lástima a aquel que llegara a perder el sueño por una causa así. Porque, si bien es cierto que sólo con mirar lo que se mira desde el patio, ya es más que suficiente para que hasta la más despreocupada de las almas en-



tre y se sumerja en todo un mar de pensamientos terminantes y de finalización, no lo es menos que no hace falta alguna que el señor licenciado se prive de su sueño, ya que de **motu propio,** sin necesidad de que nadie se desvele, no sólo la



ventana, pero la vecindad entera está acabándose. Contemplarla, y empezar a entrar de lleno, sin remedio, en la desconsoladora consideración de que el natural destino de las cosas es concluir y acabarse, son una misma cosa.

No vi nunca paredes más ruinosas, pilares más comidos, techos más combos ni pisos más deshechos. Vieja, lo que se dice vieja, vieja como ninguna otra es esta casa, tanto, que en la tradición del barrio la elevan a contemporánea de Iturrigaray, el virrey. Y lo más grave es, que aseguran que desde tan remotos tiempos no ha venido a pasarle un albañil ni por el pensamiento. Cosa no hay aquí, ni porción de cosa, que no sea de Damocles; canteras, vigas, ladrillos, etc., día y noche están suspensos, detenidos en semejantes hebrecitas de cabello, que yo tengo a milagro el que la lluvia de caliches, con ser tan pertinaz, no haya tenido, hasta la fecha, otras consecuencias que proporcionar ocupación a la sirvienta que aquí barre, quebrantar varios trastos y reformar, en quien sabe qué artes, la nariz de uno de los gallos de la portera.

El más elemental instinto debería bastar para ponernos sobre aviso, para hacer que cayésemos en cuenta y que palpásemos, como con nuestras propias manos, la inseguridad en que bajo estos techos se encuentran nuestras vidas. No cabe ni la más mínima duda; en realidad, para librarnos de la muerte, no nos quedan sino dos caminos: rogar a la Divina Providencia que nos tenga en sus manos, o mudarnos de casa. Y no se me venga a mí con que existen dificultades prácticas o argumentos teóricos que pudieran oponerse a la ejecución de las acciones en que consisten estos dos remedios; por lo que ve al primero, Dios está en todas partes, todo lo ve y todo lo oye, y, por lo que al segundo, un viaje de camión vale nada más tres pesos, corriendo por cuenta de los camioneros el trabajo, y los desperfectos que los cachivaches sufran durante la mudanza. Con todo, yo no sé qué particular virtud tiene esta dichosa finca, el caso es que le sobran inquilinos, cuanto sujeto viene, querría vivir aquí, y aún no sé de nadie que haya desocupado una vivienda por su gusto. Tal vez —y esta es idea de última hora— para explicarlo, pueda aducirse la particularísima idiosincrasia del pueblo mexicano, de cuyos ciudadanos se cuenta que su diversión favorita son las balaceras, y que todo buen mexicano, en los tiempos de paz, languidece y pierde la alegría.

En el rumor —así suele pasar con todo cuanto va de boca en boca— puede que haya algo de exageración; pero, pues el río suena, no debe ser sin causa, su agua ha de llevar. A mí se me figura que lo cierto es que, mirando bien las cosas, sin que sea dejarse arrastrar por la pasión del nacionalismo, buen puede asegurarse que no somos gallinas, y que en cualquier terreno podría presentarse como documento harto fehaciente, la intrepidez de los vecinos de esta casa. Y todavía pueden presentarse otros mayores, porque parece ser que, con el favor de Dios, nuestro heroísmo de ahora va a ser sobrepasado por las generaciones venideras. Por ejemplo: no es cosa que pueda dejar de ser contada, el espíritu que el día del terremoto demostró ese chiquillo de la vivienda cuarta, contando de los lavaderos para acá. Yo no lo creo ni siquiera posible; pero aseguran que en lugar de asustarse, brincaba y corría lleno de júbilo gritando: "Que





no se acabe, que no se acabe. ¡Que viva México." Lo que él no quería ver acabado era el terremoto. Y la verdad es que, con mexicanitos de éstos, podemos ir muy lejos.



PERO ¡ah!, qué cierto es lo que dicen, que dondequiera se cuecen habas. Cerca, nada menos que de este niño excelso, de este Cuauhtemocito imponderable, a la puerta que sigue de su vivienda, vive uno que se le parece tanto, como la Tierra al Sol, uno llamado Serenín Urtusástegui, cuyos espantadizos ojos están bastante lejos de poder servir de explicación al morar de su dueño en esta casa. También éste, según pensamos todos, no se encuentra distante de llegar a ser medio famoso, y de hecho, ya se le dedican largos ratos de conversación en los corrillos de vecinos y en las asambleas de viejas. Nada más que su nombre va parándose sobre hechos bien distintos, y de ellos, el primero y principal, ha sido que una mañana, yendo a salir de una casa en donde se había metido en busca de unos amigos suyos, se encontró con que un burro pequeño, hijo de una burra de un repartidor de alfalfa, se había instalado en el cubo del zaguán, y en aquel trance, Serenín no encontró en todo su pecho corazón suficiente para atreverse a pasar cerca del burro, o espantarlo, y se quedó allá, temblando adentro, y no salió, sino hasta cuando se le ocurrió llamar a otro de sus amigos por teléfono, que, por amor de Dios, viniera y le ayudara a espantarlo.

Y no se crea que Serenín tiene su cuarto próximo a la entrada, de manera que, en caso de emergencia, le fuera dable salir corriendo y alcanzar a llegar a buen tiempo a la calle. No, sino que para llegar a él, necesita adentrarse en treinta metros de zaguán; en seguida, atravesar de lado a lado un patio tal, que para poder reconocer a un individuo situado al otro extremo, es necesario violentar los ojos; después hay que emprender la ascensión de una escalera, a cuyos pies, hasta los gatos se persignan para subir con bien. Mi palabra de honor que es cosa seria. !Ah!, y ahora recuerdo cuánto me divierten los ejemplos que hallo aquí de lo universal y extenso que es en el reino de la vida el instinto de conservación. Lo de los gatos no me cuesta mucho trabajo comprenderlo; pero, lo que sí me llena de asombro y maravilla, es verlo patente aun en las hierbecitas, y observar la extremadísima cautela con que trepan por esta escala las enredaderas, y que no ajustan ni con mil y más de sus deditos ensortijados para apegarse y tentalear, y el gozo con que llegan por fin a la azotea. No parece sino que se abren de júbilo y revientan con verdes agradecimientos al Señor, por haberlas sacado con bien del riesgosísimo paso en que venían. Y al fin, le es presiso entrar por un pasillo semejante a la cara de la muerte, temeroso y obscuro, que no tengo palabras para encarecerlo.





Y en este pasillo, a la derecha mano, queda la puerta de su estancia, mejor dicho, buharda, la cual es nada más así, como se ve al entrar, sin nada extraordinario. (Sin nada extraordinario, siempre y cuando no se pierda la noción de lo que, relativamente a lo demás, podría en esta casa ser llamado extraordinario). La puerta por que se entra, da a las cejas en su mayor altura, es casi cuadrada, con todo y no ser ancha, y le da por gemir de que la abran, como si tuviera reúmas, anquilosis, o como si le dolieran, al rompérsele, los hilos de sus telarañas. Y otro tanto al cerrarla.

Ya una vez dentro, Serenín se siente uno de aquellos caballeros que en los cuentos se han visto atravesar bosques en llamas, desiertos de espadas, lagos de dragones, cerros de "irás y no volverás".

Y, en efecto, no se les diferencia, sino en el miedo que él sí tiene y que ellos no tenían.

Y suma, y sigue, y pues es ley que la parte participe de la naturaleza del todo, y pues la pieza que habita Serenín es una parte de la vecindad, también aquí su vida se encuentra como globo de hule entre alfileres, y hay que medir los pasos, y que estar vigilante, y no dejar vagos los ojos, desatento el oído, ni las manos guardadas; pues piso y techo y muros de este cuarto están enemistados con el ser, más que los médicos.

Al entrar Serenín, tienta las duelas antes de cada paso, y cada vez que afirma un pie, da una vuelta al cuello y vuelve al techo el rostro a examinar las vigas con los ojos.

El piso, más que piso, es costillar de vigas directamente expuestas a la vista, es esquelto casi mondo de su piel de pavimento, y su aspecto es semejante al de un puente de ferrocarril, sobre el que, del tren del tiempo, acarreador de ruinas, hubiéranse caído unos escombros.

Allá, al fondo, está la cama arrinconada, atada con alambres su cabecera a unas alcayatas que entran en la pared, en previsión de que no ruede y de que sus patas no vayan a enterrarse hasta la ingle en alguno de los innumerables puntos falsos, o en cualesquiera de los agujeros ya del todo y descaradamente manifiestos.

Las mesas y las sillas se encuentran colocadas en los sitios más sorprendentes, que colocarlos al gusto no es posible, y es que aquello es todo un rompecabezas, y el que quitara algún objeto, y en seguida olvidara la acomodación exacta que por fuerza le corresponde, se vería en un apuro para volverlo a asentar.

El primer día, el día en que Serenín alquiló el cuarto, desde que tomó posesión de él y se dió a acomodar sus muebles, empezó el sufrimiento, días enteros los pasó buscando el sitio en que cada cosa pudiera estarse. Sólo después de mucho fué encontrando los sitios en que es posible la acomodación.

Ya ahora, ya tiene aquí algún tiempo y todo camina aproximadamente bien.

Lo último que le fué preciso hacer, consistió en edificar techuelos, con que quedaran protegidos de los proyectiles que, de tiempo en tiempo, caen del techo, al menos, los lugares en que hay que permanecer





con cierta continuidad. Tales lugares son: el de la mesa de escribir y leer, el de la cama, el del restirador donde dibuja y el cercano a la ventana. De manera que, en cada uno, se ven edificaciones de un tipo nunca visto, y que a lo que más se aproximan, es a esos techos extensos sobre un palo, con que protegen del sol, sus puestos, los vendedores indígenas, unos a modo de paraguas rectangulares, y de ellos, tres están sostenidos por un solo palo, y uno, el de la cama, sobre dos.

A alguno de esos refugios corre siempre Serenín, y ahí, —que bonito es ver llover y no mojarse— se está durante todo el tiempo que permanece dentro de su cuarto, y hasta la fecha en que va esta descripción, ha logrado escapar aproximadamente a salvo, aproximadamente digo, porque leves terronazos, tropiezos sin consecuencias y otras pequeñeces, no han faltado.



EL que haya leído con alguna atención las precedentes líneas, tal vez habrá empezado a sentir en su cabeza un vago desconcierto, un desconcierto vago, o bien, una ya claramente definida agitación, un movimiento ante la idea de un choque silogístico entre estos dos trenes dialécticos que van en encontradas direcciones; por un lado, el tren de las palabras en que ha ido escurriendo la manera de ser de Serenín, y por otro, el tren que ha ido aportando las características de la vecindad.

En todo buen concierto, en todo buen discurso, en toda buena máquina, todos los movimientos deben ser caminantes en un solo sentido, y todas las tendencias, entenderse muy bien, e ir, como de la mano hacia un solo objetivo, hacia una sola meta. Pero aquí hemos venido hablando de una vecindad que es tal y como una bomba con la mecha encendida. La llamita del tiempo va corriendo, corriendo, va corriendo sobre el hilo de la mecha hacia la bomba. Ahora sólo saltan chispas diminutas. Caen sobre los sombreros, sobre los vestidos, sobre los cabellos y sobre otras partes, arenas pequeñitas, migajas de vigas, pedrezuelas. Los daños que por ahora se producen, es dable remediarlos fácilmente. Si el daño es en las ropas, basta un cepillo suave; si es en los pisos, una escoba delgada, y si en los caldos, un cedazuelo fino. Hay momentos en que la llama toca un grumo de pólvora un poco más gordo, tiene entonces efecto una combustión un poco más crecida, y el ladrillo que cae, la puerta que se desguarnece, desazonan un gato, aniquilan la estética de un perfil de gallo, hacen estornudar un loro, so-





bresaltan un pez. A continuación la llama se reduce, y las chispas que lanza vuelven a adquirir su calibre de normalidad, y otras pequeñas briznas se desprenden. Luego llega a otro pequeño grumo, y así, sigue y sigue, sin que se produzca efecto de importancia; pero un día debe venir, irremediable, en que la llama alcance, al fin, el corazón interno de la mina, y entonces tendrá lugar la explosión definitiva, y la vecindad entera, con todo cuanto contiene dentro; objetos, perros, peces, pájaros, vegetación y gente, se hará un montón de escombros.

Este es un tren, este es el sentido en que camina el uno de los trenes.

Y aquí hemos también hablado de un muchacho pusilánime, atemorizado en sumo grado, y tímido como un sistema nervioso, como un árbol de eléctricas antenas expuesto a la intemperie, de un muchachuelo que todo se recoge a la más insignificante variación, que todo se repliega, que tiembla y que palpita y no osa disputar el campo ni tan siquiera a un pollino tadavía no salido de la edad de la lactancia, ni tan siquiera a sostener la mirada de una mariposa, si se para frente a él y se queda mirándolo de frente.

¿Cómo es, pues, posible, que en el campo de nuestras representaciones interiores deje de tener lugar un vago desconcierto, un desconcierto vago, o bien, un movimiento nacido ante la idea de una catástrofe inminente, ante la idea de choque entre estos dos trenes que van en encontradas direcciones; por un lado, el tren de las palabras en que ha ido escurriendo la manera de ser de Serenín, y por otro, el tren que ha ido aportando las características, la situación actual, el estado de castillo de naipes y de espada de Damocles de la vecindad?

Oh, sí, no cabe duda alguna, aquí se ha planteado una contradicción, y el que quiera entender cómo se explica y cómo puede conciliarse el hecho de que Serenín, siendo así como es, se aloje, desayune, coma, cene, vigile y duerme en este alojamiento que está así como está, lea —y si no quiere hacer más, con ello le bastará— únicamente la primera línea de escritura del capítulo siguiente.

SERENIN se encuentra enamorado.

Claridad, congruencia, orden, entendimiento bueno, concertación, realismo, verosimilitud y, en suma, todo cuanto veníamos persiguiendo, echando tan de menos, se han logrado de golpe. Ya el relato, antes siniestro y zurdo, con sólo la declaración de unas palabras, se ha parado derecho. Ya ahora, el Serenín del cuento, adentro de esta casa, no es a nuestros ojos un desbarajuste, no se nos presenta ni nos da la impresión de un gato que surcara unas linfas entre cisnes, un charro en bicicleta, o un diablo enjabonándose los cuernos con agua bendita. Y no hemos dicho mucho, solamente hemos dicho que Serenín se encuentra enamorado.

Amor, Amor, tenía que ser Amor. A Amor teníamos que encontrar tras este juego. Así fué en un principio, así en los tiempos medios, así es en lo presente y así será en lo porvenir. Tras de la cruz, el diablo,





y tras el desconcierto y la confusión, siempre Cupido. ¿Quién otro podría ser, quién otro, sino éste tal por cual, maleante, enredador, honda de Judas? ¿Quién otro, aparte de éste, ha sido hasta la fecha el más socorrido responsable de tanto absurdo caso e inextricable asunto? Dondequiera, en efecto, que hay algo con los pies para arriba, ahí está éste que de un cobarde hace un valiente; de un audaz, un tímido; de un inteligente, un tonto; de un tonto, un Maquiavelo segundo; de un diligente, un tardo; de un tardo, un empresario; y de un pie de tortuga, un tren de flechas. Y más y menos, según lo que no se piense, lo que menos se espere, lo que más se dispare, y lo que más por mago, ininteligible e incompaginable, nos desbarate el juicio y nos sorprenda más.

Amor, Amor. . .

De la docta Sor Juana, sin que sepa por dónde, han llegado en volandas a mi mente, y pugnan por salir a la punta de mi pluma, las siguientes palabras:

"No sé si me contradigo
en este confuso error;
mas el que tuviere amor
entenderá lo que digo".

Y vienen muy al caso. Quieren decir que las cosas del mundo del amor no pueden ser miradas con ojos de sensato, que es necesario verlas a lo loco, que es preciso estar enamorado para comprenderlas, que hablar de enamoramientos a los que están dentro en su juicio, es hablarles en griego.

Y este muchacho puede estar descolorido, puede ser polo de brújula cargado de electricidad de signo igual a la de la vecindad que, por tanto, debería ser repelido; pero otra fuerza, interviniendo, ha venido a hacer burla de las leyes que gobiernan los fluidos eléctricos y a hacer que se produzcan fenómenos desconcertantes, cosas locas, a hacer de Serenín una brújula loca, cuya carga de signo negativo busca, contra toda lógica, la corriente, también de signo negativo, de la vecindad.

Sí, ello es un absurdo, una confusión, una cosa de encanto, es un confuso error, en cuyo cuento, "ya sé que me contradigo; mas el que tuviere amor entenderá lo que digo". Y este muchacho está, como se ha dicho, sin color y temeroso e inquieto; pero no se va, y no se va, porque, permítaseme la expresión, Amor lo tiene atado con su cadena de flores.

Otra pequeña aclaración, con mis excusas. Un servidor se halló presente en una discusión que hace mucho al caso, sostenida entre vecinos enterados del hecho de que estamos ocupándonos, y que nació porque uno de ellos, haciendo alarde de una ladina y graciosa, como ociosa malicia, propuso que cómo es que si las cadenas del amor son de flores, y si las flores son frágiles y basta un ligero tirón para romperlas, ¿cómo es que no hay hombre que pueda, por su esfuerzo, libertarse de ellas?

Por cierto que, aunque se dieron contestaciones bastante ingeniosas, a mí ninguna llegó a satisfacerme, sino sólo una mía que mantuve



en el puro pensamiento, sin dejarla llegar a los linderos de los dientes, por parecerme que no la tomarían en cuenta entonces. Y ya que ahora encaja como anillo al dedo, me aprovecho de la coyuntura para declararla. Y consiste en que yo he visto toros verdaderos y fuertes como tales, atados a un deleznable mecatito, estarse quietos y seguir con humildad al que los jala, sin tratar jamás de burlar su ligadura no obstante que, como ya he dicho, ni el mecate era fuerte ni los toros débiles. Este hecho se explica, diciendo que lo que pasa aquí, es que la gente del campo tiene el don de hacer las cosas con un talento de que en general carecemos los de la ciudad, de modo que, sabiendo lo muy delicada que es la nariz del toro, de esa parte es de donde los sujetan, con lo cual se consigue que, si el animal hace fuerzas con objeto de independizarse, le duele la nariz. Y esto, o algo más o menos del jaez de esto, es lo que sucede, según yo, con lo del amor, por lo que se refiere a las cadenas con que nos amarra. Estas serán de flores frágiles; pero nos las prende, ay, del corazón, que ya podrá advertirse si es parte doliente y delicada, que aun una mirada lo lastima y lo postra con dolencia que muchas veces no alcanza a sanarse ni con el tiempo de toda una vida.

Y Serenín está así atado. Y no osa moverse, y no puede apartarse con su cuerpo, ni vagar con su alma. Las lejanías del norte, las distancias del sur, los horizontes hondos del poniente, los misterios del legendario oriente, los caminos tortuosos, las veredas y toda translación le está vedada y no se cura su aflicción, su sed de trashumante, en otras lejanías que las que le ofrecen unos distantes ojos...

Pobrecito muchacho, anoche fué con el doctor, y el doctor le dijo que se acueste temprano, que se alimente bien. Tenía que ser doctor. Como si las hojas de los puñales amorosos fueran de narcótica lechuga, y su cáliz, copa en que se contiene aperitivo. Apenas si consigue, a fuerza de contar del uno al mil, del mil al dos, del dos, al tres, y cuatro, y mil por mil, hilo por hilo, de unas pestañas negras e incontables, pegar sus tristes ojos.

Para acabarla de arruinar, los tiempos están malos, las cosas están caras, el Gobierno paga las quincenas con retraso, descuenta de los sueldos la contribución del "Income-Tax", quita un tanto por ciento para informar el presupuesto del Partido Nacional Revolucionario, otro tanto para la Dirección de Pensiones Civiles de Retiro, y ahora, como si no fuera ya bastante, anda por ahí el rumor de que van a descontar todavía, un diez por ciento del total del sueldo para evitar un déficit de no sé cuántos millones en el presupuesto.

Ya no tiene zapatos, porque, aunque no gasta mucho en sí mismo tiene en su tierra unas hermanitas que no cuentan con otro amparo que el suyo.

¡Ah; qué casualidad, hablando del rey de Roma, y él, que asoma!

Cada día pasa, poco más o menos, a esta misma hora. Inmediatamente que sale de la oficina se viene acá a su casa. Trae bastón, esta costumbre es casi seguro que la heredó. Pues no viste con elegancia y, por lo que se ve, no es amante del lujo, e indudablemente, Serenín no usa su bastón con idea igual a la que impele a los fifíes a que lo usen,





sino simplemente porque le agrada traerlo. Es el suyo un bastón delgado remata en canado y, el canado, en cabeza de perro. Un día, por andar con sus prisas, perdió uno anterior a éste, luego lo substituyó por éste, y éste, quién sabe si también lo pierda.

A veces se le olvida la corbata, y vuelve corriendo; pero, ya en su casa, se queda perplejo, sin atinar a qué es a lo que volvió. Entonces es cuando en la oficina le advierten que no debe llegar tarde. El finge querer que la tierra se lo trague, al jefe le cae en gracia y todo queda arreglado.

—A mí se me hace que está usted enamorado —le dice la taquígrafa por broma.

—Enamorarme yo —contesta él, muy serio.

En cierto modo, su apariencia da lástima. Es uno de esos tipos que se ven débiles; pero que, a la hora de la hora, cuando se ofrece translador un mueble, descorrer un pestillo demasiado apretado, destornillar una llave de agua, u otras cosas de violencia física, quienes los ven, les dicen: "Carancho, no imaginaba yo que estuviera usted tan fuerte". Y de quienes se juraría que no entienden de cosas hondas, hasta que, de repente, aparece en las librerías un tratado de Metafísica o una novela cautivadora por sus acertadas y profundas observaciones, bajo el rubro de su nombre.

Serenín no ha escrito nunca nada, ni, que se sepa, ha tenido oportunidad de levantar pianos ante alguien; pero el día que se le ofrezca, si quiere, puede hacerlo, especialmente lo de la novela.

Se sabe que las señoritas Urtusástegui, al leer las cartas que él les escribe, sueltan de pronto la risa o se ponen a llorar, según lo que se trate, y eso, que están escritas sin pretensiones, en términos sencillos, hasta el punto que no se podría decir cuál es el secreto de que él se vale para conmoverlas.

No puede decirse que sea muy estudioso, en el sentido que dan a esta palabra de estudiar, los universitarios. Su semblante es el de un distraído, el de un bobalicón, el de uno que no se da cuenta de nada. No obstante, en la noche, desde que apaga la luz para dormirse, se le va representando todo lo del día, con algún desorden; pero con mucha claridad y precisión, como si estuviera volviendo a suceder.

Serenín viene corriendo, corriendo, como de costumbre, naturalmente no con carrera desatada, sino que así como es válido decir de uno que va corriendo muy de prisa, que va volando, así me creo yo autorizado a decir de éste que viene andando muy de prisa, que viene corriendo. Se ve claro que le urge volver a su cuarto, más bien dicho, de verdad le urge, siempre le urge. Adondequiera que vaya, va como la gente, ni aprisa ni despacio, regular. Las carreras son al volver. El bastoncito apenas toca el suelo, el saco ondea, se agita, tomado por el aire, quiere quedarse atrás.

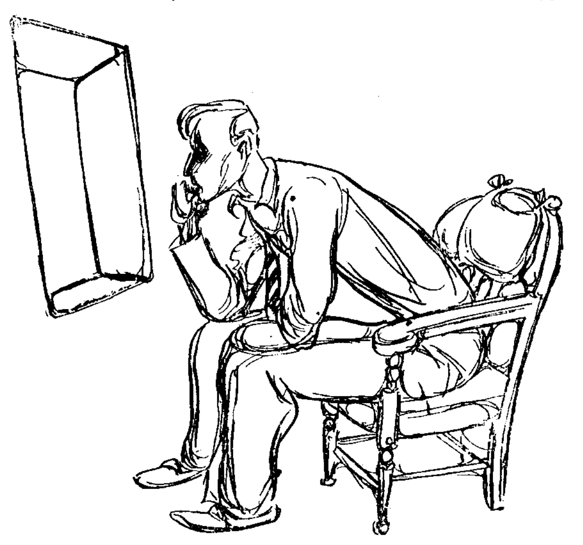
Desde que entra en su cuarto, lo primero que hace es echar una ojeada revisora; no vaya a ser el diablo, y tras todas las infinitas precauciones de que se ha hecho mención, y acerca de las cuales ya no hay para qué insistir, Serenín cierra la puerta, que, por baja y por dar a un pasillo obscuro, aun estando abierta, deja la estancia tenebrosa; sólo





en la mañana el sol naciente, colando un haz de sus rayos, coloca en la pared un óvalo un poco menos grande que un huevo y sirve de candil. Después, a medida que va volteando la Tierra, el óvalo baja al suelo y decrece, decrece, hasta desaparecer.

En lo demás del día, cuesta mucho trabajo leer o encontrar las cosas que se caen al suelo. Por otra parte, abriendo la ventana, se establece un tránsito de aire y, como de pequeño le dió la pulmonía a Serenín, porque a su padre le gustaba desnudarlo y echarlo al patio siempre que llovía, ahora, por temor a una recaída, se cuida muchísimo. Y hace bien, de una recaída es raro el que se escapa. Por esto es por lo que cierra la puerta antes que nada. Es decir, no por cerrar la puerta, sino por poder, luego, abrir la ventana, sin que se establezca tránsito de aire. En seguida, se unta mentolato en las ventanas de la nariz y atrás de los oídos y, finalmente, se asegura de la solidez de una silla que junto a la ventana está, se sienta en ella y se pone a mirar.



MIRAR no es como ver. Ver, es dejar que la luz obre sobre el dispositivo de los ojos. El que abre los ojos, el que no se los tapa, ése es el que ve. Mirar, en cambio, es entregarse por medio del sentido de los ojos, es polarizar las potencias del ser hacia el objeto que capturan los ojos. Aquel que abre los ojos y condensa, además, sobre las obras que la luz obra en sus ojos, su presencia, ése es el que mira.

Ahora bien, frontero a la ventana, visible desde dentro de la pieza, ofreciéndose a través de la ventana, callado y vertical, se alza un muro, el muro es alto, pardo y liso, y está constelado de ventanas. Nunca ha sido encalado. Sus ladrillos desnudos han ido recibiendo, al directo, las mudanzas del tiempo y de los elementos. Las horas y deshoras, los días y las noches, las primaveras, los veranos, los otoños, los inviernos, con sus vientos, sus ardores, sus lluvias y sus fríos, lo han ido impregnando de no se sabe qué, sino que es la substancia pasivísima que, a fuerza de filtrarse, los años han soltado de las delgadas ondas de sus aguas perpetuas y calladas.





Abajo, a los pies del muro callado y vertical, se hace el ángulo, de donde, el piso asendereado del patio parte hacia acá, hasta venir, aparentemente, a chocar con la línea horizontal inferior de la ventana. En el extremo alto linda con el mudable cielo y, a los lados, lo cortan las dos perpendiculares, movibles con el observador, de acuerdo con las conocidas leyes de coordenadas de la Perspectiva.

No tiene, pues, Serenín, que hacer otra cosa que cabecear, para lograr que el muro entero se desplace, como un cartón pintado que penduleara detrás de un agujero.

Mirar no es como ver. Mirar es entregar el alma al objeto que capturan los ojos. Es algo más que ver, es ver con sed. En el mirar de Serenín, que ya se ha dicho, se ve esta sed de sorber, de querer beber algo a este muro, y en su expresión se nota, cierta, esa demanda interna, profunda y fervorosa, que muestran los que oran en silencio.

La tarde va cayendo. Una a modo de esa niebla que se logra con entrecerrar los párpados, va cayendo de arriba y empezando a enturbiar el vidrio melancólico del aire; un poco de ese a modo de sutilísimo polvo obscuro, al cual llamamos sombra, va cayendo del cielo, y un poco de ése, ya no a modo de polvo, sino genuino polvo —aun pequeñas piedras— va cayendo, intermitentemente de los techos, y como en toda la vecindad (cual ya se ha encarecido tanto) no hay cosa alguna sólida, y como la parte participa siempre de la naturaleza del todo, y como los puntos del piso en que las patas de la silla de Serenín se asientan, forman parte de la vecindad, resulta que lo mismo que la tarde, el silencio, la sombra y lo demás, Serenín también se está cayendo. Si se hurtara un poquito a la izquierda, si, tan sólo llegara a ocurrírsele descruzar su pierna derecha y cambiarla a encima de su izquierda, ay, yo estoy a punto de soltar el tropo de la risa, sólo con la representación que me hago de la cara que haría Serenín tras el trastazo. Pero no, en realidad no hay riesgo; es cierto que la pata trasera del lado derecho de la silla tiene asentado, en relativamente firme, a lo más, un diez por ciento de la superficie que es su base inferior; más el joven ni siquiera parpadea, se ha ido y no está aquí, todo su cuerpo y alma están clavados, con sus ojos, por cima de un nopalillo que entre musgos y quelites silvestres, va naciendo al borde de la ventana de que, precisamente en el párrafo primero de esta historia, se ha hecho mención, diciendo: "De una fecha ya ida para siempre hace ya mucho, o sea, de un remoto tiempo que nunca ha de volver, en virtud de que no la acabaron, una de las ventanas de la pared de enfrente quedó sin terminar...". etc.

Ya, al describir el muro, se anotó, que no es ésta la única que hay. Ahora bien; todas las demás que hay en el muro, cuentan con todo aquello con que debe, en lo esencial, contar una ventana. Todas ellas han sido, al menos, en memoria, cabalmente enmarcadas. A todas ellas hay quien trate, más o menos, de disimularles la ruina de sus años. Manos, en mayor o en menor medida cuidadosas, curan de rasurarles los quelites y zacates que espontáneamente aparecen por ahí, de tiempo en tiempo; de colocar tiestecillos de flores, jaulas con





pájaros o destechadas periqueras; de remendar los hoyos que se hacen demasiado cerca, de repintar algunas veces las maderas, de acomodar visillos tras los vidrios o de colgar cortinas; más en ninguna de estas peripuestas, casi enteras, florecientes, para jamás los ojos suyos Serenín, sino sólo en la última de arriba, la inacabada y sórdida que no consiste en más que el vano.

Yo estimo que, al menos de paso, debo referirme aquí a un problema relativo a lo que este espacio se ha ido transcribiendo. Todas las ventanas del muro, repito, cuentan con todo aquello con que debe, en lo esencial, contar una ventana, y merecen, sin reparo, ser llamadas ventanas; pero la inope y no completa en que posa con vigilante ensueño sus ojos Serenín, carente de vidrieras, de marco de cortinas, que no consiste, en fin, sino en el vano, ¿podrá, con propiedad, ser llamada ventana? ¿No sería más propio llamarla, simplemente, agujero?

No he sido yo el único ni el primero que lo piensa. Y hasta debo decir más; la opinión reinante aquí, ha sido en este sentido. Y todavía hoy, más de cuatro vecinos, impíamente, sin haberse puesto siquiera a discutirlo, la llaman agujero. Serenín se ve cohibido y se entristece siempre que oye tratar el punto. Y él propio, aunque con pena, durante cierto tiempo reconoció que sí, y que efectivamente no alcanzaba a ser una ventana. Y cuando lo oía decir, en parte por decoro y discreción, y en parte porque no encontraba objeciones serias que oponer, se callaba. Y así estaban las cosas, y así hubieran seguido, a no ser porque una tarde en que hacía mucho calor, estando Serenín en compañía de un compañero suyo, muy despierto, estudioso e ilustrado, a un golpe de viento se abrió la ventana del cuarto en que se encontraban. Y el compañero que, al parecer, pensaba en el problema, de pronto, sin antecedente alguno, como si Serenín fuera adivino y estuviera en lo que él iba pensando, dijo:

—¡Ah!, ya caigo.

—¿En qué? —le preguntó sorprendido Serenín.

—Pues en eso —contestó el compañero, apuntando con la frente todavía arrugada por la meditación, hacia donde convenía, en que eso, a pesar de que, como cualquier ventana, es un agujero; y no obstante todo cuanto hasta aquí se ha dicho, sí es ventana y puede, con el más perfecto derecho, ser llamado ventana. Es tan ventana, que ya quisieran otras muchas serlo tanto. Vea usted, hace un momento, sentía yo un gran calor, hasta el extremo que ya estaba pensando en quitarme el saco; pero en eso llegó inopinadamente un golpe de viento y abrió, inopinadamente, esta ventana. Inmediatamente empecé a sentirme aliviado de calor. Y esto me hizo recapacitar en mis adentros: Ventana, sí, para que entre el viento.

Eso es, de viento, de ahí viene ventana, lo mismo que ventilador y que ventila, no de enmarcado, no de vidriera o de postigo, ni de cortinita azul. Tales aditamentos más bien son un estorbo para la ventilación, pues a una ventana, poniéndole vidrieras, colgándole cortinas, más que enventanecerla, se la desventaniza, se le merma su función, se le impide su objeto, se la aparta de su significación etimológica.





Serenín no dijo nada, sólo sintió que con su discurso, su compañero le inyectaba luz y le quitaba un gran peso de encima. Por cierto que a este sujeto lo mandaron más tarde a Pensilvania, pensionado, a estudiar filología. Qué milagro, en este sí se hizo justicia, no como cuando mandaron a aquellos estudiantes al Japón, y dió por resultado que la Universidad de aquí fué demandada, pues sus enviados, a la sombra de ella, se echaron allá miles de drogas.

Serenín escribe de tarde en tarde a Pensilvania, y renueva en cada carta las expresiones de su agradecimiento: "No hay como el talento —escribe—; gracias a usted, ya no hay quién se atreva a llamar agujero a nuestra querida ventanita". De hoy en más se usará este nombre en cada caso semejante. Así resultará una prosa más castiza, y se evitará, de paso, la confusión de que no se sepa si se trata de un tubo de guardar agujas. Ultimamente se me ha ocurrido una nueva razón. No cabe duda de que de que Dios da, da a manos llenas, sólo que, como esta razón se presta para ciertas burlas, me la callo.

Qué distancias, qué alejados caminos, con qué miembros tan inequivalentes logra hacer ecuaciones Serenín. Agujero lo mismo que ventana. Venga a verlo el que quiera, si en realidad no es más que un agujero.

Oh, poder de la fe. "Ya nadie—escribe Serenín— se atreverá a decir que es agujero nuestra querida ventanita".

Y todavía no han parado en esto las operaciones. Con cuánta razón ha sido dicho: "Tiene el corazón sus razones que la razón no conoce". Caminando de ecuación en ecuación, de semejanza en semejanza, Serenín ha llegado a demostrarse, casi nada, sólo que el agujero este, y el cielo, son lo mismo.

La tierra es alta aquí; más de dos mil metros sobre el nivel del mar; la ventana, ocho o nueve metros más alta que la tierra; más alto aún, pero sin comparación más alto aún que la ventana, a todos los metros sobre el nivel del mar, reposa el cielo.

Sin embargo y a pesar de toda esta inconmensurabilidad de dimensiones que lleva a la dosimétrica ventana el inabarcado cielo, Serenín, con la barba en la mano, caminando de ecuación en ecuación, de semejanza en semejanza, de par en par, se ha disparado hasta llegar a convencerse de que el cielo y la ventana son lo mismo.

El cielo es la ventana. A ver si hay un héroe que se atreva y que venga y me lo explique.

Ninguno, que se sepa, tuvo jamás idea de lo que, cielo, es. Esta palabra, cielo, es nada más una armazón, un garabato seco, para usarlo cuando no se halla otro en que quepa lo que quiere decirse. Esto es, en efecto, algo inefable, algo infinito, azul, dulce, dichoso, sin medida. No existe la palabra, no existe el pensamiento, no existen la ternura ni el dolor bastante largos para poder tocar la cuenca de este techo sin techo que nos cubre.

Un pájaro es nuestro anhelar, un pájaro que se hunde vagamente en el vacío de nuestra alma, y sólo cuando, con la piadosa ilusión que nos procura nuestro propio cansancio, transformamos en fuente de aguas





vivas, cualquier brillo fugaz, decimos cielo, ensueño, amor, o dueño mío. Palabras solas son, palabras muy distantes, palabras que sólo usamos a fin de imaginar que no rompemos la aparente concatenación de nuestro ser, a fin de no enfrentarnos con la angustia de admitir que estamos rotos, palabras que sólo sirven para llenar con algo los abismos que vigilan, sedientos, en nuestro corazón, los puentes que nos faltan para poder ligar los tramos que no hallamos del camino hacia nosotros mismos, las vacantes en sombra de nuestra existencia, los vanos o desvanes que no tienen identidad precisa y pueden contener cien mil, pero imprecisas.

Nadie, que se sepa, tuvo jamás idea de lo que, cielo, es. El tampoco la tiene; pero su corazón, se finge que sí sabe, y vendándose los ojos, por un acto de su voluntad de que no da parte a su conciencia, se encierra y vive a obscuras, poseído por la representación que se ha hecho, consistente en que, al abrazar el dosimétrico fulgor que proyecta sobre una abertura practicada en un muro, abraza el infinito, inabarcable cielo. Empero, insistió, ninguno, aparte de él, podrá entenderlo nunca. Y es que cada uno se proyecta e



inyecta de un modo diverso, su individualidad, la suma que resulta de sumar la inmensidad de hambre de luz, más la inmensidad de sombra de su espíritu.

He aquí otra palabra semejante, otra palabra igualmente vaga, inmensa, irrellenable: "espíritu". ¿Qué quiere decir espíritu? Unos están seguros de tener espíritu, otros tienen determinadas dudas, otros no creen en esas cosas, otros les tienen miedo a los espíritus.

Y Serenín se ha vuelto silencioso, concentrado, fantasmal. Se ha ido replegando hacia su espíritu. Los amigos han ido retirándose de él, a causa de su silencio. Les parece que se ha vuelto sonso. Es una lástima; tan jovial como era, tan ingenioso. Lo que son las mujeres. En cuanto un hombre se mete con mujeres, todo se descompone.

Ya el coloquio social, toda demanda exterior lo desazona. Más que todas las pláticas, más que todos los discursos de los libros, lo contenta una callada fuente de elocuencia, que él se sabe, y no encuentra substancia, sino en los mensajes que de ella recoge.

A qué hora, cuándo, cómo, tal como tantas otras veces hasta ahora, aparecerán, detrás de la ventana, unas manos, una cabeza, una señora que, como una automática monita empequeñecida por la distancia, sabe mirarlo desde allá, reír y sonreír, saludarlo con cautela de que nadie la vea y decir, sin que se oiga, sólo con movimientos de los labios:—¡Ay, te quiero!

Tiene ella unos ojos que a él le gustan mucho, que siempre le recuerdan un bello parlamento de Knut Hamsun: "Antes, señora, no me importaban a mí ningunos ojos. ¿Ojos azules? Va. ¿Ojos verdes? Qué. ¿Ojos grises? Está bien; pero hoy, señora, hoy se ha atravesado usted en mi camino con sus ojos negros. . ."

Tiene también cabellos, unos cabellos hondos y obscurísimos, siniestramente negros, donde los brillos cruzan y se mueven a modo de relámpagos, forman un marco sombrío a su cabeza y, al atardecer, el rostro luce entre ellos maravillosamente.

Cuando llegue la noche, se irá escondiendo todo. Los violetas y marfiles, los rosas y los negros, los nácares y azules, se irán hacia lo negro, hacia lo gris, cual disolviéndose en una única tinta parda y homogénea. Y para un tiempo no se verá ya nada, y la ventana, consumiéndose a par de la figura, será sólo un recorte no distinto, igual que si detrás no hubiera alcoba, sino un trozo del cielo de la noche, en que se hubieran muerto todas las estrellas.

Un poquito más tarde se encenderá una luz. La fuente luminosa habrá de quedar oculta; pero su emanación coloreará tímidamente el interior y, contra su fulgor amarillento, reaparecerá con visión tenue, la tenue figurita femenina.

En esta incierta hora el muro, ya algo más vago que el cielo, será un borroso lienzo pardo, con un recorte levemente iluminado que semejará una estrella fija, quieta, rectangular y plana, coronada por una infinidad de otras diminutas y nerviosas, esparcidas al tino por millares.

Más tarde aún, descenderá en silencio, suave, paulatinamente, como con paracaídas. Y cuando el silencio se tienda a reposar sobre la tierra, de la más grande y pálida de todas las estrellas, brotará una canción.

La canción habrá de repetirse muchas veces. El murmullo, que Serenín apenas oye, bajará de lo alto a envolverlo en una como luz profunda:

"Tiniebla de tinieblas
era para mi oído tu silencio".

Así ha escrito Serenín en el angosto trozo de un bloque de taquigrafía partido a lo largo por mitad. Ni piensa en hacer versos o poesía, le sale como agua durante las exaltaciones en que, por sus intimidades, se hace la representación de que están conectados él y ella, y que ella puede oírlo.

"De oro y de níquel, trémulas,
novilunio y resol, cairel de músicas,
por mi ventana entran
las hebras de tu voz, desenvolviéndose
en mi estancia en silencio".

Primero es el oír, luego el entregarse de su ser, el convertirse en materia docilísima que no hace resistencia a las delgadas fuerzas que lo toman, luego adquirir la forma que le imprimen, luego la captación consciente de esta forma y, finalmente, la aparición de las palabras en que esta misma forma se condensa:

"...porque son de dos suertes los rumores,
unos hay que destrozan el silencio,
otros que lo iluminan".

No faltan, adyacentes, sujetos que se dan a los mil diablos, que se arrancan los pelos y comentan: "Si fuera una sola noche, pasaría; pero tener que oír todas las noches, y a deshora, este escándalo, sin poder ni dormir, es cosa que se pasa de la raya".

No es justo que así hablen. En realidad, no es escándalo. Es posible que la señora tenga sus defectos; pero, en cuanto a cantar, no canta enteramente mal. El mal está en la hora y en la continuidad, pues el canto se repite, se repite, de ordinario no cesa antes de las dos o las tres de la madrugada, que es la hora alrededor de la cual suele llegar a su domicilio el marido de la cantadora.

Ella conoce que ya viene, en que, no obstante que llaman a la puerta de la calle, no se enciende la luz, y esto consiste en que como el marido es medio avaro, siempre discute antes de dar los diez centavos que es uso dar a la portera, por cada abierta de después de las diez de la noche. Así que ésta, por desquite, no hace como con los demás, que no discuten el pago, y lo deja que entre a obscuras.

La cantora, en cuanto oye que llaman a la puerta, y ve que no se enciende el foco de la entrada ni el de la escalera, suspende su tonada y,





con objeto de que el marido la encuentre haciéndose la dormida, corre a acostarse.

Por una distracción, he adelantado los acontecimientos. Todo lo descrito sucederá después de este momento. Apenas son las seis y media. Serenín se ha levantado de su observatorio sólo para ver la hora y evitar que se cuente una mentira. El, a par conmigo, comprende que en todos los extremos hay exceso, y que toda discreción consiste en encontrar y practicar el justo medio; pero, en materia de veracidad es muy estricto, patológicamente escrupuloso, porque para ello tiene sus razones.

Su padre que, en paz descanse, era muy comprensivo y hasta blando; sólo que, con las mentiras, sí que no podía. Las cuatro únicas veces que lo castigó, fué por contar mentiras. Las mentiras que Serenín contaba, eran insignificantes: que había perdido el cambio, que no sabía cómo se le había hecho tal o cual garrancho de la blusa, que le dolían los dientes. Una de sus tías oyó, e intervino, y dijo:

—Ya ni piensas. Lo que pasa es que no quieres ir al Kinder. Todavía no tienes dientes. Qué te vamos a creer.

Esta fué la primera vez que su padre le pegó. Mandáronlo a la escuela con una criada muy atleta. La criada fué empujándolo, estirándolo y diciéndole: —Cuela, cuela, que se nos hace tarde.

Cuando el profesor Espíndola lo vió llegar, le preguntó que por qué llegaba tarde. No hallando qué decir, se disculpó diciendo:

Lo subsiguiente es, en cierto modo, trágico, contándolo os causaría pesadumbre. Además, "Ars longa, vita brévis", y todavía quedan muchas cosas dentro del tintero.

Ahí, sobre una repisita de pared, yacentes al pie de un florero sin agua, que soporta en los bordes de su boca una rosa marchita, tiene Serenín unos tomates. Ay, estos tomates, citados tan inesperadamente y, al parecer, tan fuera de lugar, son de la mayor importancia, y constituyen el motivo más grave y emotivo de esta historia.

La chinita que vive detrás de la pared de enfrente, debido a circunstancias imperiosas y tristes, se vió obligada a casarse, sin amor, con un turco de Esmirna, que es enamorado y celoso como un turco.

Ella nunca lo ha querido; pero a través del tiempo, se ha venido acrecentando el caso, y cada día lo quiere menos por judío, por celoso, por tacaño, por turco y porque no le quiere regalar una turquesa.

—Mísero —le dice— y tantas turquesas como habrá en Turquía.

En cambio, se ha enamorado de Serenín perdidamente, casi tan perdidamente como él de ella.

Las causas de este infinito amor, nadie las sabe. Como todas las causas de la vida, del amor y la muerte, se ocultan tras el velo misterioso de lo incognoscible; pero su fuego se mantiene vivo, se estimula y acrece, en virtud de los riesgos y sobresaltos que les cuesta.

Casi siempre se hablan desde lejos. De tanto violentarse y estirarse por alcanzarla, el corazón de Serenín se ha hecho largo, co-





mo el brazo derecho de los hortelanos que tienen que cortar muchos limones. Antes era redondo, apretadito, de no grandes alcances y no alcanzaba a salírsele del pecho. Ahora llega hasta la pared de enfrente.

Ella va todas las mañanas a traer su mandado a la plazuela del Carmen; pero él no puede acompañarla ni se atreve a seguirla, porque siempre va en su compañía, de centinela alerta, su cuñado.

Este posee la condición adusta e incomprensiva que hace recelosos y cerrados a los solterones, en revancha del amargor de no haber oprimido ni tocado nunca la anhelada periferia de una hembra con sus dedos desafortunados.

No obstante, ella ya le ha encontrado a él su lado flaco. Le cuenta que tiene juvenil el semblante, y que las arideces de semblante no están bien, sino en las personas mayores.

Oh, qué dulce embriaguez debe sentir dentro de sí, qué desvanecimiento en su dureza, este disecado sujeto, cuando la dulce niña lo convence de que se conserva joven y le insinúa que a la fecha todavía se le puede mirar con apetencia.

El sombroso turco así lo manifiesta. Con tan halagadora convicción se le despierta una jovialidad aparatosa que lo mueve a hacerse el pequeñito, a expresarse a lo bebé que está aprendiendo a hablar, la toma de la mano y la invita a que salten como escolares que van trabando las pasos, y en los momentos que tiene por propicios —y jamás se engaña— la muy pícara de ella a el muy sonso de él le dice esto:

—Precisamente bajo el vidrio roto de esa puerta, el muchacho que te quedó debiendo los abonos, tiene un tapete color de rosa claro, que es finísimo. ¿Quieres que le soltemos un tomate para que se le manche?

Oh, admirables ardides del amor. Serenín ya sabe que antes de entregar el tomate a su cuñado, ella lo besa apasionadamente.

Serenín, cuando vuelve, por ahí lo encuentra, lo levanta y, en seguida, lo coloca sobre la repisita, a fin de que le sirva de arcángel San Rafael, según él, porque se ha equivocado e imagina que San Rafael, y no San Gabriel, es el nombre del mensajero que bajó del cielo a traer a la Virgen María la Buena Nueva. Y así, cada tomate es para él un símbolo de amor, una síntesis en que se encierra toda la copia de misterios de su religión y de su fe. La repisita es, pues, un verdadero altar, un tabernáculo.

La recamarera que entra a alzar la pieza, desde un día en que vió la repisita, empezó a extrañarse, se dió a cavilar y, al fin, no pudiendo ya más, se fué con la cocinera y le dió, en confidencia, la noticia de que el señor Urtusástegui, siempre tiene tomates en su repisita.

La cocinera pensó que el muy taimado los adquiría de los de la cocina, se sintió defraudada y, para librarse de responsabilidades, fué a ponerlo, a su vez, en conocimiento de la patrona.

A la patrona no le pareció del todo bien; pero, al fin que, dijo, con un tomate menos, no voy a quedarme pobre.

—Pero es que no es sólo uno —añadió la cocinera. La recamarera dice que todas los días encuentra muchos.

La patrona, al fin humana, se dejó invadir por el torpe sentimiento de la inquina, entró en calor, vino a cerciorarse, vió que sobre la repisita se encontraban, en efecto, unos tomates, frunció en un rictus de desazón su boca, se adhirió a la teoría de la cocinera y salió, sin decir una palabra; pero más tarde ordenó que desde el día siguiente se llevara una cuenta minuciosa de tomates. Como es de suponerse, nunca falló la cuenta, los tomates resultaban cabales de continuo.

De aquí surgió un problema, surgió una positiva intriga. ¿De dónde coge el señor Urtusástegui tomates y para qué los quiere?

Es fama que las mujeres no dicen misa porque son muy curiosas. No hace falta, empero, no dicen misa; pero con excepción de misa, no hay cosa que no digan, enredo que no hagan, ni chisme en que no influyan.

En suma, el resultado ha sido, que entre todas las que forman el pueblo femenino de la vecindad, no ha quedado una sola ignorante de que el señor Urtusástegui siempre tiene dos, tres, cuatro, cinco o seis tomates sobre una repisita.

Así que, bajo distintos pretextos, una tras otra, fueron viniendo a visitarlo casi todas. Tan luego como se cercioraban de lo de los tomates, se salían. Pero una fervorosa que tiene en su vivienda muchos santos, más contumaz y de celo más vivo que las otras, alargó un tanto su visita y dijo:

—Oiga, señor, ¿para qué quiere usted estos tomates?

Serenín, se cohibió un tanto; mas, al fin, pensando que no había ningún camino, por donde pudieran haber venido en conocimiento de sus cosas, y que, en consecuencia, no existía la posibilidad de que se esparciera su secreto, abiertamente, aunque no sin medir lo que decía, le contestó:

—Verá, señora, usted, probablemente, no comprenda. Sin embargo, dígame: ¿Usted, en su casa, tiene santos?

—Sí.

—¿Y para qué los quiere?

Los tengo porque soy católica. Porque los necesito para acudir a ellos en mis horas de tribulación, en busca de consuelo.

—Muy bien contestado, aseveró Serenín. En cuanto a mí, le diré que, pues no soy católico, tengo una religión distinta a la suya y que estos tomates que aquí tengo, son mis santos.

La vieja se quedó como en la luna, levantóse, fué saliendo pasito, caminando hacia atrás, por no dar las espaldas, y en cuanto ganó la puerta, pies para cuándo son, se esfumó como encanto y se dió a repartir por todas partes la noticia.

Serenín salió a la calle. En la calle se encontró con que la gente no hablaba de otra cosa que de la muerte de Obregón. Frente al Palacio Nacional hormigueaba una multiud inmensa. Los periódicos lanza-





ban extras cada media hora y los ciudadanos los arrebataban, materialmente, de las manos de los papeleros. Era un acontecimiento terrible, inesperado, que cambiaría del blanco al negro los destinos de la patria; pero, en la vecindad especialmente entre el elemento femenil, el asesinato del Presidente electo, era un suceso pálido, carente de interés. En nuestro país todos los Presidentes acaban de ese modo y, además, en la vecindad sí se había dado un caso verdaderamente extraordinario. El verdadero ejemplar, el verdadero pánico, era que Serenín tuviera en su cuarto, sobre su repisita, unos tomates.

Frente al cuarto del héroe hormigueaba una multitud irregular y, cuando lo vieron volviendo de la calle, se movieron tras él, centenares de ojos espantados.

—Ese les reza el Padre Nuestro a unos tomates.

Serenín ni lo supo. Al entrar en su alcoba percibió un tomate, lo recogió, limpióle el polvo, se sintió encaminado a suspirar; pero se lo impidieron un nudo de enternecimiento que le cerró el cuello, y la aparición precisa, clara, indubitable y firme, de que el tomate, el polvo, el cuerpo, el alma, la ventana, etc.... !todo cuanto existe!, y el cielo, son lo mismo.





LAS JOYAS DE LA SEÑORA MONT

Por MANUEL ANGEL ECHEVARRIA

Ilustraciones de YIRAUDY

LOS esposos Mont vivían con el sereno orgullo de un abolengo, a conciencia, prestigioso y superior. El matrimonio era opulento. Residía en San Miguel, una vía que, a pesar de la democracia y el comercio en confundida vecindad, aún conserva un resto de la aristocracia habanera; un resto que subsiste a través de la política, el azúcar, el tabaco y otras industrias.

Juan Luis Mont, caballero de letras, negocios y salones, era generoso y honrado; celoso e irritable, si bien estos últimos extremos cobraban a su instancia gradual disimulo... Tenía una famosa distinción condicional, figura elegante y amplia actuación. Era inteligente y practicaba el bien... Clementina, su esposa, escala comparativa de virtudes, era bella y constituía por su gusto — bautizado como bueno en la pila de las apreciaciones más justas— una mujer tan elegante, que podía tomársela por patrón, y por sus maneras — ejemplarmente catalogadas por sus admiradores— como dama del todo imitable: "tan refinada, preciosa, embriagadora e interesante..." Tenía la señora de Mont una famosa colección de joyas valiosísimas; los ojos claros como un amanecer primaveral, el cabello color de caoba, las manos finas, las carnes sólidas, la piel rosada y el andar sereno. Era apasionada y reflexiva, sonriente y delicada. Usaba en el baño perfumes ingleses. Tenía la boca ardiente; unas ojeras naturales de pasmante originalidad y —algo extraordinario, silenciosamente apreciado por su esposo— concepto del sacrificio y del honor...

Los esposos Mont pasaban el Verano en Suiza y los calores de nuestro Otoño en un hermoso chalet de "La Coronela", con unos familiares de atracción intransigente y detonante.

Cuando empezaba el Invierno, después de la apetitosa alegría de las Pascuas, los Mont se disponían al regreso a su casa, y coincidía su llegada a San Miguel con la iniciación del año.

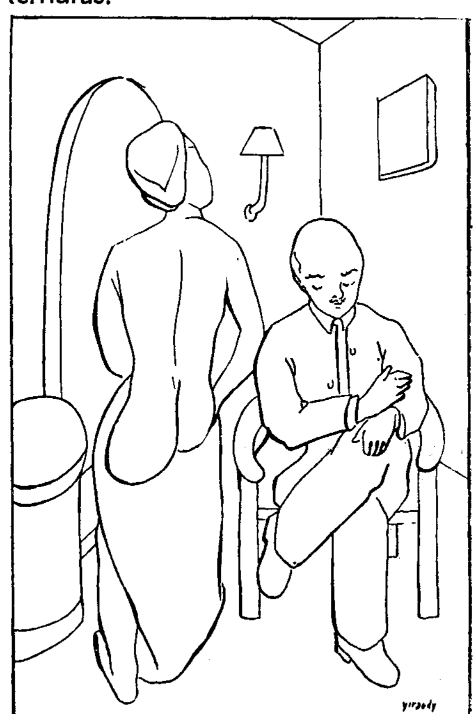
La sociedad se movía en nuevas y vigorosas admiraciones hacia Clementina y sus ricas joyas. Aquello era regularmente de una impetuosidad incontenible... Se hablaba de esas alhajas, muestra de antigua y refinada orfebrería, como de un tesoro incomparable. Hombres y mujeres, al contemplar la colección, quedaban en un éxtasis especial. No se sabía a ciencia cierta si ésto era obra de arrobadora contemplación o de generalizada envidia.

Una noche de persistente llovizna, cerca del alba, Juan Luis y Clementina volvieron a su casa de una fiesta a la cual fue ella con la seducción de todos sus primores. Juan Luis estaba irritado. Al entrar en la alcoba de su mujer, ésta se desnudaba ante un espejo. Penetró en la habitación con paso firme, y fué a sentarse en la banqueta del tocador.

Clementina se preparó a escuchar inquietantes palabras... Se acercó a su marido, aquel Juan Luis tan propicio a la fiereza cuando se le llenaba el espíritu de celos, y le pasó su sedosa mano por la cabeza, un tanto calva por su edad y la experiencia.

—¿Qué tienes? ¿Por qué te pones así, vida mía?

Juan Luis, silencioso como el enigma, se inclinó y puso la frente en las manos, apoyando los codos en las piernas. Clementina le bañó en ternuras.



—No seas cruel— Te adoro con todas las fuerzas de este pobre corazón mío, que vive en torturas... ¡Háblame! ¡Dime! ¿Qué tienes? ¿Qué quieres?

Y le besaba en los ojos y le apretaba contra su amoroso pecho.

Juan Luis se reanimó

—Estoy harto, mi Clementina; harto de la admiración que te dispensan las gentes, del continuo requiebro de los hombres... Quisiera que nadie, viéndote mía, te dijera nada. Para eso estoy yo...

Clementina rió con el esfuerzo de ocultar unas lágrimas que despintaron sus mejillas.

—¡No dudes de mí, amor mío! ¡Estamos el uno para el otro!

Y la escena, muy repetida en la intimidad de los amantes, terminó como de costumbre. Se abrazaron en una inconciencia de ensoñaciones y pasaron una noche muy feliz...



Por la mañana, Juan Luis estaba convencido y sonriente. Pero poco duró esta dicha. El señor Mont era supersticioso. Al salir de su casa, se encontró con dos sacerdotes de La Salud y tuvo el presentimiento de una desgracia.

Anochecía cuando supo que estaba al borde de una ruina, y en la tarde del siguiente día quedó enterado de un gran desfalco en sus negocios y de otra pérdida, aún mayor de intereses. Sólo fueron capaces de volverlo a la tranquilidad y a la esperanza las ternuras y los labios de su esposa, aquella Clementina, que era una Mujer.

Más ya era comentario popular su estado. En sociedad, se decían muchas cosas. No faltó esposa o amante que pidiera a su nombre la adquisición de las joyas de Clementina. Una amiga de la señora Mont habló con ella y le hizó saber que era obstinado y común propósito —un propósito casi nacional— el obtener y lucir aquellas alhajas. Ella sonrió. Y objetó que el momento económico de su marido no afectaría ni superficialmente el estado de los Mont. "Se trata de unas pequeñas operaciones sin importancia". "El mundo, desde la vida de Cristo hasta la caridad americana, lo multiplica todo. . . y ello por vicio e ignorancia más que por justa y oportuna apreciación de los sucesos. . .

Pasaron dos semanas. En la situación del matrimonio se acentuaba una catástrofe inevitable. La sociedad, ansiosa de ruinas, comentaba aquello entre lamentaciones que pudieron tomarse como una propensión a expectar ocurrencias satisfactorias. . . Pero ninguna ciudadana tuvo el placer de adquirir las codiciadas joyas de Clementina.

Juan Luis pasaba las noches en vela, hilvanando proyectos de amparo; calculándolo minuciosamente todo. Había celebrado unas entrevistas con personas de su mejor amistad, entre las que descollaba por fuerza de prestigio y discreción, amén de riquezas, un señor Muñiz, que pignoraba valores, se dolía de una arraigada nefritis y guardaba en el silencio de sus cosas íntimas una fogosa adoración, un amor añejo y santo hacia Clementina de Mont, cuyo cuerpo, de líneas perfectas y seducciones insufribles, contemplara en repetidos sueños.





Y la señora de Mont lo sabía, aunque sin darle importancia a la noticia. Muñiz le había confesado aquel fervor con la osadía de sus decisiones, de palabra y en cartas que el sonriente desprecio de una mujer honrada redujera a nada por el olvido y por el fuego.

En aquellas reuniones, celebradas con la orientación de un salvamento, si hubiera estado un fisiólogo de sutil observación, habría visto cómo por el organismo de Muñiz corría, produciendo grato escozor, la sensación de un ensueño. . .

Las entrevistas fueron buenas; pero los esposos Mont seguían teniendo una perspectiva lacrimosa.

Sin embargo, se presentó un día en que a las caricias del crepúsculo, Juan Luis pudo hablarle a su esposa de un negocio a celebrar ventajosamente en Camagüey, entre él y una firma importante; negocio que ya requería el complemento de un dinero que debía salir de la pignoración de sus joyas.

—Quiero que seas tú misma quien realice esa operación. Una mujer merece por sí mejores consideraciones que un hombre. Haz cuanto puedas porque de ello nadie sepa nada. . . Emplea todas tus condiciones.

Clementina aceptó y se apresuró a decir:

—Veré al señor Muñiz. Es persona discreta y nos distingue como buenos amigos.

Fué esta la única vez que Clementina pudo ver en Muñiz a un hombre atractivo, digno de toda estimación. A Juan Luis no le gustó aquello. Se mostró serio, preocupado. El momento era propio para las confesiones, y el señor Mont se confesó:

—Soy sincero al decirte que no me agradaría eso de ver a Muñiz. Francamente, alguna vez quise ver que ese hombre estaba enamorado de tí. Sólo esa confianza en que te envuelvo, sólo esa fe que en ti tengo, mi Clementina, borró de mi mente imágenes horribles. Pero. . .

Ella le acarició amorosamente:

—No seas malo, corazón. Que esa fe no muera. El señor Muñiz es quien más puede darnos por las joyas y quien más tiempo puede esperarnos para salir de ese empeño.

Hubo un largo beso y una sincera aprobación al claro de la luna.

Clementina de Mont vió al señor Muñiz con la facilidad y la prontitud que logran en los negocios las mujeres y volvió a su casa con una salvadora cantidad de dinero; era un capital. . .

Juan Luis pasó al par de la satisfacción que aquello le producía, por un instante doloroso, horrible. Pensaba con acierto que ante él su mujer valía por el valor de sus condiciones, pero que ante la sociedad, cuyas pupilas van al aspecto de las gentes y las cosas, su Clementina encantadora sólo valía por el valor inapreciable de sus joyas. Y le pidió a Dios con fervor y devoción inusitados que le ayudara a salvar a su esposa, salvando su prestigio y su dinero.





Dios, atento por costumbre a las más justas peticiones, le oyó sin vacilar...

Juan Luis Mont, henchido de gozo y consoladoras esperanzas, fuése a Camagüey con la perspectiva de un negocio magistral. Nunca habíase sentido más animado ni más dichoso con el amor de su mujer.

El señor Muñiz, ya un salvador, canonizable, soñador de gustos especiales, días después le suplicó por teléfono a Clementina el favor de una entrevista en su despacho. La señora acudió serenamente y recibió el testimonio de unas distinciones extraordinarias, bien merecidas. La entrevista no ocupó mucho tiempo. Se trataron puntos concretos.

—Querida amiga mía —¡interesó sonriendo el señor Muñiz—: Usted puede, si su amabilidad lo quisiera, tomar hoy mismo sus alhajas, sin darme un solo centavo. Ya lo sabe usted: soy persona decente, discreta; un intachable caballero...

Le tomó una mano a la dama e hizo, entre aguzadas dulzuras, la proposición definitivamente... Ella lo preveía todo. No se sorprendió. Pero sometió aquello a profundas consideraciones.

—Decídase, Clementina preciosa. Se trata de una cosa brevísima, disimulada, silenciosa... Esta tarde...

La señora de Mont, sentada casi enfrente de Muñiz, tenía la cabeza inclinada, viéndole al comerciante los enormes pies, probablemente descuidados. Bullían en su cerebro las apreciaciones más concretas de las cosas. Sus ojos claros, serenos, dulces como lagos en sueños, contemplaron aún más las extremidades del pignorador. Y cuando, pasados unos minutos, levantó aquella su hermosa cabeza de mujer excepcional, las pupilas codiciosas del señor Muñiz vieron en su boca una sonrisa...

Ya de noche, en su casa de San Miguel, Clementina halló en el "boudoir" un despacho telegráfico de Juan Luis. Había tomado el tren, rumbo a la Habana.

El telegrama no era más que la noticia de su precipitado regreso. En aquellas palabras sin cohesión gramatical no expresaba el señor Mont sus inquietudes. El negocio era bueno; pero no había sido terminado. Finalizaría en un mes. Juan Luis desesperaba, se hundía en preocupaciones. Las joyas de Clementina, retenidas en una caja fuerte, alejadas de la contemplación de sus amigos, anunciaban en público los efectos de una ruina indiscutible. Se decía el señor Mont: "Y que este dichoso negocio tarde en realizar... ¡Qué situación!..." ¡En el tren, Juan Luis deseaba sinceramente que así como el convoy corría por los campos, pasara aquella depresión por su vida, sin causar estragos...

En la Estación Terminal, la noche siguiente, su Clementina, divina mujer, que tenía entre otras preciosidades el concepto de la exigente sociedad y del honor, le esperaba con un beso de nuevas dulzuras en los amantes labios.





A su arribo, el señor Mont no podía ocultar sus amarguras. Entre los viajeros que se apresuraban a tomar la Habana, la alegre y bulliciosa ciudad, llegaba Juan Luis pálido, presuroso, a encontrar a su esposa. La halló en el Gran Salón, radiante de belleza y elegancia, con su valioso y deslumbrante aderezo en envidiable exposición.

Juan Luis se lanzó a sus brazos. La pegó al corazón con la fuerza de una alegría insoñada, más bien una profundamente tranquilizadora felicidad.

Ella pudo haber estado avergonzada, pero él no lo notó lo suficiente para reprocharla... y sus labios trémulos, melosos, felices, pronunciaron su dicha:

—¡Mi adorada Clemen! ¡Eres la mujer superior por excelencia! Y tus joyas: la salvación de mi vida! Hoy te quiero más...

Clementina finalizó el efusivo coloquio con verdadera sencillez:

—Fué una operación muy fácil, amor mío. Podemos pignorarlas otra vez...



LA CADENA

Por HECTOR MORALES SAVIÑON

SE que a la hermosísima Rosalía son dos los hombres que la interesan: Antonio Mendoza, simpático, fuerte como un gladiador romano, jovial, práctico y moderno, y yo, reservado, retraído y taciturno.

Cuando sale con Antonio, Rosalía ríe mucho; la he oído por el parque, antes de trasponer la reja que rodea a este viejo castillo, y después, al internarme en el bosque, por el sendero rojizo, las hojas en las arboledas han aleteado y su rumor me ha parecido la risa de Rosalía.

Conmigo ella no ríe; me pregunta sobre las cosas que no entiende y se turba cuando clavo la mirada en sus ojos. ¿Adivinará que puedo leer en ellos los pensamientos más recónditos?

El viejo castillo tiene extensos jardines, y su dueño, el marqués nuestro tío, posee, además, varios kilómetros a la redonda. A la derecha de la reja, empieza el bosque; por la izquierda, un camino mal trazado llega al pueblo. En el pueblo, a medianoche, hace parada de cinco minutos el expreso que une al puerto con la gran ciudad.

Los medios de transporte son muy veloces y eficaces en esta época, pero aun así, estoy lejos de las urbes. Muy lejos, verdaderamente. En la urbe no tengo ninguna importancia; aquí sí: somos unos cuantos y hasta Dogo, mi perro danés, desempeña un papel preponderante en nuestra vida.

Cuando el marqués me abrazó y los criados recogieron mis maletas, la marquesa se apresuró a decirme que, a pesar de los muchos invitados que tenía, había respetado el cuarto negro, al que soy tan

aficionado. Le di muy atentamente las gracias; siempre ha dicho la marquesa que soy muy atento.

Este cuarto negro me agrada extraordinariamente. Al entrar, el visitante queda envuelto en una semioscuridad, en la que poco se distingue de lo que hay dentro. Por la ventana, entre las tupidas cortinillas, pasa una luz muy debil y, habituada la vista a ella, se destaca, en primer término, en la cabecera del lecho, un Cristo agonizante chorreando sangre y con una mirada de una tristeza aterradora. Los cortinajes fúnebres, los cuadros en sombras con ángeles sombríos, las alfombras que apagan los pasos y lo retirado del aposento, me ambientan en un mundo que yo conozco. Divago en lo negro que me cerca y veo fantasmas, otras épocas, países, cosas, hombres. A la luz de la lámpara que dilata mi figura, en las noches leo a los filósofos, teósofos y poetas. Temprano, me levanto el primero y medito.

Todos los días, a las seis de la mañana, voy al bosque. Bajo por la escalera del servicio para no despertar a los moradores del castillo, que duermen como troncos la habitual desvelada, en la que se juega a las cartas, se flirtea y se dicen tonterías, y liberto a Dogo de sus cadenas. En cuanto se ve libre, mi perro parece volverse loco: sale disparado, muy lejos, y torna moviendo el rabo, dando brincos de contento, mientras me encamino hacia la reja.

Dos horas dura mi excursión, y, al regreso, ya el castillo es una jaula de pájaros. Las mujeres llenan el comedor con sus gritos, sus risas y sus chanzas, y lo hombres conversan con voz recia, adulan a las muchachas y se hacen los graciosos. Yo subo a mi cuarto, me visto convenientemente para el desayuno, y cuando el comedor ha sido abandonado completamente, bajo y pregunto por los marqueses. Natalia contesta que todavía no se han levantado y, muy solícita, acerca la fruta, el pan, la miel y la leche.

Como, sin pronunciar palabra, y Natalia está pendiente de que no me falte nada. Si serenamente veo a Natalia y le doy las gracias con brevedad y añado que es una muchacha muy cumplida, enrojece visiblemente y, emocionada, me da las gracias con voz suave. Es una alegría para ella que yo le diga una cosa tan simple. Y todas las mañanas se esmera por tenerme satisfecho para que le dirija una palabra sin gran importancia.

En mi cuarto permanezco recluído el resto de la mañana y durante ese tiempo, que dedico al estudio y al trabajo, los veraneantes del castillo se van al campo en son de fiesta o nadan en el cercano estanque. Claro es que, a la hora de comer, cansados todos, comentan las peripecias ocurridas, manifiestan su cansancio, hasta la saciedad, y hacen el panegírico de la vida campestre. El marqués, que sabe soy el único inteligente del grupo, me sienta a su derecha y me interroga sobre política, arte, ciencia. Le contesto, nos enfrascamos en la interesante conversación y termina la comida, sin que yo cambie palabra con los demás comensales.





A las cuatro de la tarde, empiezan a despertar de la siesta, y el que no se aburre en el jardín, se aburre en su habitación. Al atardecer, bailan. En la noche, después de la cena, viene el juego, las discusiones frívolas y el gasto de cigarrillos. No sé qué hablen, no sé qué hagan hasta las dos o tres de la mañana; a las nueve de la noche, duermo tranquilo, y sólo turba mi sueño alguna pesadilla terrible y rara que al otro día me apresuro a pasar sobre el papel.

Esta vida feliz y metódica en el castillo es saludable, pero amenaza con seguir otro curso por causa de Rosalía. Rosalía, por mis observaciones, conoce a los hombres rápidamente y enamora al que le gusta. Sumamente femenina y astuta, es encantadora.

Todos los muchachos han dejado el campo libre a Antonio Mendoza, porque han visto que no hay medio de luchar contra él para ganarse a Rosalía: en la mesa ríe estruendosamente, enseñando una dentadura de tigre, relata un cuento jocoso, una anécdota interesante, o se burla, con algún ingenio, de los compañeros de mesa. En el estanque se luce tirándose de lo más alto, bucea, patalea sobre la superficie rodeándose de espuma y trepa por la escalerilla, soberbio, triunfante. Y lo primero que hace es ir con Rosalía. Ella admira su musculatura; logré sorprender una mirada rápida de la muchacha sobre el cuerpo de Antonio, una vez que me encontraba cerca, y de ahí proviene mi opinión. Antonio, por todo traje, porta unos calzones sumamente reducidos.

Antonio está enamorado de Rosalía; ella no lo ignora. Yo estoy enamorado, pero nadie lo sabe. Sé que ambos, Antonio y yo, interesamos a la muchacha. Por eso mi posición es ventajosa y el éxito depende de parecerme lo menos posible a Antonio, para hacer visible el contraste. La experiencia me ha enseñado que la mujer de estos tiempos es sumamente morbosa y tan curiosa como en todos los anteriores. Ese retraimiento, ese misterio que emana de mi persona y la, para ella, rareza de mis costumbres, podrán más que los recursos de Antonio.

Natalia sirve el desayuno.

Extiendo la servilleta sobre mis rodillas y

—¿Amaneciste bien, Natalia?

La mano de Natalia tiembla, haciendo chocar los platos.

—¡Oh, señor!

—Tiemblas, Natalia; ¿qué te pasa?

No sabe qué decir. Sonrío levemente y comprendo su pensamiento: no se atrevería a referirse a ella, preferiría hablar de mí. Y acierto.

—Es que. . . estoy nerviosa; hablaron mal de Ud., señor Dagoberto.

Para alentarla a que desate la lengua, sorbo el café con leche, sin mirarla.

—Sí, la señorita Rosalía dijo que Ud. le caía muy mal, que es un presumido, un tímido a quien le asustan las mujeres. Y todos rieron. ¡Se rieron de Ud., señor Dagoberto!

—No te preocupes, Natalia; sirve más café.





Desde lo alto de la ventana he visto marchar a Rosalía y Antonio rumbo al bosque. Iban alegres, contentos de la vida, con paso ágil y cogidos de la mano. Llegaron al arroyo y Antonio la levantó en vilo, como a un niño chiquito, y la dejó en la otra orilla. Y corriendo, se perdieron entre los árboles.

Por primera vez he sentido una sensación desagradable y me he hecho la pregunta lógica: ¿Qué harán los dos en el bosque?

Dedicado al trabajo han pasado las horas y el curso del reloj de pared sale doce veces. Es hora de comer.

—¿Qué tal va ese trabajo, Dagoberto?

—Regular, marqués; no como yo quisiera. Buenas tardes, muchachos.

Tomo asiento. En el otro lado, Rosalía, como una manzana. Son las emociones del bosque.

—¿Has leído la prensa de hoy, Dagoberto? Y no te parece abominable el discurso de ese diputado Zancadilla?

—No sólo me parece abominable, marqués, sino altamente bochornoso para la nación. Pero, ¿qué vamos a hacer? Este siglo Ud. lo conoce.

Conversaciones. Se generalizan. Este le habla a aquél y ese se dirige al de más allá.

Atento, mirando respetuoso al marqués, con mi oído izquierdo le escuchó y con el derecho atrapo distintas ondas.

—...ese es el problema del país... (...los fuertes y audaces...) ...porque el diputado Zancadilla es muy bruto... (...Bah, los ermitaños...) ... la situación financiera... (se hace el interesante y con su perro...)

Nos levantamos después de los postres. Me retiro presentando excusas y, al remontar la escalera, con el ruido de mis pies en los peldaños, escuchó la voz de una muchacha que interroga al marqués: ¿Estudia para fraile ese joven, marqués?, y otra: ¡Yo me aburriría! Esos misántropos!

Aparto las cortinillas de la ventana. Abajo, en el jardín, Antonio y Rosalía. Han aprovechado que los demás duermen la siesta. Me retiro del alféizar y me dedico al trabajo. Los papeles están desordenados; eso no me sucedía desde hace tiempo. Intento coordinar mis ideas, pero no puedo. Por fin, me oriento.

He trabajado a conciencia y el fárrago de papeles que hace algunos minutos albeaba, está poblado por una letra menuda y compacta que lo obscurece.

Suelto la pluma y cierro los ojos. Rosalía es bonita. Rosalía parece una flor de primavera. Es buena, es noble, sensitiva, instruída, delicada. Hace travesuras, monerías, chiquilladas; pero es por la edad. Coquetuela; pero es mujer. Lo que no me explico es el miedo que le provoco. ¿Sospecha con clara visión que he conocido el alma de muchas mujeres y que por eso la puedo conocer? Las mujeres temen siempre que se les conozca a fondo. Por mi experiencia sé lo profunda-





mente que la intereso, más aún que Antonio; pero por esa misma experiencia no puedo forjarme ilusiones.

Voy a la ventana: el jardín está desierto y silencioso.

Bajo la escalera, sin hacer ruido. Ha llegado a mis oídos que algún burlón dijo que soy el fantasma del castillo. Pero... ¡Hola! Me paro en el descanso, viendo solamente.

Al pie de la escalera, Rosalía, jadeante, bisbisea:

—Déjame.

Antonio no la deja. La besa en la boca. Un beso sensual, largo, ardoroso. El pecho de Rosalía sube y baja, agitado, ondulante. Antonio la besa nuevamente; ella deja caer los brazos.

Pero, repentinamente, Rosalía rechaza bruscamente, con energía, a Antonio, y se desprende de su abrazo.

—¡Oh!— dice, poniéndose pálida, tapándose la boca con la mano y retrocediendo como ante un espectro.

Me ha visto.

Antonio se vuelve y, al verme, sonríe cínicamente. Sin embargo, sus actitudes son de embarazo.

Termino de bajar. Tres gentes silenciosas. Por fin, digo serenamente:

—Perdón.

Rosalía no se repone de la terrible sorpresa; Antonio, jactancioso, porque es fuerte tal vez, contesta:

—Lo estás—, y prende un cigarrillo.

Les doy las espaldas y me dirijo a la biblioteca.

Libros. Grandes estantes cubren las paredes y son largas filas de volúmenes las que los llenan. El libro que abro está escrito en latín. Hojeo otros más. ¿Leer? He leído mucho; no necesito hacerlo. Me aparto de ellos. Qué asco: ¡Libros! ¿Puedo saber ya si los libros son buenos, si son amigos? ¿Podría asegurarlo?

Salgo de la biblioteca. Los salones están silenciosos. En el de recepción, como todas las tardes, báilase quizá. La gente frívola no sufre; yo sé de la tragedia de no ser superficial.

Subo otra vez a mi cuarto negro; el accidente imprevisto me hace retornar. Y siento como si un fantasma siguiera mis pasos, como si una sombra respirara trabajosamente tras mi cuello.

Cierro la puerta, quiero la soledad. Pero creo que no estoy solo. Aquí hay alguien. Tranquilamente aparto la cortina fúnebre, junto a la ventana que da al jardín: aquí está. Es Rosalía.

—Siéntate—, digo imperativo y seco.

Nos sentamos en el diván. La pregunta es breve.

—¿Qué haces en mi habitación?

Rosalía calla.

—¡Deja ver tus ojos!

Rosalía los abre, aterrada, y los cubre con las manos. Echándome sobre ella, le sujeto las muñecas y aparto las manos de su cara.

¡Mírame!—, ordeno.





Rosalía deja que mis ojos fríos, inquisitivos, entren en los suyos. Profundizo la mirada. ¡Ah! Penetro en los abismos. Busco, encuentro. Llego al final. He visto todo, sé quién es ella.

Entonces la tomo por la cintura, la atraigo. Intenta una resistencia que no la es. La aprieto fuertemente. Pongo mis labios sobre los suyos rosados. Y cuando beso su garganta, murmura: ¡Déjame! Pero como Antonio, no la dejo. Rompo el cierre de su traje en la espalda. Rosalía hace un ademán, como para desprenderse; pero con ambos brazos me aferro de su talle y la beso con tal violencia, que se le abre el escote. Ella gime débilmente.

Ruge el huracán. El aire agita a los árboles, silba en las ventanas, azota por los corredores, Dejo solo el cuarto negro. La noche es también negra. Me envuelvo en mi abrigo y escapo por la puerta del servicio. El Dogo jala su cadena, como queriendo escapar. Si quieres, Dogo, rompe tu cadena; yo rompí la mía.

Llego a la reja. Llego al camino. Un relámpago cruza por la noche y se enrosca en el castillo que se eleva con sólo una ventana encendida, como un ojo misterioso. El aire levanta las faldas de mi abrigo.

Un remordimiento por Antonio: es fuerte, simpático, jovial, sencillo.

Pasa por mi mente el Cristo chorreando sangre. Ese Cristo supo un día resistir a la tentación del diablo.

Medianoche. Huracán. Una luciérnaga entre la ventisca. Parada de cinco minutos para que yo suba. Expreso rápido hacia la gran urbe.



SENSACION

Por GEORG FROESCHEL

ESTE día excepcional, el Jefe de la Policía no podría haber sido localizado en su oficina. Cuando salió de su villa, en las afueras de la ciudad, dejando atrás a una hermosa, joven mujer que se despidió de él con marcado afecto, un papelero gritaba en sus oídos:

¡El Eco de Medianoche! ¡El Eco de Medianoche! ¡Benjamín, el más querido de los elefantes del zoológico, explotó! ¡Benjamín explotó! ¡El Eco de la Medianoche!

—¡Estupideces, tonterías!—, murmuró en voz baja el Jefe de la Policía. No obstante, compró un ejemplar del diario nocturno, y abordó su automóvil. Arrugado el entrecejo, leyó los gruesos encabezados de la primera página. En verdad eran sorprendentes: Benjamín, el enorme e inteligente elefante del zoológico, había explotado! Así que llevaban al pesado animal de un patio a otro, adonde iba a ser exhibido para diversión del público, al día siguiente, el gigante se había detenido ante la puerta, emitiendo un sordo gemido. Había seguido una tremenda explosión, y ¡Benjamín había estallado! Verdaderamente desapareció en una nube de humo, despedazado, convertido en polvo por esa misteriosa fuerza interior. Sus trozos fueron hallados a gran distancia. Su trompa fué hallada poco después en el techo del jardín botánico, su pata izquierda delantera, entre las mesas del restaurante. Y el resto era sólo papilla.

Aparentemente algún visitante criminal había dado al elefante un trozo de pan conteniendo una bomba de tiempo. También había otras hipótesis, que el "Eco de la Medianoche" explicaba detalladamente.

El Jefe de la Policía, a pesar de todos estos detalles, no podía creer la noticia. Solamente, cuando le fué oficialmente confirmada en su oficina, al instante, con su acostumbrado rigorismo y pulcritud, puso a trabajar a la policía para descubrir y esclarecer el secreto del asunto.

Pero en esta ocasión la policía falló. Los criminales no fueron descubiertos. Al contrario, una semana después, durante la ejecución





de "Tristán e Isolda", en Covent Garden, todos los violines y violas desaparecieron, mientras los músicos descansaban en un intermedio. Esto, por supuesto, originó la suspensión de la ópera. Al día siguiente la habilidad policíaca descubrió todos los violines, en un camión abandonado ante los edificios del Parlamento. Los ladrones, sin embargo, no pudieron ser localizados. Pero aún más sensacional fué el caso del discurso que el Rey Tut-Ank-Amen pronunció, tres días después, parado en las escalinatas del Museo Británico.

Casi toda la gente sabía que el Rey Tut-Ank-Amen había permanecido muerto durante más de cuatro mil años, y que generalmente su cadáver habitaba el ala dedicada a Egipto, en el Museo. Esa tarde, sin embargo, estaba derechamente parado contra la pared de la fachada del museo, ante la entrada monumental, iluminando con la luz violeta de las lámparas eléctricas de la calle. Dijo, con voz clara y resonante.

—¡No me importan un comino Isis ni Osiris, siempre y cuando tenga a la mano mi whisky y soda!

Mientras la mayor parte de la gente que oyó estas palabras corrió despavorida, algunos tipos valientes se acercaron, y al examinar la momia, encontraron un micrófono escondido, del cual había procedido la asombrosa confesión del rey egipcio. La policía no pudo descubrir más datos. El Jefe de la Policía estaba extremadamente disgustado, a tal grado que decidió hacerle una consulta a Sherlock Holmes.

Sherlock Holmes lo recibiría al día siguiente.

—Todo el asunto me parece muy sencillo, —declaró el famoso detective Sherlock Holmes al día siguiente, cuando el Jefe de la Policía lo fue a consultar. —Todo lo que tiene uno que averiguar, es el motivo que pudo haber decidido a los autores de los tres crímenes.

—¿Un motivo? —preguntó el asombrado Jefe de la Policía. —¿Quiere usted decir que el motivo pudo haber sido el mismo en el asesinato de Benjamín, en la desaparición de los violines y en el discurso de Tut-Ank-Amen?

—Sí. Hay un detalle idéntico en los tres crímenes. Piense en que los tres fueron cometidos entre las ocho y las diez de la noche. Ahí está la solución.

—No entiendo.

—No necesita más que pensar un poco, para entenderlo. ¿Por qué fueron cometidos estos crímenes entre las ocho y las diez de la noche? Por la sencilla razón de que generalmente no ocurre nada sensacional en esas horas. Las noticias más interesantes salen en los diarios durante la mañana.

—Sí, pero ¿quién pudiera estar interesado en que ocurriera algo sensacional entre las ocho y las diez de la noche? —preguntó el Jefe de la Policía, con una expresión de incredulidad que no hacía honor al alto puesto que ocupaba.

Sherlock Holmes chupó lentamente su pipa.

—La respuesta es simple. ¿Quién está interesado en que ocurran cosas sensacionales? ¡Los periódicos! ¿Y quién estaría intere-





sado en que ocurrieran precisamente a esas horas? Un periódico que usualmente se dedique al sensacionalismo, y que salga a la venta a altas horas de la noche y que, por lo tanto, necesite tales noticias para atraer lectores. ¿Y dónde buscar a los autores de los crímenes? ¡Pues entre los editores del "Eco de la Medianoche!

El Jefe de la Policía puso una cara como si hubiera recibido un golpe.

—Pero... pero eso es una locura! "El Eco de la Medianoche" no se comenzó a publicar sino hace unas cuantas semanas. Primero no tenía casi lectores. Pero en las últimas semanas se ha estado vendiendo como pan caliente. Creo que eso me da en qué pensar...

—No piense, Jefe, actúe. Vaya pronto a las oficinas del "Eco de la Medianoche". Son las nueve. Posiblemente llegue a tiempo de evitar otra catástrofe.

Cuando el Jefe de la Policía, con Sherlock Holmes y cuatro policías se presentaron a las oficinas del "Eco de la Medianoche", se encontraron con unos salones desiertos. Parecía como si todo mundo hubiese huído.

El Jefe de la Policía examinó el local, diciendo:

—Este lugar no me parece a propósito para reunión de criminales

Pero Sherlock Holmes había encontrado sobre la mesa, la del Director del diario, una hoja.

—Léala, —le dijo al Jefe de la Policía.

El Jefe leyó:

"Nuevamente un crimen sensacional y misterioso ha sido cometido en el corazón de Londres. Rufianes desconocidos atacaron y secuestraron esta noche, entre nueve y diez, al Primer Ministro que iba a una sesión nocturna del Parlamento, y lo pintaron de rojo y negro.

El Jefe de la Policía palideció.

—¿Qué quiere decir esto, Mr. Holmes? —preguntó.

—No pregunte. Actúe. ¡Salve al Primer Ministro, intente evitar el atentado!

Fué solamente evitado a medias. El Primer Ministro pudo ser rescatado cuando los criminales habían solamente cumplido la mitad de su labor.

Cuando la policía encontró el automóvil del Primer Ministro, este caballero había sido ya pintado de rojo en un lado, y le faltaba el negro por el otro. Los bandidos tuvieron que retirarse de la escena antes de abrir siquiera la lata de pintura negra que dejaron abandonada. Por otra parte, esta noticia nunca fué publicada. "El Eco de la Medianoche" no tuvo ya noticias sensacionales que comunicar a sus lectores, y se tuvo que retirar de la circulación.






www.elcuentorevistadeimaginacion.org


el cuento
Revista de Imaginación

EL CARGAMENTO
DE MUDA FATALIDAD

Por MARTIN STORM

AUNQUE navegaba tranquilamente el "Chancay", desde La Guayra, a través de sus aguas aceitosas, esa tarde somnolienta tres personas a bordo estaban visiblemente excitadas. Por razones muy de su incumbencia habían perdido la serenidad propia del capitán, el jefe de los camaristas y la camarista "Mamá" Willis.

Un maquinista, rumbo a su camarote, pasó tarareando, por enfrente de la "Mamá" Willis. "Hola, Mamá, ¿qué te pasa?", preguntó apoyando las renegridas y fuertes manos de campeón sobre sus hombros, mientras veía fijamente los ojos llorosos de su veterana compañera.

"Mamá" era la consentida de todos, una camarista extraordinaria, reliquia y tesoro. Por quince años no había faltado a un solo viaje del viejo "Chancay".

"Oh, es lo mismo de siempre, Charlie...... es la pobre de Clara. El Sr. Bowman no tolera otro gato a bordo, pero me parece que en un caso como éste, cuando la pobre necesita tanto cuidado.... ¿Qué culpa tengo yo de que no se haya querido separar de mí? Hice todo lo que pude por buscarle un buen hogar en Nueva York.... tú lo sabes.

"Me acuerdo la primera vez que la ví. Parecía una zorrilla mugrienta, pobrecilla.... Feeley se sonrió al recordarla. Roñosa, además. Estaba sentada sobre la cadena del ancla, toda chorreada de grasa y aceite. Le dije a Bowman: "Cómo se me hace que ese espantajo se nos va a pegar de aquí en adelante, con todo y la polilla... Vaya si se puso colérico... Luego la gata te vió.....

"Pues lo que te cuento, no es más que una de tantas contrariedades que han sucedido este día. No tiene ninguna razón el Sr. Bowman para enfurecerse contra Clara. Ninguno de los otros jefes tenían quejas de ella. Lo que pasa es que este señor está muy verde todavía, eso





es todo.... y me parece tanta crueldad quitármela, sobre todo, ahorita... Si la tuviera conmigo otra vez, la escondería... "¿Adónde está Clara ahora?"

"Bowman la hechó en el muelle antes de partir.... ni remedio.... suspiró. "Bueno, hijo, se me hace tarde; tengo que ir a preparar la cena para el niño del 109. Buenas noches, hijo mío.....".

Feeley le dió una palmadita, viendo con tristeza que se le alejaban las luces de la costa.

"Todos los oficiales están quisquillosos al iniciar la primera travesía, y es mala seña. También me dijeron que el viejo le dió una buena a Bowman; probablemente por eso se quiso desquitar con la gata. Bueno, pues, no te apures, Mamá.... Buenas ....

Pero la Sra. Willis sí se preocupaba, mientras cuidadosamente preparaba las charolas de tres niños pasajeros. Pensaba en la manera lastimosa en que Clara se habíá quedado, abandonada allí en el muelle, inmóvil, los ojos clavados en el buque que levaba ancla, tan desdichada que no podía ni maullar. ¿Cómo iba a hacer, sola, y en vísperas de maternidad? Algo tan terrible, que no quería ni imaginárselo, le iba a acaecer. Y todo por la intransigencia del oficial Bowman.

Sí, exactamente como Charlie había dicho, todos estaban quisquillosos, hasta el mismo capitán, cuyo deber era mantener la serenidad, no importaba cuáles fueran los contratiempos, aunque estuviera a bordo un pariente de los jefes de la compañía, muy especialmente recomendando, colmándolo con preguntas necias.

Lo que tampoco comprendía era por qué ese joven Warner, a pesar de la imponente fortuna de su padre, tomaba tan a pecho algunas cosas, más empeñada, a causa de su debilidad física, en distinguirse por la audacia y por el cerebro. Por eso había pasado unas peligrosas e incómodas vacaciones en la selva hostil del Orinoco, cuando muy bien se podría haber divertido en Palm Beach. Por eso, también había hecho un secreto y atrevido voto cuando oyó al asistente de zoología de regreso a New Haven, de una cacería de reptiles, contarle al grupo que tutoreaba, que, mientras otras víboras ponzoñosas inundaban el mercado, con eso de que todo el mundo las cazaba para presentarlas a los coleccionistas, en ninguna parte se podía encontrar una.

Cuando en las vacaciones de verano le pidió a su padre que le arreglara unos pasajes a bordo del "Chancay", ese buen señor no tenía la menor sospecha de que su indolente hijo ya se soñara venciendo la temible Nauyaca, a pesar de que todavía ni sabía cómo era ese funesto ser.

Para coger una viva, en la realidad, resultó ser un cosa pavorosamente distinta. Sólo una vez, después de semanas de estar sobre la pista, por agua y por tierra, había logrado una breve visión de esa muda fatalidad, enroscada sobre el suelo del bosque, esperando que ellos dieran un paso adelante, y aproximándoseles, poco a poco. Todos se negaron a ayudarle a cogerla y, al rato, el reptil, con insolente lentitud, se deslizó hacia las profundidades de la selva. No volvieron a enfrentarse con otra, muy al alivio de todos los expedicionarios, menos Warner; pero ya para terminarse la expedición, un indio habitante del pue-





blecito más ambicioso de los alrededores, le dijo que le conseguiría una Nauyaca por un precio irresistible.

A los dos días se apareció el valiente cazador con la horrorosa presa en un saco de hule. Con tembloroso orgullo Chris la trasladó al costal de lona que tenía listo.

Sin embargo, cuando los oficiales aduanales supieron de lo que consistía esa porción de su equipaje, no exclamaban más que "¡Imposible!" No se puede arreglar, Sr. . . .

Como ningún esfuerzo le valió, telegrafió a Nueva York y fue en ansiosa e indignada prisa al empleado de su padre, el capitán Wood, del "Chancay".

—Capitán, me veo en una pequeña dificultad. Lo último que me esperaba a estas alturas. . . Fíjese que he pasado todo el verano y he gastado un dineral para obtener el premio que ahora no puedo llevar conmigo. Parece que la expedición fué en vano, a lo menos por lo que me toca a mí; y no sabe Ud. cuánto representa esto para mí. . . . .

—Lo siento mucho, Chris. Acabo de telegrafiarle a tu padre para comunicarle que te hubiera hecho el favor, si me hubiera sido posible. El me lo pidió. . . . . .

El muchacho parecía sorprenderse por el fracaso de su último recurso.

—Pero no veo que tenga razón. . . En la última travesía llevaron un jaguar. . .

El capitán lanzó una mirada hacia la aduana en donde en un cajón con pequeñas aberturas alambradas, protegido por un guacal, el terrible pasajero esperaba para ser embarcado.

—No conozco cosa peor para llevar en una travesía. Eso que quieres subir a un barco con mujeres a bordo. . . . . Mi buen sentido me impide que lo permita. . . .Es un favor que no puedo hacer ni para tí, hijo mío. . . Porque puede suceder alguna desgracia. No se qué y tal vez sería una probabilidad en mil, pero precisamente esas son las que suelen suceder. . . . ¿Comprendes, verdad? No me queda otra cosa qué hacer. La seguridad de los pasajeros está por encima de todo. . . .

—Pero con todas las precauciones. . . Muy seguido llevan reptiles en los barcos. . . .

—Esta sí que no la llevan. Si no desde cuando hubiera yo prestado mis servicios a los científicos que siempre desean traerse una Nauyaca. ¡Si fuera otro espécimen! ¿Por qué se te figura que son tan escasas? ¿Por qué estás tan ansioso. . .? ¡Si fuera cosa sencilla transportar una a los Estados Unidos! No soy supersticioso, tampoco; pero si sé a qué se le debe temer.

El joven salió del gabinete, echando chispas. Que lo privaran, al último momento, por la terquedad y exagerada precaución de un viejo testarudo, de la gloria de su labor veraniega. El obstáculo inesperado le sacaba fuera de quicio. A la carrera hizo una visita al Banco y en seguida redactó cuidadosamente un cable más detallado a Nueva York.

Una hora antes de partir, el capitán mandó por él y, sin mirarlo frente a frente, mal disimulando su disgusto, le expuso ciertas condicio-





nes. La compañía había "deseado" que le hiciera este favor al hijo del Sr. Warner, "si le fuera posible", lo que equivalía a que viera de qué manera lo hacía.

Tendrá que meter la caja en otra cosa más segura. Ese guacal no sirve para nada....

—Le diré cómo le hago, capitán, dijo Chris, muy satisfecho y procurando mostrarse de acuerdo con todo lo que se le indicaba. Por supuesto, la víbora necesita alguna ventilación durante esta larga y calurosa travesía; pero pondré la caja con los agujeros alambrados dentro de otra bien maciza, bastante más grande, asegurándola con cadena y candado. Entonces podemos levantar un poco la tapa, como media pulgada, más o menos, con todo y candado.

"Y en mal tiempo, la tapa tendrá que estar bien sujeta... No quiero correr el menor riesgo...

—Muy bien...

"Y el empaque tendrá que permanecer en mi propio gabinete. No quiero que se quede en el cuarto del equipaje.

Pensó, pero ya demasiado tarde, que mejor se hubiera quedado en dicho cuarto, donde sin duda se hubiera sofocado a los pocos días.

—Como Ud. ordene, capitán; pero había pensado meter la caja bajo mi cama...

A los tres silbatos de partida, el capitán Wood se acordó del tenebroso huésped que tenía en su camarote y sintió un escalofrío. Después casi lo olvidó, porque el camarista puso un mantel floreado encima del objeto misterioso y gozaron de magnífico tiempo por todo el Caribe. Ni Chico, su mozo, se dió cuenta de que había una Nauyaca a bordo.

Pero Chris Warner ni por un instante pudo olvidarlo. Una vaga inquietud invadía todo placer en la vida social del barco. Sin embargo, se decía, con frecuencia se transportaban víboras ponzoñosas: cascabeles, coralillos, hasta la cobra se podía llevar, si alguna persona responsable se encargaba de ellas. ¿Por qué era distinto en el caso de una Nauyaca? ¿Por qué todos los capitanes, sin excepción, se negaban a transportarlas, como le había dicho el capitán que lo hacían, y que la misma escasez de esa serpiente constaba?

¿Qué podría ser más temible que una cobra? Las cobras se apaciguan cuando se sienten en cautiverio, le había dicho el Dr. Sutton, el verano pasado. Unas se atontan y hasta se vuelven dóciles, si no se les molesta. Pero una Nauyaca siempre está en acecho y es hostil, hasta después de que se le da el alimento. La mayor parte de los reptiles me son simpáticos, menos éste... Sin embargo, ¿qué no daría por obtener una...?

Y le acudió a la mente esa fugitiva visión que había tenido en la selva, de aquel repulsivo ser. La vió arrastrándose, como un fantástico tapete multicolor, ondulándose en forma de S, lista para atacar al instante

A menudo perseguía los animales, que no eran su presa natural, con diabólica malicia. Con perversa tenacidad seguía la huella de sus





semejantes, sin temor a nada, jamás huyendo de nada. Era la más espeluznante de todas las serpientes, habíale dado a entender con mímica el guía indio. ¡Corría tras del hombre! Los nativos nunca intentaban una cura para el copioso veneno que emanaba de esos enormes ganchos.

Representaba con todo su macabro significado su escalofriante nombre: **Lachesis muta**

En visitas aparentemente sociales al gabinete del capitán, Chris miraba furtivamente a su tesoro, alumbrando con su linterna la abertura alambrada. Siempre la veía enroscada. Este ejemplar tenía más de tres metros; de un color café acoloratado, adornada por el torso de oscuros rombos que lucían de cada lado manchas más claras. Su piel áspera brillaba como una rara y rica tela; las escamas, de un amarillo pálido, por el reverso, relucían con un lustre de porcelana. ¡Cuán suntuosamente engalanada estaba esta ominosa princesa del Parcae! Pero la cabeza, en forma de pala puntiaguda, era nada menos la del Antecristo.

—Está tan blanco, como mi delantal, Sr. Warner, ¿qué le pasa, hijo mío? —dijo "Mamá" Willis, cariñosamente, al encontrárselo en camino al comedor.

—Pues no fué tan poca cosa la expedición a la selva, "Mamá". Y, además, estos días bochornosos hacen que uno se sienta mal.

Entró en el comedor y trató de mostrar interés en una guapa señorita que se sentaba al lado del capitán.

—Sabe Ud., este barco es muy raro—, se quejó ella— no sé precisamente qué será; pero el ambiente se ha vuelto tan solemne, hasta en el fumador. A la venida estábamos tan alegres, bromeando y divirtiéndonos a cada momento. Estos pasajeros viejones deben de ser los culpables.

—Todo cambiará cuando se componga el tiempo — le aseguro Chris. "Anoche nos amenazaba un huracán, juzgando por la manera en que bajó el barómetro; pero parece que fué una falsa alarma. Probablemente para estas horas, estará en el Golfo de México. . ."

Tuvieron unos días preciosos. Las languideces de los soleados mares índicos se desvanecieron y, ya en el Atlántico, ("ocho kilómetros de profundidad, por estas partes", comentó un oficial en la popa) acariciaban brisas juguetonas y la espuma de las olas parecía encaje sobre el agua.

Fué un día de mucho viento, en que las olas se levantaron enormes y una de ellas, como un verde monstruo, se irguió solitaria para darle un terrífico golpe al barco, abalanzándose a bordo en una carrera hambrienta, por la cubierta, llevándose un pedazo de barandal, despedazando ventanas, y cayendo con furia sobre el puente del anticuado buque.

Se metía el agua, por las puertas cerradas, en pequeñas cataratas. Varios marineros fueron lastimados y al oficial tercero se le fracturó una pierna, de un aventón contra el puente. Pero como el capitán había dado órdenes, una media hora antes, de que todos los pasajeros se





encerraran bajo cubierta, no hubo más desgracias. El carpintero y el médico pusieron manos a la obra, la cubierta se secó, el sol se sonrió y ningún hermano del imponente monstruo cruzó el sosegado mar. Con todo ya en orden, las señoras, repuestas de la impresión, se arreglaban para la cena.

En la habitación del capitán, Chico dió una ojeada y corrió a traer unos trapeadores, y otro camarista para que le ayudara. El gabinete por poco había sido arrastrado junto con el puente y el agua se mecía de un lado a otro por el suelo. La cama estaba empapada y en desorden. El pesado escritorio se había resbalado hasta el otro extremo del cuarto, un cajón se había salido, el ropero se había volteado haciendo una mezcla de agua de Colonia con el agua salada.

—Tendremos que trabajar hasta la media noche —dijeron con enfado.

—Todo el barco está hecho un desastre; pero a nosotros nos tocó lo peor, como de costumbre...

La pobre silla estaba toda desvencijada.

—Ese escritorio ha de pesar una tonelada.

—Es que allí están los ahorros del viejo. Los saques de toda su vida, si supieras...

—Dios mío... ¿Qué?...

—¿Qué es? ¿Dónde?

—Algo saltó por la ventana, junto con el agua... Parecía una manguera...

—¡Qué se yo lo que sería!... Esta caja que el viejo velaba tanto, también se aplastó...

—Sácala p'fuera... Le avisas al viejo, antes de tirarla...

Hacía más de una hora que trapeaban y el cuarto estaba otra vez en orden, aunque todavía muy húmedo, cuando el capitán, fatigado, entró y les hizo seña de que se salieran.

—Le traeremos otra silla, capitán... Esa maldita ola hizo su éxito por aquí y dejó sus huellas...

—Dejen todo así, como está, hasta mañana. Bájense. Yo me recostaré unos veinte minutos, antes de que haya otra novedad...

Chico pensó: "Ah, qué viejo, está chocheando...", y se elevó el uniforme mojado, cerró la puerta, sintiendo cierta lástima. De repente, dió un brinco, al oír un rugido del capitán, y trajo corriendo al oficial vigilante al gabinete...

—¿Qué demonios han hecho con la caja que estaba bajo la cama?

—El agua la ha de haber echado fuera y algo se cayó sobre ella; el ropero, tal vez, o el escritorio... De todas maneras...

—¿Adónde está? —rugió el capitán.

—La íbamos a echar al mar. Estaba tan maltratada; ya no le hubiera servido para nada, capitán...

—Eran dos cajas, una dentro de la otra...

—Nada más mire Ud., capitán, hecha astillas...

El capitán cerró la puerta y solo se enfrentó al cuarto en el que estaba seguro se albergaba la muerte...

Por un rato permaneció inmóvil, en medio de la pieza. Luego encendió todas las luces, sacó su linterna; pero un escalofriante y creciente horror, trocó su cansancio en angustiosa vigilancia —lo medio paralizó...

Por fin, se agachó, haciéndose para atrás; esperó por otro intervalo y luego se esforzó por pasar la luz por debajo de la cama... Con una regla abrió la puerta del "closet", parado a una distancia segura; pero ningunos ojillos sin párpados reflejaron el rayo escudriñador.

Quitó los cojines del diván, levantó el tápalo de cretona, teniendo listo el revólver. Nada...Si no más pudiera ser él, el único responsable, el primero y el último para enfrentarse con la terrible Nauyaca.

Se puso el saco y dió una orden. Dijo al ayudante:

—Mándeme al primer oficial y al administrador. El jefe de los camaristas, también, si puede venir...

Mientras se dirigía a la pequeña y grave concurrencia, para participarles lo ocurrido, esperaba que no les pareciera tan tremendo el acontecimiento, como le parecía a él. Alguno de aquellos probados y valerosos hombres pudiera tal vez pensar en algo qué hacer, entre todos. Ya forjado un plan de acción, el horror disminuiría. Por encima de las cabezas vió asomarse el semblante lívido del joven Warner que se acercaba a la puerta. Le dijo que entrara...

—Sería mejor que no supieran nada los pasajeros— dijo el ayudante. No hay nada peor que el pánico. Es lo más peligroso que pueda suceder en alta mar, según mi experiencia. Luego, muchas personas, las señoras, los maquinistas, negros ignorantes, sobre todo, les puede venir un histerismo... Si con una víbora común y corriente suelta por el barco es lo suficiente para volverlos a todos...

—¿Por qué les tenemos que decir? —sugirió el administrador.

—Piense Ud. en lo que dice, Sr. Kane. ¿Quién sabe adónde se habrá ido? ¿Adónde se haya escondido? En toda justicia se les tiene que poner sobre aviso para que estén en guardia. A todos, los pasajeros, la tripulación.

—Se puede haber caído al mar, por la ventana...

—Esa esperanza nos queda, Sr....

—Y, en cambio, no hay ni un lugar sobre el barco donde no pueda estar, excepto los "boilers" y la estufa. Mandé abrir la bodega número dos, para asegurar que no había entrado agua. Ya para este tiempo puede haberse resbalado allí...

—Puede estar en una cubeta, en algún salvavidas, o en la cama de un niño...

Chris Warner no había dicho ni media palabra. Discutía consigo mismo. Pero una víbora como esa, tan enorme, tan horrible, ¿adónde se puede haber ocultado? Hizo un movimiento, como para salirse, pero el capitan lo detuvo.

—Nadie se sale de aquí, hasta que se decida exactamente lo que debemos hacer...





—Capitán —dijo Bowman—. Todo lo que podemos hacer por el momento es buscar por todas partes. Yo empezaré desde luego, y me llevaré unos cuantos de los muchachos de los que espero sean más sensatos. Si no encontramos algo, de aquí al anochecer...

—Anochece muy temprano ahora...

—Perdóneme, capitán, no creo que eso sea justo...

El administrador estaba resuelto.

—Todos a bordo estamos en igual y constante peligro. Cada quien tiene que ver por sí mismo. A cada uno se le debe advertir inmediatamente. Y antes podemos hacer un rápido y completo recorrido.

—¡No saben qué efecto tendrá decirles, Dios mío! Yo he visto pasajeros poseídos de pánico...

—Pero es justo que todos deben de estar sobre aviso. En estos momentos puede estar ese condenado reptil enrollado bajo la cama de alguna de las señoras. Tenemos qué decirles. No nos queda otra solución...

—De todas maneras, no podemos hacer una búsqueda minuciosa del barco, sin dar alguna explicación. Tarde o temprano, alguien descubrirá. No queremos que sea demasiado tarde...

El capitán Wood se sorprendió de no sentir ira contra Chris que estaba cenizo, inmóvil, enmudecido, atormentado por un remordimiento que sólo él podía comprender, junto con el peso de la silenciosa acusación de los demás: una sensación más terrible que el miedo.

—Vamos a buscar por todas partes, primero—, decidió el capitán. Después, si no tenemos suerte, cada camarista le dirá a los pasajeros de su sección, procurando no alarmarlos, y los oficiales les dirán a la tripulación.

—No se apure tanto Chris, le daremos unos de los lugares de más peligro. Dése una vuelta por el cuarto del equipaje. ¿Se ha abierto— desde...?

—Probablemente, Sr. Algunas señoras siempre quieren abrir una petaca para buscar algo, antes de la cena.

Parecía increíble, pero el jefe de los camaristas tomaba notas, su mano le temblaba.

El temor peculiar que impregnaba el ambiente, parecía endurecer los movimientos de todos. Era difícil andar con naturalidad; respirar...

El capitán Wood asignó a cada quien los sitios en donde deberían buscar, y los oficiales, con fingida indiferencia, que intrigaba a los pasajeros con quienes se encontraban, anduvieron entre pasillos, camarotes, mobiliario, sin mostrar aparente interés en nada.

Pero ninguna figura acoloratada, estampada de oscuros rombos, se deslizaba hacia ellos sobre los tapetes, ni reposaba enroscada en un rincón, ni suspendida de alguna repisa. Ninguna cabeza viperina se vislumbraba entre las sombras que caían. Sólo, en el cuarto del equipaje, con sus inumerables rincones y recovecos, Chris sintió una fuerte náusea y se detuvo en medio del cuarto, como lo había hecho el ca-

pitán en su gabinete. Luego él, también, se esforzó por caminar, levantar objetos, buscar... Esto con la culpa, además... ¿Cómo se sabía de antemano? ¿Cómo se presentía que siempre sucedía algo, si se llevaba a bordo una Nauyaca? ¿Qué funesto conjuro poseía esa serpiente? Tembloroso y sudando, siguió el registro. No dejó ni un solo rincón oscuro sin tantalear con su bastón, pensando que seguramente esta vez la muerte se abalanzaría...

Se reunieron todos después en el gabinete del capitán. Nadie había encontrado una huella siquiera. Los pasajeros tendrían que saber lo que ocurría. La terrible pesadilla que se apoderó de todos y que acrecentaba de hora en hora, rara vez se borraba con el sueño natural. Ya nadie podía descansar ni tomar alimento.

El miedo era una pesada neblina que sofocaba los pulmones de todos los pasajeros y tripulación. Sentían pavor de moverse. Solamente los niños jugaban contentos, no pudiendo adivinar el terror en los ojos desvelados de sus padres.

Pero aún era un miedo paralizante. No se había desatado el pánico. De repente, en plena vista de muchos pasajeros, dos maquinistas negros corrieron como locos por la cubierta y se arrojaron, con gritos despavoridos, al mar, ahogándose instantáneamente. Todos pensaban que sin duda los infelices habían visto al reptil; pero no se pudo comprobar, y Bowman dió por hecho que se habían vuelto locos con sólo pensar en la errante amenaza.

Unas horas más tarde, una mujer de edad le dijo al grupo con quien estaba, con mucha seriedad:

—Si nada más pudiéramos bajarnos del barco, se pudiera fumigar... Luego ella, también, intentó lanzarse al mar; pero un camarista la detuvo.

Allá abajo, en su oscura pieza, a la que se resistía a entrar, hasta con una fuerte luz, "Mamá" Willis procuraba tomar té caliente para fortalecerse. Las pasajeras la necesitaban más que nunca, y los pobrecitos niños...

El capitán, de pie sobre el puente, desafiando una tormenta, levantaba la voz en una súplica que se ahogaba en la furia del vendaval.

Tres días más y llegaremos, Señor; que no suceda nada en estos tres días...

Un cable a la oficina había traído pronta respuesta y las instrucciones: "Serenidad y adelante..." No cabía duda que la situación perdía su magnitud, en la tranquila oficina. Adelante, pues, porque tampoco de nada valdría solicitar ayuda de otros barcos. Fuera de transbordar a los pasajeros, ¿qué podrían hacer? Y luego la tripulación se querría quedar.

Para no perder la cabeza, procuraba pensar en que la Nauyaca se había caído al mar. Con eso también la "Mamá" Willis trataba de calmar a las mujeres histéricas, que ya no les era posible permanecer una tercera noche insomnes, con todas las luces encendidas y que, sin embargo, no podían dormir; que gritaban en la oscuridad: "¡Nadie





puede saber! Si alguien se queda dormido, puede meterse la víbora por un ventilador. Se le puede caer a una encima, sabrá Dios por dónde... Puede estar en el baño; no puedo darle la espalda a nada; estoy dando vueltas y vueltas, como un trompo".

La incesante persecución les martirizaba y unas ya no podían resistir más. Una venezolana tomó una fuerte dosis de un sedativo, que también le dió a su niño, y pronto consiguieron estar fuera de peligro para siempre. "Yo quisiera salir de esto tan fácilmente", pensó Chris, que poco le faltaba para perder la razón, mientras seguía su horrible tarea de escuchar, espiar, saltando al menor ruido...

Ya no había noches ni días. Solamente la luz que se confundía con la intolerable oscuridad. Algunos sentían que estaban bajo el hipnotismo de unos malévolos ojos sin párpados; otros afirmaban que habían oído el seco golpe del enorme cuerpo al caer al suelo. Para todos, estaba bajo su cama, en acecho.

Con hombres siempre serenos ante los peligros del mar, pero ya a punto de perder todo control, empujados por este desconocido, invisible terror, los oficiales luchaban para mantener la disciplina, sus propias mentes invadidas y estrujadas por la amenazante incertidumbre.

Llevando su linterna, para alumbrar los rincones traicioneros, el jefe de los camaristas, bajó, a las siete campanadas, a la cocina, para cerciorarse de si todo se había dejado en orden para la noche. Si solamente la cafetera del velador se veía sobre le reluciente estufa. Volteó para salirse, cuando de una de las alacenas bajas, a su izquierda, vió dos ojos fijos reflejar la luz.

La Nauyaca acechaba allí, entre las cacerolas, y mientras Bowman vaciló por un instante, empezó a ondularse pausadamente, por la orilla de la alacena, entre él y la puerta. Podía oír el leve rasguñar de sus toscas escamas. Ningún objeto de peso, que se podría utilizar para aventarle, estaba a su alcance. No llevaba más arma que la linterna. El timbre para llamar estaba cerca de la puerta. Sentía deseos de dar de gritos; pero no osaba hacerlo, por si cualquier sonido o movimiento apresuraba hacia él el fantasma maligno, o lo hiciera desaparecer. La serpiente se detuvo con la mitad de su tamaño fuera de la alacena; luego, con pasmosa lentitud, surgió en toda su fenomenal extensión y se enroscó, como un tapete diseñado, bajo la estufa.

Con asombro se dió cuenta Bowman de que no lo estaba viendo a él, sino tras de él, y que algo se movía bajo el fregador. A pesar de sus esfuerzos para permanecer inmóvil, tuvo que voltear la cabeza.

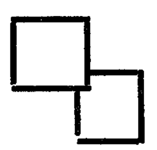
Con pasos lentos hacia la víbora, hasta llegar apenas fuera de una distancia peligrosa, se aproximaba el esqueleto gris y roñoso de una gata. Se enfrentaba al enemigo enroscado, los dos mirándose uno al otro, sin parpadear.

De repente, y con una rapidez casi imperceptible a la vista, la Nauyaca atacó; pero con la misma velocidad la gata evadió la lanzada de esa cabeza siniestra. Atacó repetidas veces, rozando apenas el frágil cuerpo de su contraria y, cuando empezaba a cansarse, ella le contestó

con un golpe calculado y preciso de sus filosas uñas. Ahora, cada vez que saltaba la cabeza, la cogía entre sus garras, arqueando su absurdamente delgado cuerpo. Antes de que Bowman pudiera comprender la estrategia del intrépido animalillo, ya la había cegado con sus certeros arañazos.

La Nauyaca se lanzaba furiosa y con más ímpetu, pero siempre la alerta defensora no fallaba en su puntería. El monstruo ya no estaba enrollado; se deslizaba tras de ella, enfurecido, los ojos desgarrados, mientras ella brincaba fuera del camino. Con la agilidad prestada por la desesperación, Bowman saltó por encima de los combatientes y se sentó arriba de la alacena. Ahora la gata brincaba entre los dobleces retorcidos y encajó los dientes mero atrás de las poderosas quijadas; allí se aferró en diente y uña. . .

Azotando y golpeando, en el afán de aprisionar a la gata entre sus anillos estranguladores, la Nauyaca rebotaba por el suelo; pero tanto su fuerza como su veneno, estaban exhaustos; sus heridas eran mortales. Los ásperos pliegues por fin cedieron. Entre ellos yacía Clara, muerta. Entonces Bowman comprendió por qué había desafiado tal adversario y por qué había estado obligada a ganar la batalla, porque allí, bajo el fregador, sus colitas paradas, como tiesos alambritos, los ojitos brillantes de curiosidad, salieron tres gatitos. Los recogió como pudo, la vista nublada de emoción, se encaminó con ellos hacia el camarote de la "Mamá" Willis.







Marcel Allain, popular escritor francés, goza de gran fama como autor de novelas truculentas. Publicamos ahora "El Ahorcado Reahorcado", de intensa emoción, creyendo que entretendrá a nuestros lectores, y les servirá de necesario contraste a los deliciosos cuentos de amor que aparecen en este tomo. La novela fué traducida por Amendolla, y su segunda y última parte aparecerá en el próximo número.





EL AHORCADO REAHORCADO

por

MARCEL ALLAIN

(Novela)



CAPITULO PRIMERO

—¡Adelante! —ordenó la voz fuerte de M. Souin.

Inmediatamente hizo su aparición en la oficina del sub-jefe de la Sureté, Paterne Benoit y comenzó a enrojecer.

Era, en efecto, una cosa extraña: ancho de espaldas, sólidamente construído, con una musculatura vigorosa, M. Souin tenía siempre frío y mantenía su oficina a una temperatura senegalesa.

Paterne Benoit, por el contrario, era un individuo insignificante, magro, de miembros cortos y que a despecho de su apariencia física, que no tenía nada de atlética, estaba siempre congestionado y sentía aun en tiempo de intenso frío un calor constante.

Cuando Paterne Benoit entraba en la oficina de M. Souin se sentía generalmente sofocado, y aquella mañana no fué una excepción a la regla.

Dominando esta circunstancia, el hombrecillo atravesó el vasto gabinete de trabajo, interrogando:

—¿Me necesitaba usted, jefe?

—Sí, —espondió M. Souin con su voz estentórea—. Siéntese, Paterne.

Tenía entre sus manos un papel, una carta. Sin volver la vista, M. Souin explicó:

—Le he mandado llamar por esto.

Arrojó el papel sobre la mesa, se apoyó en ella, se inclinó hacia el inspector e interrogó:

—¿Conoce usted al doctor Vataresco?

Paterne Benoit sintió un estremecimiento:

—¿Al doctor Vataresco? ¿El Director de Investigaciones del Instituto Biológico?

—Precisamente.

—¿Quién no lo conoce, jefe?

—¡Es verdad!

—Es uno de los sabios que honran la ciencia, jefe... Uno de los nombres que persistirá en el futuro... El hombre que lleva adelante con más brío la lucha contra el cáncer... el hombre que inventó la vacuna antiletárgica... ¿No es él quien obtendrá este año el Premio Nobel?

M. Souin no quiso interrumpir las frases de entusiasmo de su subordinado. Pero aprovechando un momento en que éste respiró, le preguntó nuevamente:

—¿Sabe usted con qué cura el cáncer el Dr. Vataresco?

—Ciertamente —respondió Benoit—. Con el radium.

—¿Y no ignora lo que vale el radium?

—Millones, me parece.





—Millones, en efecto. Está usted bien enterado, Benoit. En el Instituto Biológico, hay en este momento radium por valor de diez millones de francos. Una fortuna, ¿verdad?

—Seguramente.

—Y bien, sabe usted lo que me dicen en eso?

"Eso" era la carta que M. Souin había vuelto a coger de su escritorio y que agitaba ahora con aire amenazador.

Paterne Benoit movió la cabeza.

—No, jefe, no lo sé.

—Se lo voy a decir. Es una cosa clara, precisa, neta: parece que el Dr. Vataresco piensa poner piés en polvorosa, llevándose los millones del radium.

Nuevamente, M. Souin arrojó el papel sobre la mesa al tiempo que el puño izquierdo, enorme, macizo, propinaba al mueble un inocente swing que pudo haber desarticulado el mobiliario oficial.

—Eso es! —continuó tonante—. El doctor Vataresco es ni más ni menos un ladrón, un bandido, un delincuente! Ya me lo han repetido en todas las cartas. ¿Qué me dice usted a esto, Paterne Benoit?

El pequeño inspector de la Sureté se había inmovilizado en su asiento a causa de la emoción.

Cosa extraña: cuando el entusiasmo le sacaba de su natural apatía, Paterne Benoit parecía metamorfosearse. Dejaba de ser el buen hombre humilde, el funcionario tembloroso, el personaje tímido, para convertirse en el mozo resuelto, decidido.

Paterne Benoit interrumpió al Jefe de la Sureté.

—Es una infamia!

M. Souin rectificó:

—Puede ser una infamia. No hay nada seguro.

Había cogido un cigarrillo. Tendió la cajetilla a Paterne y continuó dicendo:

—Tratemos de conservar nuestra sangre fría! Escuche. Esta es una carta que me llegó hace dos días. No quise darle importancia. Ya sabe usted el caso que hago de la correspondencia anónima.

—Tiene usted razón!

—Pero esta carta contiene ciertas precisiones que quiero comprobar. Ahora bien, los hechos que cita son exactos. En consecuencia...

—Admite usted como verosímil una acusación contra el Dr. Vataresco, jefe?

—No sé —confesó M. Souin— si la admito o no la admito. No quiero ni hacerme la pregunta. Lo que sí me pregunto es qué conviene hacer. Es todo—. Escuche, Paterne Benoit.

M. Souin, a la manera del orador que se prepara a leer un documento de importancia, aclaró la voz, hizo una pausa y finalmente comenzó la lectura de la carta que temblaba entre sus dedos.

"Señor Jefe de la Sureté:

"El Instituto Biológico posee, en este momento, algunos gramos de radium, los que no sería exagerado estimar en un valor de diez millones de francos. Ese radium está al cuidado del doctor Vataresco, jefe del laboratorio. Creemos interesante prevenirle que el llamado sabio es en realidad un temible bandido, quien se prepara a desaparecer, robándose el radium, mismo que pretende realizar en algún país extranjero. No dudamos, señor Jefe de la Sureté, que pueda usted dar crédito a la acusación que hacemos. No obstante, ¿querría usted creer que ema-



na de alguien que está perfectamente enterado de lo que dice y que no habla a tontas y a locas?

"Desde luego, le será a usted fácil comprobar ciertos hechos que estamos en condiciones de precisar:

"¿De dónde viene la inesperada fortuna del doctor Vataresco? ¿por qué ha cambiado bruscamente su tren de vida?

"¿Qué significan los preparativos de marcha que ha realizado teniendo buen cuidado de ocultarlos?

"Actualmente está empacando todas sus propiedades personales y todos los días hace envíos al extranjero. Su prudencia es tal, sin embargo, que ciertas de sus maletas las ha enviado a New York, otras a Berlín, otras a Moscú y finalmente otras a Tokio!

"No creemos necesario añadir más.

"Suponemos que le será útil, sin embargo, advertirle que una copia de esta carta está depositada con un notario, porque juzgamos inadmisible que después de haberle advertido del escandaloso robo que se prepara, no tome usted las medidas necesarias para evitarlo.

"A buen entendedor, pocas palabras".

—Está firmada? —interrogó Benoit.

—Está firmada por "Alguien que ve claro".

Hubo un silencio en la oficina del jefe de la Sureté.

Después M. Souin continuó:

—Lo que me parece extraño Paterne Benoit, es que esta carta estúpida, loca, desconcertante, grotesca, contiene no obstante detalles exactos. Es cierto que el Dr. Vataresco desde hace algún tiempo hace gastos que no justifica la fortuna que le conocemos. Es real, igualmente, que procede a los envíos incomprensibles que se nos señalan. En resumen...

—En resumen, jefe, no va usted a decirme que cree en la posibilidad de ese robo.

M. Souin se puso en pie, y comenzó a pasearse a lo largo de su gabinete de trabajo, con aire de profunda preocupación.

—Voy a decirle otra cosa, Paterne Benoit, —declaró—. Y es que un asunto de esta índole es profundamente enojoso. Si se produjera un escándalo, nosotros, los de la Sureté, nos veríamos en un terrible aprieto. Por otra parte, si el Dr. Vataresco se entera de nuestras sospechas, se armaría sin duda otro escándalo. Entonces...

—¿Entonces qué, jefe?

—Entonces decidí hablarle...

M. Souin se había detenido en seco ante el asiento que ocupaba Paterne Benoit.

Terminó su frase:

—He pensado, querido amigo, que es usted el más hábil y más cortés de los hombres... He pensado que tenía que recurrir a usted... Nadie mejor, Paterne Benoit, para esclarecer este asunto!... Vaya, amigo mío...

Paterne Benoit se puso en pie.

Los halagos de su jefe no le hicieron mella. Pero no por eso se le escapaba la dificultad de la misión que le acababan de confiar. En consecuencia, puso una cara bizarra. Se sintió, como dicen vulgarmente, mitad higo, mitad uva.

—No veo... comenzó diciendo.

M. Souin hizo un gesto perentorio.

—Pues tiene usted que ver!

Paterne Benoit bajó la cabeza.

—¡Está bien, Jefe!

No abrigó en ese instante la menor ilusión. Midió a maravilla lo que había de prudencia y de astucia en las órdenes que le daban.

¿Se le ordenaba esclarecer la cosa? Pero al mismo tiempo recomendándole no exponerse a desencadenar uno de esos movimientos de opinión que los funcionarios de la clase de M. Souin temen más que a otra cosa.

Acusar al doctor Vataresco, a esa luminaria de la ciencia, a ese hombre que gozaba de una celebridad mundial, era cosa grave...

Pero por otra parte, echar en saco roto esa carta anónima era quizás más grave aún.

Y era a él, a él, Paterne Benoit, insignificante comisario comisionado al servicio de la Sureté, a quien le encargaban averiguar la verdad...

Interrogó con voz temblorosa:

—Le mandaron ese documento por correo, jefe?

—Sí. De la oficina central de la calle de Louvre.

—No tiene ninguna huella digital?

—Ninguna. Visiblemente, el autor tuvo la precaución de limpiar cuidadosamente su manuscrito. Ninguna huella, lo repito.

—Pero... la letra?

—Paterne Benoit, querido amigo, esa carta no está escrita a mano. La han compuesto pegando recortes de periódicos a una hoja de papel.

—Y el papel, y la goma, ¿son comunes y corrientes?

—Nada! Le digo a usted que no se puede sacar nada de ese documento. No le he mandado llamar para que se fije en todas esas circunstancias ordinarias.

Paterne Benoit bajó la cabeza.

Pensaba que en todo caso M. Souin le quería para encargarle de una misión difícil, pero sin embargo, se abstuvo de hacer ninguna reflexión.

—Está bien, —dijo simplemente—. Voy a arriesgarme a jugar la partida y trataré de ganarla...

—Es indispensable que la gane usted! —insistió Souin.

Y después el sub-jefe de la Sureté despidió a su subalterno con un gesto amistoso. La audiencia había terminado.

Al salir del gabinete dictatorial, Paterne Benoit frunció el ceño.

El oficio de policía no tiene nada de cómodo. Es una tarea dura, la de encontrar entre el hormiguero humano a un culpable que ha tomado todas las precauciones, precisamente para no ser descubierto.

Se puso a marchar lentamente, soñador, preguntándose a qué maniobras debería recurrir, al tiempo que se alejaba por los largos corredores de la Sureté.

Al salir de la sala común donde se reunían los inspectores de servicio, un camarada le gritó:

—Ah, eres tú? Te estoy buscando por todas partes. Tu estás de guardia hoy, ¿verdad?

—Sí, —confesó Paterne Benoit—, pero el sub-jefe me acaba de confiar...

—Vamos, vamos! No me la pegas. Tienes que irte inmediatamente a Andresy.





—A Andresy?

—Sí señor. ¡En las cercanías de Conflans-Sainte-Honorine.

—Oh, ya sé.

—La policía te ha llamado con urgencia.

Paterne Benoit se había detenido en seco. Una emoción extraña, le oprimía el corazón.

En Andresy, como lo sabía todo el mundo, el doctor Vataresco ocupaba una pequeña villa.

¿Sería una simple coincidencia? Habría que creer mejor que...

Preguntó con la voz un poco alterada:

—¿Para qué quiere la policía de allá un investigador con tanta urgencia?

El camarada le respondió con indiferencia:

—Yo que sé! No será para descubrir el Nuevo Mundo, —le dijo alejándose mientras se reía a carcajadas.

Paterne Benoit, sin hacerle caso, seguía preguntándose a sí mismo:

—¿Una coincidencia? ¡Hum! No me fío mucho de las coincidencias. Pero entonces...

Paterne Benoit se habría preocupado más, de estar enterado de los acontecimientos que se habían desarrollado al alba, en la entrada misma de Andresy.

Sobre la ruta de Triel, en efecto, junto al pequeño puente que corta la vía férrea, a eso de las tres de la madrugada, pasaba una carreta cargada de patatas y coles, tirada por un robusto caballo negro que conducían dos hombres, quienes charlaban alegremente.

Uno de ellos afirmó:

—¿Ya ves como tengo razón? Es el laboratorio de la casa del doctor Vataresco el que está encendido. Probablemente no se habrá acostado todavía el hombre!

El segundo compañero respondió:

—Quién me prueba a mi que allí vive el doctor Vataresco? Vamos a ver...

—Idiota! ¡Como si no lo supiera todo el mundo! Además, todas las noches es lo mismo. Ese hombre no debe acostarse nunca. No haces más que pasar Triel, entrar en la línea recta y te das cuenta en seguida de la luz. Es cosa de sabios, comprendes?. Necesitan la tranquilidad de la noche para dedicarse a sus experimentos...

El hombre estaba a punto de seguir proporcionando nuevos detalles acerca de lo que a su parecer debería ser la vida de los hombres de ciencia, cuando de pronto, con un movimiento brusco, refrenó su caballo violentamente.

De sus labios surgió un juramento:

—Con mil diablos!

Tendió la mano invitando a su compañero:

—Fíjate allá... fíjate!

En la casa del doctor Vataresco había una especie de estudio de artista que el biólogo había empleado seguramente para convertirlo en laboratorio. Estaba en la parte alta de la casa. Como no tenían corridas las cortinas los cristales, era fácil ver perfectamente desde fuera lo que ocurría en el interior iluminado.

El espectáculo que los dos hombres contemplaban era suficiente para emocionar a cualquiera.

En plena luz, siniestro, lamentable, contemplaban el cuerpo de un hombre que se balanceaba de derecha a izquierda, pendiente de una cuerda que estaba sujeta al techo del estudio.

—¡Con mil diablos! —repitió el carrero.

Y en seguida, instintivamente, recordó con una sonrisa una canción que entonces estaba en boga:

—A lo mejor está vivo!

Los dos hombres saltaron a tierra, sin apartar la mirada de aquel colgado siniestro, que se balanceaba al extremo de su cuerda, en medio de aquella claridad resplandeciente que la obscuridad de la noche rendía más viva.

El joven carrero exclamó:

—Un suicidio! Es alguien que se ha suicidado!

Rápidamente, los dos hombres estuvieron de acuerdo en que había que hacer algo.

¿Qué hacer, sin embargo?

El sitio estaba casi desierto...

—¿Habrá alguna otra gente en esa casa? —demandó el carrero—. Sujeta al caballo. Voy a llamar.

Corrió hasta la puerta de la villa. La sacudió violentamente, no obstante que su dedo se apoyaba con fuerza en el botón del timbre.

En el silencio de la noche, el zumbar del timbre escuchóse distintamente. Y los golpes resonaban tremendos!

No apareció nadie, sin embargo.

¿Estaba desierta la casa? ¿No tenía más habitantes que el infeliz colgado?

Durante largos minutos, el carrero se obstinó en sus llamadas. Después, bruscamente, interrumpió sus maniobras. Interpeló a su compañero:

—Vete a buscar a los gandarmes!

El joven vaciló un instante.

—Tienes miedo? Te digo que puede estar vivo aún. Hay colgados que han vuelto después de varias horas... vete... corre. ¿Sabes dónde esta la comisaría? No está muy lejos...

No estaba lejos, en efecto. Los gendarmes, avisados, debieron experimentar una legítima emoción al oír el nombre del doctor Vataresco, porque se pusieron en actividad a toda prisa.

Veinte minutos más tarde, la autoridad hacía su entrada en el domicilio del célebre sabio, después de escalar la reja del jardincillo y de forzar la puerta de entrada.

El capitán Henri se había molestado, personalmente.

No tenía nada del tipo del policía tradicional. Era un hombre neto, preciso, perfectamente al corriente del progreso de la técnica policíaca y que sabía mandar imperiosamente.

En seguida dió las siguientes órdenes:

—¡Un gendarme a la puerta! ¡No dejen que nadie entre! Ustedes carreros, entren allá. Brigadier Thiais, usted se queda con ellos. Que venga un hombre conmigo... Pronto!

Había encontrado rápidamente los apagadores de la luz. La casa pareció despertarse.

Uno de los carreros murmuró:

—No habrá nadie aquí? ¿Nadie más que el colgado?

—Sí, —respondió distraídamente el capitán Henri—. El doctor se hacía servir por un criado que no vive en la casa. Vamos, despachemos... ¡Que me sigan!...

Subió las escaleras corriendo. ¡Quizás pensaría que el colgado pudiera estar aún vivo!

La puerta del laboratorio-estudio no estaba cerrada con llave. A la vista trágica del espectáculo, el capitán se inmovilizó en el umbral.

El hombre, el colgado, se balanceaba siempre al extremo de su cuerda. No podía subsistir la menor duda: el suicidio era cosa evidente.

La cuerda estaba sujeta al techo, y terminaba en un nudo corredizo. Para meter en él el cuello, el hombre había subido a un escabel que derribó después de un patada.

El capitán Henri se dió cuenta de que no había la menor esperanza.

La muerte había hecho su obra. La muerte dolorosa y odiosa que procura el estrangulamiento...

La máscara del suicida era espantosa. De los ojos se desbordaba el terror. Los rasgos dejaban adivinar el sufrimiento. Las manos parecían querer asir el aire, buscar el punto de apoyo que no habían podido encontrar...

—¡Atroz! —murmuró el oficial de la policía.

Estaba aún en el umbral de la puerta. Extendió los brazos para impedir que el policía se lanzara hacia adelante. Después, suavemente, murmuró:

—Gran Dios... es el doctor Vataresco!

Lanzó esa exclamación ingenua que parecía muy legítima, por lo demás.

—Ahorcarse un hombre como él?... Ah!

Adivinaba ya el escándalo que su muerte provocaría en el mundo entero.

Rápidamente, el oficial recuperó su sangre fría.

—Gendarme —ordenó—, quédese a la puerta. Este suicidio va a ser motivo de una seria investigación. No toque nada. Yo me encargo de todo.

Pero ese "todo" de que iba a encargarse personalmente el capitan Henri, debía, evidentemente, reducirse a muy poca cosa.

El oficial se aproximó al colgado, tocó sus manos heladas, acercó el oído a su pecho.

No, el corazón ya no latía! El espejo que le pusieron ante los labios no reveló ninguna respiración.

—Vamos! —murmuró el capitán Henri—. No vale la pena abrigar la menor ilusión. Está muerto... bien muerto...

Después, con una especie de estremecimiento de asombro:

—Es curioso! La cuerda no ha dejado esquimosis en el cuello.

Era exacto...

Como policía inteligente, lo primero que hizo fué buscar huellas clásicas de la estrangulación. Pero no existían.

—¡Extraño!... ¡Extraño!... —repitió obstinadamente.

Lanzó miradas interrogadoras a derecha e izquierda.

Todo estaba en orden en el laboratorio. La pieza estaba como impregnada de esa atmósfera apacible de trabajo que se acostumbra respirar en lugares semejantes.

El capitán Henri se preguntó:





—No estaré soñando?

No, lo que veía lo veía perfectamente. La cuerda no había dejado en el cuello del ahorcado, la menor traza, la más leve huella.

Por otra parte, el laboratorio no presentaba indicios de lucha, de ninguna batalla, de ninguna resistencia.

—¡Ah! —exclamó en voz baja el capitán Henri.— Parece que hay dos cosas contradictorias. Si la cuerda no dejó marcas, es que el hombre ya estaba muerto cuando lo colgaron!... Si le colgaron muerto, se trata de un crimen!... Pero se comete un crimen sin que la víctima resista? No tenía Vataresco la fuerza suficiente para defenderse?

Una arruga de preocupación se marcó en la frente del policía.

El asunto le había parecido simple al principio. Ahora ya tenía una apariencia casi misteriosa...

No siendo médico, no tenía autoridad para decidir. Volvióse bruscamente:

—Que un gendarme corra a buscar a un doctor.

—Ya dió usted la orden, mi capitán. Me parece que no tardará en llegar.

Era exacto. Despertado por un gendarme, un médico se acababa de presentar en la villa trágica. Subió la escalera a toda prisa. Se precipitó al lado del capitán Henri.

—Muerto? —demandó.

—Incontestablemente.

—Desgraciado!... Me parece inverosímil... apenas ayer le ví y parecía estar muy alegre...

—Qué me dice usted del estado del cuello, doctor?

El médico se quedó unos instantes sin responder.

—Tiene usted razón, —dijo al fin. —Es extraordinario! Ninguna huella... Es eso lo que quería usted indicarme?

Y sin esperar la respuesta el doctor aconsejó:

—¿No cree usted que sería conveniente prevenir a la Suretê? Telefonear a París?

—Ciertamente! —afirmó el capitán Henri.

Y después preguntó:

—No cree usted que sería conveniente prevenir a la Suretê? Telefonear a

—No. La muerte ocurrió hace cuando menos una o dos horas. Quizás más! Unicamente la autopsia permitiría...

—Claro! Y bien, doctor, no tocaremos nada. Siento haberle molestado. Voy a telefonear inmediatamente. Mientras llegan los de la Suretê, voy a cerrar con llave este laboratorio. Nadie debe entrar en él.

—Será lo mejor, —murmuró el doctor.

Después de haber cerrado con llave el laboratorio, el Capitán Henri se dirigió al teléfono a solicitar la presencia de los más hábiles investigadores de la Suretê parisiense.

El alba comenzaba a afirmarse. En la ruta, los campesinos pasaban rápidamente con dirección a sus labores cotidianas. No tardaron en agruparse numerosos curiosos a la puerta de la villa.

El capitán Henri, en el salón de abajo, se encontraba cada vez más sorprendido. Había visitado las diferentes piezas de la villa trágica. Por todas partes reinaba el orden más absoluto! Ningún mueble estaba fuera de su sitio. Sobre la superficie de la chimenea de la alcoba, había llamado su atención

un paquete de billetes sobre el cual veíase a manera de pisa-papel un cronómetro de oro.

Y pensaba:

Vamos!... qué voy a imaginarme? Se trata de un suicidio. Está claro... evidente!

Y sin embargo, fermentaba en él la duda, la duda que provenía de aquel cuello de colgado que no presentaba la menor huella reveladora.

En el vestíbulo, el capitán Henri, notó otra cosa que le sumió en nueva estupefacción.

Allá se amontonaban numerosas maletas. Numerosas cajas. Numerosos sacos. Cada uno de ellos tenía una etiqueta distinta a las demás.

Una de las maletas estaba destinada a Hanoi. Otra a Londres. Aquella a Canadá. Esa otra a Brasil. Había una caja para Madagascar. Unas más para Australia, Japón, Rusia...

—Ajá! —murmuró el capitán Henri.— Una verdadera mudanza, parece...

Tuvo la curiosidad de abrir un armario. Estaba completamente vacío.

Entonces, multiplicó sus pesquisas, examinó un modesto escritorio, abrió varios cajones de una mesa de trabajo, miró un archivero... Pasó a las otras piezas, abriendo los muebles unos tras otros.

Pero cada vez hacía idéntico descubrimiento.

¡Todos los muebles estaban vacíos! Ni un papel. Ni un objeto familiar. Aun cuando los cuadros continuaban pendientes de las paredes, aun cuando los bibelots guarnecían las chimeneas, aun cuando todas las piezas tenían el aspecto normal de las piezas habitadas, no era menos cierto que todo parecía haber sido retirado de aquella casa, en vista de una ausencia próxima, de una mudanza imprevista.

—Y nadie! —gruñía el capitán Henri. —Tendría familia acaso?

Ruidos de voces en el jardín llamaron su atención. Un gendarme trataba de impedir el paso a un viejo que insistía lanzando juramentos.

—Qué pasa? —demandó el capitán Henri.

El viejo se quitó la gorra.

—Soy yo, José... —dijo.— El criado del doctor.

—Entre usted, amigo mío.

El capitán Henri se llevó aparte al anciano revelándole la verdad e interrogándole ansiosamente.

—Hace mucho tiempo que está usted al servicio del Dr. Vataresco?

—Desde hace tres meses...

—Era un buen hombre? Le quería usted?...

—No le veía casi nunca.

—Por qué?

—Salía muy de madrugada... Lo único que me pedía era que le preparara el desayuno. Después me marchaba... Y como él regresaba muy tarde...

—Bien. Pero usted hacía el aseo?

—De su recámara, sí. Todas las semanas encontraba mi sueldo en la mesa de la cocina... Cuando el doctor tenía que darme alguna orden me la escribía...

—Comprendo... comprendo... Era un original? Y no podría usted decirme si últimamente estaba alegre o triste?

—No sé una palabra!

—¿Tampoco puede usted decirme si tenía familia?





—Tampoco. Le digo que no le veía casi nunca. No le he hablado más de tres veces.

—Comprendo... comprendo... —repitió el capitan Henri—, que comenzaba a espantarse de no poder comprender nada de aquella situación tan misteriosa. Debía vivir de modo muy extraño ese doctor Vataresco!

¿Pero, valía la pena asombrarse por ello? Los hombres de su valor no tienen cabeza más que para sus experimentos, para su trabajo, para sus preocupaciones científicas...

El capitán Henri preguntó a todo azar:

—Sabía usted, sin embargo, que iba a cambiarse? Le ayudó usted a hacer esos equipajes? Esas cajas?

—Esas cajas y esas maletas las fuí viendo amontonarse poco a poco en el vestíbulo. Es todo cuanto sé. Desde luego, muchas de ellas fueron despachadas ya...

—Qué me dice?

—Claro que sí! Desde hace un mes el doctor las ha estado enviando a la estación.

—Está bien.

El capitán Henri tosió brevemente. Después pensó:

"Todos esos preparativos de marcha, no son indicio de suicidio. Ese doctor tenía sus proyectos. Pero por qué enviaba todas esas cosas a los cinco rincones del globo?

A pesar suyo lanzó un suspiro:

—Ah, ya estoy ansioso porque lleguen esas gentes de la Sureté!

Atravesó rápidamente el vestívulo, entró en la pequeña pieza en donde bajo la vigilancia de un gendarme, esperaban con impaciencia los dos carreros que habían señalado el drama.

—Veamos ¿Ustedes no saben nada? —interrogó el capitán.

El más grande de los carreros respondió:

—Sabemos lo que hemos visto! Que hay aquí un hombre colgado...

—Es todo?

—Sabemos además que hemos perdido el mercado...

—Si, si, pero es indispensable. Van a venir agentes de la Sureté y tienen que ser interrogados.

—Entonces no tenemos derecho de ir allá enfrente a tomar un café, siquiera?

—Si, pero a condición de que me prometan que regresarán.

—Prometemos. No somos malhechores. Pasamos. Vimos. No ha sido culpa nuestra...

El capitán Henri salió de la estancia y comenzó a visitar nuevamente la villa. Su preocupación, cualquiera que fuese, aumentaba de instante en instante.

Nada verdaderamene extraordinario en aquella casa. Desgraciadamente, no todos los días ocurre el suicidio de una personalidad célebre. Y todavía es más extraordinario que preparándose para marchar...

Había, realmente, que darle importancia verdadera a esa ausencia de huella trágica en el cuello del colgado?

Solamente los expertos podían opinar.

Pero el capitán Henri no lograba tranquilizarse.

Existen los hechos materiales. Existen también, las realidades imponde-

rables, esas que parecen flotar en la atmósfera y que percibimos instintivamente sin poder precisarlas.

Había, arriba, en el estudio-laboratorio, aquel colgado que se balanceaba al extremo de una cuerda, y habían esos cajones vacíos, esos muebles desocupados, esas cajas amontonadas en el vestíbulo... El capitán Henri, inmovilizado de pronto, en la sala del primer piso, se confesó:

"Es curioso... Se diría que espero alguna cosa... se diría que tengo miedo..."

De pronto, se dió cuenta de que colgado de una percha, estaba un abrigo grueso. Se dirigió a él y registró maquinalmente las bolsas.

En una de ellas, el capitán Henri encontró una carta.

Estaba aun en su sobre. La habían leído. Vuelto a doblar y a guardarla allá.

No debería ser una carta importante.

Pasó sus ojos por ella.

En seguida se escapó un juramento de sus labios.

—Maldición! Esto es una locura!

En ese preciso momento, uno de los gendarmes le gritó:

—Mi capitán, acaba de llegar un comisario de la Sureté. Quiere que se lo mande?

El capitán Henri estaba en ese instante tan sorprendido, que no respondió en seguida.





CAPITULO SEGUNDO

Paterne Benoit había salido de París, de muy mal humor. Ahora que M. Souin acababa de confiarle un asunto, en extremo delicado, habían de mandarle a Andresy, para no sabía qué aventura policíaca, y esto, ciertamente, no era para que estuviese contento.

Apenas descendió del ferrocarril, sintió que su nerviosidad se agravaba, que su mal humor aumentaba.

Ya la mañana estaba avanzadísima, y todo el país, discutía el suicidio del Dr. Vataresco, como era natural.

El resultado de semejante escándalo público, fué que al preguntarle a un campesino la ruta que debería de seguir, Paterne Benoit se enteró de la verdad trágica. Le preguntaron:

—¿Va usted a la casa del Dr. Vataresco? ¿A la casa del suicida?

Y Paterne Benoit tuvo necesidad de hacer un esfuerzo para disimular el ligero estremecimiento que le sobrecogió...

Al estremecimiento sucedió una preocupación extraña.

Después de despedirse del campesino, Paterne Benoit pensó:

—¡No tenía bastante con ser un ladrón! ¡Tenía que haberse suicidado! ¡Rayos y truenos! ¿Qué es lo que voy a descubrir ahora? ¡No me faltaba más que esto!

La verdad es que Paterne Benoit tenía un espíritu apocado y que la experiencia le había enseñado que no es conveniente mezclarse en asuntos que pueden tener profundas complicaciones y hacen arraigo en la opinión pública.

Las primeras palabras con que le acogiera el capitán Henri agravaron las inquietudes del detective.

—Señor comisario —declaró el oficial de la gendarmería—, ¡me alegro mucho de que haya llegado! Esto para perder la cabeza... En un principio creí en el suicido del del Dr. Vataresco... Después pensé en un crimen; ahora ya no sé ni lo que creo. Lea usted esto.

Le tendió una hoja de papel, una carta. Paterne Benoit no quiso cogerla.

—¿Hay aquí algún sitio en el que pudiéramos hablar tranquilamente? —preguntó— No me gusta hacer mis investigaciones en público.

El capitán Henri, al escuchar su demanda, se mosqueó un poco. Parecía imbuído en su personalidad. No iba a ser muy agradable colaborar en esas condiciones.

Deferente, sin embargo, al deseo que le manifestaran, el capitán Henri condujo a Paterne Benoit a un pequeño comedor donde se encerró con él.

—Aquí estaremos bien. Tenga usted esta carta desconcertante...

Pero nuevamente Paterne Benoit rehusó la hoja que le ofrecieron.

—Un momento —dijo. Primero, esclarezcamos el asunto. ¿Se trata del Dr. Vataresco? ¿No hay duda alguna acerca de la identidad del muerto?

—Ninguna. Desde luego, si quiere usted ver al ahorcado...

—No hay prisa... ¿Conoce usted, capitán, la celebridad de ese hombre?

—¡Naturalmente!

—No insisto, pues, ¿Cómo fué descubierto el crimen?

El capitán Henri comprendió entonces que el detective Paterne Benoit era un espíritu metódico, a quien le gustaba proceder siguiendo las reglas clásicas de la encuesta judicial.

El oficial, poniendo buena cara al mal tiempo, sometióse, una vez más, al deseo que le expresó su colaborador oficial.

Con unas cuantas frases rápidas, puso a Paterne Benoit al corriente de los acontecimientos que se habían producido, la investigación que había efectuado; y después de terminar su relato, volvió a ofrecerle la carta desconcertante.

—Este documento fué encontrado en el abrigo qus pertenecía seguramente al ahorcado...

Esta vez no la rechazó. Cogiéndola, leyó en voz alta.

¡Oh, era un breve mensaje que no tenía más que una sola frase! Pero de qué significación, teniendo en cuenta la entrevista que tuviera por la mañana con M. Souin...

El mensaje decía así:

"Ya le he denunciado. Huya usted. ¡Tiene usted apenas el tiempo necesario para desaparecer!"

No llevaba firma.

Una extraña sonrisa desfloró los labios del detective.

—Bien —decidió para sí. Decididamente es un escándalo. No hay duda ninguna. Vataresco era un canalla. Al enterarse de que había sido denunciado y de que la policía iba a perseguirle, se refugió en la muerte... Vamos ... ¡encantador!

Ya en alta voz, se conformó con decir:

—¡Hum! ¡Es bastante significativa!

En seguida tomó la palabra y, lentamente, comenzó a enterar al capitán Henri de la denuncia anónima que había recibido la Sureté.

—¿Se da usted cuenta de que el asunto es bien sencillo? Todo consiste en llevar a cabo aquí una investigación precisa y rápida. Voy a escuchar a los testigos.

—¿No quisiera usted primero ir a examinar al ahorcado?

Paterne Benoit rehusó la oferta del capitán.

¡Cada cosa a su tiempo! Era su divisa.

Así se evitaban confusiones, olvidos. Así se ponían a cubierto, anticipadamente, de reproches, de sospechas, de culpas, de recriminaciones oficiales y oficiosas.

—¡Procedamos por orden! —afirmó—. Primero los testigos. Después iremos a ver el cuerpo. No hay prisa, ya que usted está seguro de la indentidad de ese hombre.

El capitán pareció preocuparse.

—No es eso lo que me inquieta —confesó—. Son las observaciones que le hice acerca de las marcas... Me permito insistir, señor comisario. El cuello





de ese ahorcado no presenta ninguna huella sospechosa; aun cuando me he preguntado...

—¿Qué se ha preguntado?

—Si ese hombre se murió por haberse colgado o si fué colgado después de muerto...

—¡Ah, ah! —exclamó Paterne Benoit.

—¡Es que eso sería muy importante! ¡Imagínese! Si lo hubieran colgado después de muerto, no sería un suicidio, sino un crimen.

Paterne Benoit cerró los ojos ante el capitán Henri. Levantó un dedo y, con el aire de un profesor, anunció autoritario:

—Permítame decirle que es una observación sin el menor interés. Escuche bien. Le cito el Manual de Medicina Legal del Dr. Ch. Vibert, experto del tribunal. Tengo la idea de que se trata de un párrafo que figura en las páginas 170, 171 o 172... ¿Me está usted atendiendo? El éxito es el siguiente: "Desgraciadamente, entre las lesiones que se encuentran en el cuello, en el caso de ahorcados, muchas son las mismas efectuadas en vida, particularmente la huella que depende únicamente de la naturaleza del lazo y de su disposición..." Y más adelante, mi querido capitán, puede usted leer que esa huella puede perfectamente no existir en uno u otro caso. ¿Ve usted?

—Pero el doctor me dijo...

—El doctor es como todos los doctores, mi querido capitán. Puede engañarse. El Dr. Vibert, sí no se engaña. Eso es. Llame usted a los testigos.

Pero los testigos que Paterne Benoit deseaba interrogar, con tanto anhelo, no iban a proporcionarle ningún dato interesante.

Los dos carreros no habían visto al ahorcado más que de lejos; los gendarmes no sabían más que el capitán Henri.

Por lo demás, los hechos eran sencillísimos; los que se habían desarrollado en Andresy, cuando menos.

Diez minutos después de haber comenzado su interrogatorio, Paterne Benoit renunció a sacar nada en claro. El viejo criado del muerto no pudo tampoco arrojar ninguna luz sobre el drama.

De nuevo, el capitán Henri propuso:

—¿Quiere usted ir a ver el ahorcado?

Pero se hubiera creído, en verdad, que Paterne Benoit había jurado rechazar todos los ofrecimientos que le hacía el distinguido oficial de la gendarmería.

—¡No! —replicó—. Prefiero ver primero al doctor que examinó el cadáver. Quizás pueda darme algunos indicios útiles, mientras llegan los expertos oficiales.

Y añadió aún:

—Luego, me gustaría saber qué contienen esas cajas.

Era, evidentemente, fácil satisfacer los deseos que expresaba el enviado de la Sureté.

Armados de tenazas y de palancas, los gendarmes se apresuraron a abrir las cajas amontonadas en el vestíbulo.

Su contenido no tenía nada de extraño en la casa de un sabio como el Dr. Vataresco. Estaban llenas de esos cacharros de vidrio de uso corriente en todos los laboratorios: vasos graduados, probetas, frascos de formas complicadas, retortas de cuellos intrigantes...

—¡Nada de interés! —declaró Paterne Benoit—. Esas cajas no indican nada.





Volviéndose de las cajas abiertas, recibió con una sonrisa, al personaje que avanzaba hacia él, con la mano extendida.

—¿Usted es, probablemente el doctor?

—En efecto, yo soy.

—Perfectamente. Me han dicho que llegó usted demasiado tarde... La muerte fué situada por usted mismo a las dos o tres de la madrugada... ¿Notó usted que el cuello no tenía la huella correspondiente a la cuerda?... ¿No es eso?

—Sí, sí... Yo pensé...

—¡Pensó usted equivocadamente! —dijo tranquilo Paterne Benoit—. Doctor, vuelva usted a leer el Manual de Medicina Legal de Ch. Vibert. ¡Es muy interesante! Dígame, ¿no tenía usted relaciones con el Dr. Vataresco?

—Propiamente hablando, no. Nos saludábamos...

—Bien, bien... comprendo. ¿Es todo?

—Rigurosamente todo. Me enorgullecería, si hubiera tenido amistad con él.

—Es usted modesto, doctor. Pero hay orgullos que vale más no tenerlos.

Una sonrisa enigmática pasó por los labios de Paterne Benoit, y el Dr. de Andresy se preguntó lo que significaba exactamente aquella frase de doble sentido, que le parecía incomprensible.

El capitán Henri intervino en ese momento:

—Esta vez, señor comisario, ¿no quiere ver al ahorcado?

—No quiero... me resigno—, respondió Paterne Benoit. Subamos, puesto que es obligatorio...

La cosa, en verdad, era cada vez más desagradable.

La encuesta que le habían encargado, iba mal. Todo era, según él, demasiado sencillo, demasiado claro, demasiado evidente.

¡Cómo no! Una denuncia anónima había prevenido a la Sureté Parisiana que el célebre doctor Vataresco no era otra cosa que un bandido temible.

¡Cómo no! Este bandido temible guardaba en sus bolsas un recado en el que se le invitaba a huir.

¡Cómo no! Lejos de emprender la fuga, y probablemente para hacerle un servicio a la Sureté, el doctor Vataresco se había suicidado.

Sí, todo ello iba demasiado bien, todo era muy fácil, demasiado manifiesto...

Paterne Benoit pensaba:

—Seguramente las cosas van a complicarse. Nada marcha jamás sobre ruedas.

Y maldecía, para sí, contra la lentitud de los servicios administrativos de la policía.

¿Es que todavía los expertos oficiales, llamados por teléfono, no habían tenido tiempo de llegar a Andresy?

¡Querían enseñarle el cadáver a él, Paterne Benoit! ¿No era médico? ¿No era capaz de proceder a un examen difícil?

Pensaba ya:

—Lo que debería hacer, quizás, era regresar a París y prevenir a Souin de lo que ocurre. Seguramente Souin redactaría un comunicado a los periódicos. ¿Cómo acallar el escándalo?

El capitán Henri comenzaba a subir las escaleras. Menos advertido, quizás, de las consecuencias que la muerte del Dr. Vataresco podía tener, aplaudía, por el contrario, la buena marcha de la encuesta.

En verdad, las cosas no caminaban bien. El suicidio había quedado estable-





cido, puesto que la ausencia de huella en el cuello del muerto no tenía ninguna significación científica. ¿Qué le importaba lo demás?

La denuncia encontrada en las bolsas de la víctima parecía indicar que el sabio se había matado bajo la amenaza de un chantage o de alguna acusación terrible: eso no le interesaba en absoluto. El capitán Henri pensaba en ese instante:

—¡París hará lo necesario!

E invitaba con la voz y con el gesto:

—¿Quieren seguirme, señores? El laboratorio está en el último piso. Por aquí...

Se hubiera creído, que era el dueño de la casa que estaba haciendo los honores de la trágica visita que se imponía.

Detrás del capitán Henri, iba Paterne Benoit, sin apresurarse. Llevaba la cabeza baja. Pensaba:

—Dentro de un momento, será necesario que perquisicione en todas las piezas. Sí, esto es indispensable. Y después, tendré que poner los sellos. Debe pasar un tren a eso de las cuatro. Tendré tiempo de tomarlo...

La voz del capitán Henri le sobresaltó.

—Aquí es. Abra usted, gendarme.

Sentado en una silla, a la entrada del laboratorio, el gendarme se puso en pie al llegar su jefe, apresurándose a obedecer la orden que le daban.

La llave giró en la cerradura. Al abrir la puerta, el capitán Henri comenzó a decir...

—Pueden ustedes notar...

Pero no terminó su frase.

O mejor dicho, la terminó en la forma más imprevista, lanzando un juramento, el más grande que se hubiera podido escapar de sus labios.

Es que su sorpresa, su miedo, su emoción sobrepasaron el límite.

La cuerda de la cual se había colgado el doctor Vataresco permanecía pendiente del techo; pero en el extremo, no pendía el doctor Vataresco.

El laboratorio estaba vacío, completamente vacío.

Era indispensable que los tres personajes que se habían inmovilizado en el umbral de la puerta, llegaran a la misma conclusión que el gendarme que permanecía tras ellos, expresando una frase de asombro:

—¡Rayos y truenos! —juró el funcionario—: ¡El muerto se ha escapado!

Durante algunos segundos, ni el capitán Henri, ni el doctor ni Paterne Benoit encontraron nada qué decir...

Las palabras del gendarme parecían definitivas. Expresaban exactamente la verdad: ¡el muerto no estaba allá! ¡El muerto se había marchado!

Paterne Benoit fué el primero en recobrar la sangre fría.

Tuvo una breve risa, una especie de carcajada amarga, a la vez agresiva y desdeñosa.

Después inquirió:

—Y bien, capitán Henri, ¿dónde está el ahorcado que iba usted a mostrarme?... ¿Dónde está?

El capitán Henri, más blanco que una hoja de papel, se volvió en ese momento hacia el doctor:

¿Pero no estaba muerto? —preguntó.

Entonces, el practicante protestó vivamente:





—¡Ah, eso sí! ¡Estaba muerto, lo que se llama bien muerto!

Y como si de pronto se diera cuenta de que la incredulidad general acogería sus palabras, el médico afirmó, aún con más fuerza:

—¡Qué diablos! ¿Es que no soy capaz de reconocer a un cadáver? ¿de confundirlo con un vivo?

La voz de Paterne Benoit se animó inmediatamente de una cólera natural.

—¡Nada de alterarse! Diremos mejor que el ahorcardo era un cadáver viviente. ¡Eso es! Era un cadáver, puesto que usted lo afirma, doctor. Era un vivo... puesto que se escapó. ¿Estamos de acuerdo?

Paterne Benoit no obtuvo ninguna respuesta.

El comisario de la Sureté se reía, por lo demás, de lo que pudieran pensar sus colaboradores de Andresy.

Se metió las manos en las bolsas. Entró a pasos breves en el laboratorio. Se volvió a derecha, a izquierda, se inclinó sobre el suelo, examinó las mesas cargadas de instrumentos científicos, fué, al fin, hacia la ventana.

—¡Oh, oh! declaró—. ¿Una ventana que no está cerrada y, además el techo tiene una inclinación escasa? No es difícil dejarse deslizar hasta el caño y saltar al jardín. Vamos... materialmente no es nada imposible que el cadáver se haya escapado.

Pero añadió inmediatamente esta corrección, que tiene su importancia:

—¡Lo que es más complicado, es precisamente que se trata de un muerto vivo!

Esta vez Paterne Benoit cambió de todo a todo.

Hasta entonces había encarnado a un personaje de mal humor y que no se tomaba siquiera la pena de disimularlo. En un instante se convirtió en el investigador vivo, de espíritu preciso, de curiosidad aguzada, mismos que le habían valido tantos triunfos en su carrera.

—Silencio! —ordenó de pronto—. Se acabaron las bromas. Ya no quiero más hipótesis estúpidas... Comprenderán ustedes que un cadáver no puede escaparse, si no se lo lleva consigo un vivo.

Vió que el doctor y el capitán Henri se estremecían:

—¿No venía, en efecto, a esclarecer con una sola frase la única explicación posible a la trágica y estupefaciente aventura?

Era posible que el doctor Vataresco estuviera bien muerto y que alguna persona viva se lo hubiera llevado.

¿Con qué fin?

Pero, aun siendo admisible esta hipótesis, nada demostraba que fuese verdadera.

Paterne Benoit le puso una mano en el hombro al capitán Henri.

—Calma, —ordenó—. Responda usted, sí o no. Usted interrogó y recibió las declaraciones de los dos carreros. ¿Está usted seguro de que esos hombres no tienen nada que ver con el crimen?

—Absolutamente.

—¿Tiene sus nombres, sus direcciones?

—Naturalmente.

—¿Se podrá saber si se trata de gentes honradas?

—Claro que sí. Pero puedo afirmar...

—¡Dejémonos de afirmaciones! Ordenará usted que se haga una investigación. Adelante. Ellos vieron de lejos al ahorcado. No pueden decir nada, en con-





secuencia. No saben si ese ahorcado estaba muerto o no. ¿Ested fué el primero que entró en el laboratorio, capitán Henri?

—Sí, yo...

—¿Tuvo usted la convicción íntima de que el doctor Vataresco estaba muerto?

—Sigo teniéndola aún.

—¿Cómo verificó usted la muerte?

—El corazón no latía... Las manos estaban glaciales... Acerqué un espejo a la boca del ahorcado...

—¿Y no vió usted que se empañara?

—Para nada.

Y añadió con fuerza:

—¡Qué diablos! No soy ningún ingenuo. ¡Cuando le digo que ese hombre estaba muerto, es que lo estaba!

Paterne se volvió hacia el doctor:

—¿Y usted tiene la misma certidumbre?

—Rigurosamente.

El médico completó esta afirmación con una rápida declaración:

—Desde el momento que entré en esta pieza, tuve la seguridad de que estaba muerto. Inmovilidad absoluta de las pupilas. Bien sé que ese indicio no es definitivo. Pero había otros síntomas. El frío característico en las manos... El corazón... Repetí la experiencia intentada con el espejo por el capitán...

—En resumen, ¿no tiene usted ninguna duda, ninguna sospecha?...

—Repito que no podía tenerla. Ese hombre estaba muerto, bien muerto, ¡lo más muerto que se pueda estar!... Creo que soy bastante afirmativo.

—En efecto. Pero...

—No hay pero que valga —interrumpió el doctor—. El ahorcado estaba atado a esa cuerda. Sus pies no tocaban tierra.— Puede usted ver que el taburete estaba demasiado lejos para que pudiera alcanzarlo. Suponiendo que el doctor Vataresco hubiera estado en trance de letargia, suponiendo que presentara los síntomas de la muerte, y que esa muerte no fuera total, absoluta, no veo cómo podía haberse quitado la cuerda. Sabe usted perfectamente que no hay un solo ahorcado capaz de coger la cuerda por encima de su cuello y de izarse para liberar el nudo mortal. Eso no se ha visto jamás... Hace un momento, Paterne Benoit citaba usted los textos del doctor Vibert. Pues bien, yo voy a citarle a Taylor... o mejor, voy a recordarle los trabajos de Tardieu. Todos los sabios están de acuerdo. En consecuencia...

—Permítame —interrumpió tranquilamente Paterne Benoit.— Conozco eso tan bien, como usted, doctor. Pero no nos conduce a ninguna parte. Si el hombre estaba muerto, ¿cómo pudo salir de aquí? Existe, naturalmente, la hipótesis que dije hace un momento. Es posible que hayan venido a descolgar el cadáver y a llevárselo. Se da usted cuenta, sin embargo, de la dificultad de la cosa?

—Ciertamente.

—¿Y comprende usted lo que tiene de inverosímil? ¿Por qué habrían de llevarse el cadáver?

—Evidentemente.

El capitán Henry y el médico se midieron con la mirada.

Uno y otro daban la impresión de colaborar estrechamente, de defenderse en alguna forma, contra una acusación que no formulaba Paterne Benoit.

Pero el detective no iba a dejar de precisar este pensamiento:





—Añado, que tanto en un caso como en el otro, la aventura es seria para ustedes, caballeros. Si ese muerto no estaba muerto, doctor, pasará usted por un imbécil. Si el muerto estaba bien muerto, y alguien pudo llevarse su cadáver, mi pobre capitán, es seguro que no recibirá usted muchos cumplidos. ¿No ha pensado usted en mandar vigilar la casa?

Eso era precisamente lo que producía serios remordimientos al oficial de la gendarmería.

Habiéndose encontrado, cara a cara, con un ahorcado, no le pasó jamás por la imaginación que pudiera escaparse, ni que fuera posible que nadie se atreviera a robar su cadáver.

Creyó haber tomado todas las disposiciones necesarias cerrando con llave la puerta del laboratorio y poniendo a un gendarme de guardia ante ésta.

Pero el gendarme, naturalmente, no se había cuidado de averiguar lo que pasaba al otro lado.

El capitán Henri levantó los hombros, con aire de preocupación.

—Hay algo incomprensible en su hipótesis, señor comisario. ¿Dice usted que para llevarse el cadáver han tenido que huir por el techo? Bien. Perfecto. Lo admito... Pero era necesario que el ladrón entrara en el laboratorio. Y se puede bajar con relativa facilidad, pero no subir. ¿Se imagina usted a un hombre poniendo una escalera, apoyándola contra el muro, mientras nosotros estábamos en el interior? Me parece demasiado arriesgada la cosa.

Y añadió con énfasis:

—Le afirmo que ese hombre estaba muerto y que partió...

—¿Solo? —ironizó Paterne Benoit.— ¿Fumando un cigarrillo? Es infantil.

La voz del comisario se hizo más severa.

—¿Pretende usted que el ladrón se tomó la molestia de subir hasta aquí? ¿Quién le dice que subió? Podía bien estar escondido. No tiene nada de extraño que ya estuviera en el interior de la casa cuando usted llegó... Una vez que salió usted y cerró la puerta, cargó con el cadáver y huyó. Todo esto es bastante sencillo.

—¿Se imagina usted, entonces, que ese hombre era el asesino del doctor Vataresco?

—¿Por qué no?

—¿Qué me dice usted de la carta que le dí?

—Una tentativa de chantage... Nada más.

—¿Y se imagina usted que el asesino del doctor Vataresco lo mató colgándolo?

—Se han visto casos semejantes.

—Admitámoslo. Pero sostengo que en este caso ha sido imposible que el asesino operara en esta forma. ¿Se imagina usted al asesino dominando a su víctima, subiendo sobre un taburete, instalando la cuerda, pasando por el cuello del desgraciado el nudo mortal, suspendiéndolo y marchándose al fin? Le ruego que me explique, desde luego, por qué tenía que obrar así.

—La explicación es sencilla. El hombre, después de haber matado, quiso ocultar su crimen disfrazándolo, haciéndolo pasar por un suicidio.

—Sea. Pero después de haberse constatado el suicidio. ¿Para qué se robó el cadáver?

Paterne Benoit, a su vez, levantó los hombros.

Tuvo que reconocer que la hipótesis del gendarme tenía sus bemoles.

Vacilante, Paterne Benoit murmuró:

—Me parece haberle oído mencionar la ausencia de huellas en el cuello del ahorcado. Se ha dicho que la hipótesis del suicidio no sería admitida... Entonces...

—Entonces, el asesino prefirió, señor comisario, establecer netamente, que el suicidio no tuvo lugar. Porque, en resumidas cuentas, sabía bien que podía pensarse que el cuerpo no estaba inerte.

Esta vez Paterne Benoit bajó la cabeza.

La última objeción del gendarme, le dejó sin argumento de respuesta.

¿No era evidente que de las dos verdades posibles, una era la buena?

Si el asesino quiso dar a su crimen la apariencia de suicidio, nada explicaba que hubiera vuelto por el cadáver.

Si el suicidio era verdaderamente suicidio, ¿cómo explicar la desaparición del cuerpo?

Había que admitir, en ese caso, que la muerte no hizo su obra devastadora.

Con un mal humor visible, Paterne Benoit se volvió al médico que no había dicho una palabra.

—Tenemos que llegar a una conclusión. ¿Persiste usted en sus afirmaciones, doctor?

—¿Cuáles?

—¿Sostiene usted que el doctor Vataresco estaba bien muerto?

—No tengo la menor duda.

—Y usted, capitán, ¿qué dice?

—Yo digo que... que... El hombre estaba muerto, ¡pero huyó! Es todo.

—Y yo le repito que un cadáver no se marcha fumándose un cigarrillo.

—Entonces, ¿usted qué opina, comisario?

Una vez más, Paterne Benoit se quedó mudo.

Reunió los elementos de veracidad. Pero esos elementos se contradecían, hacían las cosas inverosímiles hasta el mayor grado posible.

Un muerto no se marcha por su pie. Pero el asesino no tiene interés en regresar por el cuerpo de su víctima, después de haber tomado sus precauciones para que se creyera en un suicidio.

¿Entonces?

Paterne Benoit, bruscamente, giró sobre sus talones.

—Por el momento, diremos que la cosa es incomprensible —declaró. No estamos obligados a explicar los milagros, ¿verdad?

Y al terminar esas palabras se fué, con las manos entre las bolsas.

Pero en ese momento iba reflexionando profundamente.

¿Se habría matado Vataresco? ¿Podía ser el miserable que mandó la denuncia anónima a M. Souin?

¿O se trata de la infeliz víctima de un espantoso crimen?

Paterne Benoit se dijo, a sí mismo, con entera franqueza:

—Cuando menos, son dos los que sostienen que se trata de un cadáver: el capitán y el doctor. ¡Es imposible que los dos hayan podido engañarse!

Pero al llegar al descanso de la escalera, escuchó esta conversación entre dos gendarmes. La voz tonante del brigadier Thiais, decía:

—Yo te digo una cosa: debía estar tan muerto, como tú y como yo, puesto





que emprendió la huída. ¡Qué demonios! ¡No se necesita pensar mucho para llegar a esta conclusión.

Y reía... reía...

Paterne iba bajando pensativo los escalones, gruñendo para sí:

—Este negocio está muy turbio, decididamente. Era lo que me temía. La cosa parecía muy fácil, hace un momento. Ahora tendré que habérmelas con un ahorcado que ha huído... y todo eso cuando se trata de una personalidad célebre a quien todo parece acusarle de ser un canalla miserable.

Había llegado al final de la escalera, cuando de pronto, en el silencio de la casa, resonó el repiquetear de un timbre.

Un instante después el enviado de la Sureté se lanzaba al teléfono.

Seguramente las noticias que le daban eran sensacionales, porque Paterne Benoit, escuchando a su interlocutor, cerraba con fuerza los puños.

—¡Comprendido! Regreso inmediatamente a París.

Colgó el audífono.

Nadie recibió sus confidencias...

Se marchó como había venido.

Quzás no dejó tras él, en Andresy, el sentimiento de su valor, de su habilidad, de su cortesía.

Pero Paterne Benoit no era de esos detectives que parecen querer encarnar a los héroes de novelas policíacas, a esos hombres de esencia superior que, desde el primer momento, suponen la verdad entre los misterios más desconcertantes.

Era sencillamente, un hombre hábil, ni más ni menos. Un agente de la Sureté, un detective capaz de confesarse a sí mismo:

—¡No comprendo nada!

Y quizás, en esta actitud, había una grandeza que muchos ni siquiera suponían.

CAPITULO TERCERO

No es necesario precisar aquí lo que es el Instituto Nacional francés de biología. En una época en que la ciencia apasiona a la opinión, en que el progreso de la química, de la física y de la medicina dejan sorprendidos aun aquellos que prestan más crédito a la inteligencia humana, no hay nadie que no conozca los grandes edificios que se elevan en las cercanías de la Ciudad Universitaria, sobre los viejos terrenos de las fortificaciones, esas construcciones donde los sabios más ilustres se debaten entre los misterios más insondables de la naturaleza y de la vida.

Sería útil, en cambio, indicar que el Instituto biológico dependiente de la Universidad de París, comporta servicios completamente distintos...

Hay lo que se llama el "cuadro de Investigaciones", que agrupa a los físicos, los químicos, los doctores, todos aquellos que merced a su título tienen un laboratorio. Hay también las salas llamadas "clínicas" donde se recibe a los enfermos que voluntariamente van a confiarse a los practicantes para que hagan sus experiencias cuyas resultantes beneficiarán a la humanidad. Hay, en fin, el cuadro puramente "administrativo" que vela por la buena organización de la casa, por el funcionamiento de los laboratorios, por la marcha regular de las salas de tratamiento.

El Instituto biológico cuenta, pues, con una dirección científica —y tal era el título del Dr. Vataresco, Jefe General de los Laboratorios de Investigación—, y un director administrativo que controla todos los gastos de la casa, manda al personal, vela, en una palabra, de la repartición de los créditos que afectan al vasto establecimiento.

El director administrativo es, pues, un personaje!

Tiene a sus órdenes, numerosos subdirectores, comisarios, dactilógrafas, expedicionarios y en fin a la cohorte innumerable de mozos del anfiteatro, preparadores, asistentes.

El acceso a la casa no es nada fácil. No se admite fácilmente a un modesto enfermo en el santuario que representa su vasto y lujoso edificio.

Ahora bien, aquella mañana, precisamente la de los dramáticos acontecimientos desarrollados en Andresy, un humilde mozo de anfiteatro llamado León —y apodado Totoche por los estudiantes irrespetuosos—, se encontraba precisamente ante el director administrativo.

Con su blusa blanca, un pañuelo mugriento alrededor del cuello, pasando y repasando entre las manos la gorra de dudosa limpieza, parecía el desgraciado muchacho estar a punto de desvanecerse a juzgar por el temblor de su miembros, por su rostro lívido...





—¿Se da usted cuenta de lo que dice? —le decía el director severamente.

—Sí, señor director.

—¿Ha pesado usted la locura que encierran sus palabras?

—Sí, señor director.

—¿Se da usted cuenta de que son perfectamente increíbles? ¿No estará usted ebrio?

—No, señor director.

—¿Tampoco estará usted loco?

—Mantengo toda mi sangre fría, señor director.

—Sin embargo no puedo creer lo que me dice... ¿Desde luego usted ha sido el único que vió eso?

—Estaba solo en el laboratorio del doctor Vataresco, señor director.

—Bien... bien... pues tuviste una alucinación, ¿me entiendes? Una alucinación...

—No, señor director.

—¿Entonces quieres que crea lo que me cuentas? ¿No te das cuenta de que si la cosa no se comprueba te echaré a la calle?

—Estoy seguro de lo que le digo, señor director.

—¡Es inimaginable!

Esta vez, levantándose con una vivacidad poco acostumbrada en él, el director administrativo del Instituto biológico se puso a marchar frenéticamente de arriba a abajo de su gabinete de trabajo.

De pronto se plantó frente a frente del mozo del anfiteatro que temblaba a más y mejor.

—Repíteme lo que me has dicho, —ordenó.

Y añadió en seguida, rectificando:

—No, no vale la pena. ¡Espera!

Regresó a su escritorio descolgó el teléfono y llamó:

—¿Bueno? ¿El conserje? ¿No ha visto usted llegar al doctor Vataresco esta mañana?

Se volvió vivamente hacia el mozo del anfiteatro y afirmó con tono triunfante:

—El conserje no le ha visto... pero continuemos la encuesta.

El director administrativo marcó otro número.

—¿Bueno? ¿El laboratorio 27? ¿Habla Mme. Antonieta la enfermera jefe? Dígame, ¿ha llegado el doctor Vataresco?

Dos minutos más tarde, fulminando con la mirada al infeliz mozo, el director afirmó:

—¡Mme. Antonieta tampoco le ha visto! Tú eres el único que le vió. ¿Me entiendes, Totoche?

Sin prestar atención al hecho de que el personaje le interpelaba por su sobrenombre, afirmó:

—Sí, señor director, yo le vi. Poniendo pies en polvorosa por el techo... Le juro a usted...

El director se dejó caer sobre uno de los cómodos sillones de cuero de su despacho.

—Cuéntame otra vez la historia. Pero pesa bien tus palabras.

Totoche respondió sin vacilaciones:

—Pues bien... estaba en el departamento de estufas sacando los tubos que





el doctor Sitri me había mandado esterilizar. Con ellos me dirigí al laboratorio del doctor. Abrí la puerta... entré...

—¿Qué hora era?

—Hace tres cuartos de hora, señor director.

—Entonces era más temprano que de costumbre. El doctor Vataresco jamás llega antes de las once y media.

—Lo sé, señor director, por eso no esperaba encontrarle.

—Continúe.

—Me sorprendió ver al doctor ante la mesa de los microscopios, dándome la espalda. Tenía todavía el sombrero en la cabeza, el abrigo puesto. Avancé un paso saludando: "Doctor..." y de pronto, zas! me propinó un puñetazo como para aturdir a un buey. Mire usted la marca...

—Repito que eso es una locura, Totoche.

—Puede serlo, pero también le afirmo que el puñetazo fué bastante sólido. Caí al suelo cuan largo era, rompiéndose los tubos. Por un momento no supe dónde estaba... Seguramente el señor director no ha recibido jamás un golpe en plena jeta... digo, en plena cara...

—No, naturalmente que no... ¿y después?

—Me rehice, levanté los ojos y recibí otro golpe... moral esta vez... la ventana estaba abierta...

—¿La ventána que da a la azotea?

—Sí, señor director. Me levanto y corro a esa ventana y veo al doctor Vataresco corriendo por el techo como un gamo... como un gato. Le vi desaparecer detrás de la chimenea.

El director administrativo se pasó el pañuelo por la frente perlada de sudor.

—¿Y después? ¿Qué pasó después? —inquirió ansioso.

—¿Después, señor director? Me quedé allá inmóvil, atontado aún, cuando de pronto me fijé en la caja fuerte donde el doctor Vataresco guardaba el radium. La caja estaba abierta, los cinchos de plomo que evitan la salida de las emanaciones del radium, desprendidos... Por eso vine a avisarle. Ahora si el señor director no me cree...

Poco a poco el señor director iba sintiendo el aguijón de la duda.

—Sígueme — ordenó al mozo—. Naturalmente, te prohibo mencionar una palabra a nadie de esta historia. Ven!

Y apresuradamente, con una prisa no acostumbrada en él se lanzó por los largos corredores. Era la hora en que el Instituto biológico se hallaba en plena actividad. Los médicos hacían sus visitas reglamentarias en las salas. Mientras avanzaba, el director tuvo que responder numerosos saludos. Pero al fin llegó al final del corredor y metióse rápidamente en el ascensor ordenando:

—¡Al último piso!

En el último piso estaban los laboratorios del doctor Vataresco, los preparadores, los asistentes y dos mujeres que servían como agentes de contacto: Mme. Antonieta a quien llamaban comúnmente la "Mayora" y la Srita. Hanrion, una muchacha esbelta, bonita, y a quien el maestro creía destinada al más halagador porvenir científico.

El director se encontró de pronto con Mme. Antonieta, quien al verle se curvó ceremoniosamente.

Mme. Antonieta estaba en esa edad en que la mujer se obstina en ocultar.





¡Era un tanto coqueta sin embargo! Pero inteligente, laboriosa, encargada de un trabajo de responsabilidad.

La mayora interrogó:

—¿El señor director quiere ver al Dr. Vataresco? Todavía no ha llegado.

—¿Pero el doctor Sitri sí?

—Sí señor director. Está en el anfiteatro dando su clase. Espero que no se trate de nada urgente.

—No, no. Que no le molesten... Tiene usted la llave del laboratorio del Dr. Vataresco?

La mayora levantó los brazos al cielo.

—¿Qué dice usted, señor director? Nadie más que el Dr. Sitri posee una con la que cierra todos los días. Nadie tiene derecho de entrar en el laboratorio salvo el...

Tenaz, obstinado, Totoche interrumpió:

—Perdone señora mayora. Yo tengo la llave. El doctor Sitri me la dió para sacar los tubos de la estufa...

La mayora se revistió de toda su dignidad para decir:

—Debían haberme prevenido... Quiere usted entrar en el laboratorio, señor director?

—Sí, precisamente...

Totoche se adelantó a abrir haciéndose a un lado para dejar pasar al director.

—¡Quédate ahí! —ordenó cerrando la puerta tras él.

Era verdad que el doctor Vataresco no admitía a nadie en el recinto de su laboratorio privado.

Era verdad que el director administrativo se asombraba de su propia audacia de irrumpir en aquel sitio.

Pero esta impresión extraña no duró mucho, porque en seguida nació otro sentimiento en el espíritu del funcionario.

Totoche no había mentido. Los indicios que veía justificaban hasta cierto punto las declaraciones del mozo de anfiteatro.

En el suelo se encontraban los múltiples añicos de los tubos de vidrio despedazados.

Pero además había otra cosa.

La ventana estaba abierta de par en par. Literalmente, el director administrativo se imaginó que estaba respirando la propia atmósfera del crimen.

Pero no estaba convencido aún. Dudaba de que llegara a estarlo jamás. No obstante, la duda aumentaba en él...

Totoche no había inventado la sorprendente historia para justificar de haber roto los tubos. Suponerlo sería sencillamente ingenuo.

Pero al mismo tiempo se repetía:

—¿Cómo suponer que un doctor Vataresco esté metido en una aventura semejante?

"Un" doctor Vataresco...

Un sabio al que nadie puede hacer objeto de dudas infamantes, que tiene que estar por encima de cualquier situación injuriosa...

¡Un Vataresco!... ¿No era pues una de tantas glorias universales que honran a la humanidad?

¡Veinte descubrimientos excepcionales! Toda la existencia dedicada a una





labor afanosa. El desinterés de un hombre que había rehusado diez veces puestos remuneradores, para continuar allá, en aquel laboratorio humilde, modesto...

¿Podía haber sido él quien derribó de un puñetazo al mozo de anfiteatro para después poner pies en polvorosa por la azotea?

El director se confesó:

—¡Me estoy volviendo loco!

De pronto se fijó en la caja fuerte, donde se guardaba el radium.

Como había dicho Totoche las chapas de plomo que encintaban el cofre estaban un poco desplazadas. Pero la puerta no estaba abierta. ¿Habría exagerado el mozo?

El director administrativo experimentó un brusco sobresalto.

—Sí, esto es una locura, —decidió. Ese Totoche no es digno de confianza.

Pero al mismo tiempo la duda le aguijoneaba con mayor fuerza que antes.

Sus ojos acababan de descubrir sobre una mesa un modesto cronómetro de níkel que indicaba las once y media de la mañana. ¿Cómo no estaba ya en el laboratorio el doctor Vataresco?

El director reflexionó:

—Estoy convencido de que es la puntualidad misma. A las once y cuarto en punto llega siempre.

Bruscamente, el funcionario, batiéndose en retirada abandonó el laboratorio.

—Cierra la puerta —ordenó. Y agregó en seguida:

—Dame la llave, y vete a esperarme a mi oficina. Y cuidado con la lengua, entiendes?

La Mayora ocupada en el otro extremo del laboratorio se precipitó:

—¿Terminó usted su visita, señor director? Quisiera aprovechar la oportunidad para preguntarle...

Pero el director administrativo, sin hacerle caso, la interrumpió:

—¿No ha habido nada de particular en el servicio esta mañana?

—Nada... señor director.

—¿Está usted segura?

—¿Se refiere usted a la tardanza del Dr. Vataresco?

—Justamente. ¿Sabe usted la causa de ese retardo?

—No señor director. Y me extraña. Desde hace diez años jamás había sabido que llegara tarde.

—¿No parecía enfermo ayer?

—No señor director.

—¿Estaba alegre, contento? ¿No le notó usted nada?

—A él nada, pero sí he notado algo...

—¿De qué se trata?

—De una simple coincidencia. Mlle. Hanrion no se ha presentado aún, y precisamente el día en que falta el Doctor Vataresco a sus labores...

Tuvo una breve sonrisa.

¿Iban a escaparse nuevas maledicencias de aquellos labios carnosos?

El director administrativo no tuvo valor de seguir escuchando.

—Está bien, —dijo secamente.— Esas cuestiones no me interesan. No son de mi resorte... Buenos días... Haga el favor de avisarme inmediatamente que llegue el doctor Vataresco. Necesito hablar con él.

El director administrativo partió inmediatamente.

Aquella dualidad que sentía era una cosa por demás extraña en él. No podía creer las afirmaciones de Totoche. Menos aún las insinuaciones de Mme. Antonieta





Era que en los laboratorios como en todas partes en donde los individuos tienen que vivir en comunidad, siempre surgen la maledicencia, los celos, las hablillas.

¡Extraño medio de cultivo de todas las taras humanas, aquellos medios científicos!

¡Pero había que despreciar aquellas cosas! Había que pensar en que sabios o ignorantes, todos estaban hechos del mismo barro del que está petrificada la humanidad.

Filosóficamente, el director se confesó:

—Lo mismo ocurre en la administración. Y en seguida, volvió a su obsesión:

—¿No se tratará de una venganza?

Bruscamente un pensamiento le atravesó el espíritu, como un meteoro que fustigara la sombra.

—¡Ah, soy un idiota! ¡Si no tengo más que telefonar a casa del doctor Vataresco! Así me enteraré de si está enfermo, de si ha sufrido algún accidente, de si le ha pasado algo.

Se puso a correr...

Totoche estaba inmovilizado ante la puerta de su oficina, con las espaldas apoyadas contra el muro.

No te muevas de aquí —le dijo el director. Y te prohíbo hablar con nadie. ¿Me comprendes?

Entró en su despacho y cerró cuidadosamente las puertas para dirigirse inmediatamente al teléfono y pedir comunicación urgente con Andresy.

—Quiero hablar con el doctor Vataresco... Y dese usted prisa... se trata de algo urgente... muy urgente!

Unos minutos después estaba comunicado. Febrilmente el director se apoderó del aparato.

—¿Bueno? ¿Bueno?... ¿Es la casa del doctor Vataresco? ¿Habla el doctor?... No!... ¿Quién está en el aparato?

Parecía que iba a darle un ataque de apoplejía...

Una voz desdeñosa le demandó del otro lado del hilo:

—Dígame usted quién es... Le escucho!

¡Cómo, alguien se atrevía a hablarle en ese tono, a él, al director del Instituto Biológico!...

Con voz severa continuó:

—Quiero hablar con el doctor Vataresco personalmente. Se trata de un asunto urgente. ¿Quién habla?

Esta vez la apoplejía parecía aproximarse.

—Un comisario de la Sureté, caballero.

¡Cómo!... ¿Había un agente de la Sureté en la casa del Dr. Vataresco?

El director sintió literalmente que se le ponían de punta los cabellos.

—¿Le ha pasado alguna cosa al doctor? ¡Diga, diga usted!

—¡Sí! —respondió la voz.

—¿Pero qué... qué? Puede usted hablar con entera confianza... soy el director del Instituto Biológico. Dígame la verdad.

La voz del otro lado, irónica, molesta, respondió:

—No hay el menor motivo para ocultarla... El doctor Vataresco está muerto... está aquí... ahorcado!





El director del Instituto respondió maquinalmente, ya que en cierto modo había perdido la razón, había perdido el control de sus palabras.

—¿Ahorcado? Pero como es posible... hace tres cuartos de hora estaba aquí...

La voz explicó fríamente:

—¡Imposible! A las siete de la mañana ya estaba bien muerto... frío.

El director administrativo insistió aún:

—Le digo a usted que hace tres cuartos de hora estaba aquí... Un mozo del anfiteatro le vió... le sintió dolorosamente...

Pero en el mismo momento el funcionario pareció recobrar la lucidez de espíritu.

Si el doctor Vataresco estaba muerto y frío "a las siete de la mañana" ¿cómo podía admitirse que hubiera estado en el laboratorio a las once de la mañana?

—Escuche usted, señor comisario. ¡Esto es atroz! Sin duda existe una confusión... No acierto a comprender... ¿Dice usted que el doctor Vataresco está colgado? Que se ha suicidado?

La respuesta que le dieron fue de tal suerte que esta vez el teléfono se le escapó de las manos.

El agente de la Sureté, —Paterne Benoit— le había respondido tranquilamente:

—Le repito señor director, que el doctor Vataresco se ahorcó desde anoche. Ahí está colgado. No cabe la menor duda. Dos carreros, un doctor, el capitán de la gendarmería, otros gendarmes, en fin, más de diez gentes están dispuestas a atestiguar mi aserto... Pero no es todo. El doctor Vataresco ha hecho una cosa más extraordinario aún! Después de muerto, se ha escapado!... Sí, exactamente como le digo!

Y la voz, cada vez más desagradable, terminó su extraordinario mensaje con esta insolente pregunta:

—¿Es que el doctor Vataresco ha cometido alguna incongruencia en el Instituto biológico... Ya que ha podido escapar después de muerto? De todos modos, señor director, sería conveniente que tuviéramos una entrevista en serio... Voy a París inmediatamente. Le ruego que me espere.

Dos minutos después, tirado en uno de los sillones confortables, con los brazos caídos, sudando copiosamente, con el rostro lívido, el director del instituto biológico se dispuso a esperar, en efecto... mientras se decía:

—Cuando se presente este comisario de la Sureté podré enterarme de todo... saber la verdad...



CAPITULO CUARTO

Dos horas más tarde, el director del instituto biológico había perdido completamente sus más caras ilusiones.

Paterne Benoit, en tres palabras, le puso al corriente de la cosa, haciéndole comprender que no estaba en condiciones de informarle.

—Vengo aquí a hacer una investigación, señor director, —declaró el comisario de la Sureté. —Por qué habría de estar en condiciones de saber lo que ha pasado? En este momento no puedo decirle nada, porque nada sé.

Y añadió:

—Sin embargo, tengo una certidumbre: que si el doctor Vataresco estaba muerto en su laboratorio, a las siete de la mañana, no ha podido presentarse a las diez en el Instituto Biológico. Y lo contrario es igualmente verdad... Si estuvo en el Instituto a las diez de la mañana, puedo afirmarle que no estaba muerto a las siete de la mañana.

Después, tranquilamente, Paterne Benoit preguntó:

—Está usted de acuerdo, señor director?

Y al momento, inquirió:

—¿Pero qué es lo que ha hecho aquí el doctor Vataresco? ¿Quiere usted decírmelo?

Con unas cuantas frases, el funcionario puso al corriente al delegado de la Sureté.

—Comprende usted la inverosimilitud de las afirmaciones de ese mozo de anfiteatro? —terminó.— Un Vataresco agarrándose a golpes con su criado!... Un Vataresco saliendo por la ventana... huyendo... desapareciendo por las azoteas! No son más que puras fantasías!

Paterne Benoit pensó en ese momento:

—En efecto, aun suponiendo que Vataresco fuera un bandido, no se habría portado de esa manera. Y además, diablos, no se ha demostrado que sea un bandido. Eso también es inverosímil. No puedo olvidar que se trata de una personalidad cuyo renombre domina toda esta cuestión... Ese hombre es conocido... No se sabe lo que vale?... Entonces...

El Inspector de la Sureté se echó un poco hacia adelante:

—Quisiera preguntarle una cosa, señor director.

—Usted dirá...

—No se trata de un informe... Voy a rogarle que se vaya de aquí...

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?

—Que quiero instalarme en su despacho y hablar personalmente con el mozo de anfiteatro.

—Pero es que Totoche no le dirá más...

—¿Se llama Totoche? Es nombre de un fantasista...

—Se trata de un sobrenombre.

—Pues bien, envíemelo cuanto antes.

Paterne Benoit pareció recobrar súbitamente su buen humor. Con una sonrisa amable invitó a Totoche a que se sentara.

—Dígame, amigo, aquí entre nosotros, no se trata de una broma toda esta aventura?

Totoche sacudió la cabeza con energía.

—Ninguna broma, señor. Yo ví al doctor como le estoy viendo a usted. Corría como un conejo... y además, mi nariz...

—Sí, sí, exacto! Su nariz es un comprobante. Pero sucede que yo llego de nuevo aquí, que no conozco a nadie, que no estoy enterado de las costumbres de la casa. Y quiero que me ayude. Desde luego, no se trata de un interrogatorio oficial. Hablamos como camaradas, me comprende?

—No tengo nada que ocultarle, señor.

—Desde luego hay algo que quisiera saber. Era un tipo "bien", ese doctor Vataresco?

Paterne Benoit disimulaba con su hablar tranquilo toda la tensión de sus nervios, al tiempo que esperaba con un ansia loca, la respuesta del humilde mozo.

Oh, Paterne Benoit era un psicólogo a su manera!

No olvidaba que los humildes suelen juzgar con una agudeza notable a aquellos de quienes reciben órdenes. Aquel mozo tenía para el doctor Vataresco sentimientos distintos de los que pudieran experimentar sus colegas.

Totoche no vaciló:

—Sí, hasta el día de hoy fue un tipo bien. No daba muchas propinas... pero es que el pobre no nadaba en oro. Pero en fin, era un buen patrón... jamás regañaba...

—¿Por qué dice usted "hasta el día de hoy"?

El mozo se frotó la nariz con convicción.

—Quizás porque tenga mis razones, sabe usted?

Y se puso a reir.

—Pero, después de todo, no le guardo rencor. Seguramente no estaba en sus cabales...

—Es posible —aceptó Paterne Benoit ¿Y todo el mundo le quería bien?

—Sí, —respondió gravemente Totoche.— Demasiado.

—Cómo demasiado?

—Pues bien... hum! las mujeres...

—Ah, ah! Tenía sus intriguillas?

Totoche lanzó una carcajada fantástica:

—Intriguillas él? Ah, no comprende usted. Quizás él no lo supiera, solamente que era como el sarampión...

—¿El sarampión de quién, Totoche?

—¡Ah! De dos pollitas del laboratorio. Primero, y principalmente de la gorda... la mayora... Cuando le miraba podría decirse que le babeaban los ojos...

Paterne Benoit no se conmovió lo más mínimo ante esta pintoresca expresión.

Si la mayora "babeaba" de los ojos cada vez que miraba al doctor Vataresco, no era esa una prueba de que le quería sinceramente?

El comisario de la Sureté interrogó:

—Y dice usted que no era ella sola?





—No, la flaca...

—Quién es la flaca?

—Mlle. Hanrion. Una encantadora muchacha... La cólera que me daba ver que el doctor no le hacía caso! Pero es que un hombre como él no es como todos. Todos sus sentimientos estaban puestos en los microbios. Entre una rubia y tubo de cultivo, no vacilaba. La chica tenía momentos en que se desesperaba.

Paterne Benoit fingió ingenuamente:

—Y naturalmente, ambas se detestaban, no es eso?

—¡Imagínese! La gorda no quería a la flaca... Pero me parece que la flaca se reía de la gorda... Además, jamás se sabe lo que piensan las mujeres...

Paterne Benoit debía ser de la misma opinión, ya que no contradijo al mozo de laboratorio.

Además, estaba pensando en otra cosa.

No es un axioma policíaco, comprobado infinidad de veces, que siempre conviene "buscar a la mujer", cuando se trata de solucionar algún misterio en apariencia incomprensible?

Suavemente, el inspector preguntó:

—Qué dijo Mlle. Hanrion esta mañana, al enterarse del escándalo?

Totoche levantó los hombros.

—No dijo nada. No ha venido hoy.

—Aja! Y Mme. Antonieta?

—No sé... El director me dió orden de encerrarla. Pero seguramente que habrá dado rienda suelta a sus pensamientos.

Paterne Benoit se levantó.

—Quiere hacerme el favor, amigo Totoche, de rogarle a la Mayora que venga a verme?

—Con todo gusto —prometió Totoche.

Cuando Paterne Benoit se quedó solo, sumióse en las más profundas reflexiones.

Indiscutiblemente, el Dr. Vataresco encarnaba a un personaje simpático, ocupado únicamente en sus investigaciones, indiferente aun a las intrigas amorosas, de las que ni siquiera se daba cuenta.

Y era ese hombre el héroe de una aventura tan escandalosa, de un drama tan misterioso?

Una vez más Paterne Benoit se confesó:

"No obstante, tengo que decidirme. O está muerto o no lo está... o es un ladrón o es un hombre honrado. O el doctor y el gendarme de Andresy son un par de imbéciles, que han confundido a un muerto con un vivo o Totoche estaba ebrio!"

Desgraciadamente, Paterne Benoit no podía formarse una convicción.

Admitir que un médico famoso, conocido, se hubiera confundido con un cadáver, y que un capitán de gendarmería hubiese cometido idéntico error, era evidentemente difícil.

Creer, por otra parte, que Totoche, ese mozo de laboratorio, que conocía perfectamente a Vataresco, mentía o se engañaba al afirmar que había sido víctima de la agresión del Dr. Vataresco, era igualmente sorprendente.

Y, sin embargo, —la lógica lo exigía imperiosamente,— no había que considerar que una u otra de ambas hipótesis era exacta?

—Qué diablos! —exclamó Paterne Benoit,— no se puede estar muerto y





vivo a la vez. De esto estoy seguro.

E interrumpió sus reflexiones, para invitar:

—Adelante.

Acababan de llamar a la puerta. Mme. Antonieta, muy digna, aun cuando un tanto pálida, avanzó hasta Paterne Benoit, quien galantemente le suplicó que se sentara.

—Me mandó usted llamar, señor comisario?

—Sí, señora. Y voy a pedirle que me conteste algunas preguntas. Entienda usted que lo que me diga tendrá mucha importancia. Conozco el sitio que ocupa usted en el servicio del Dr. Vataresco. Sé a quien me dirijo... cuan digna es usted de su confianza... En consecuencia...

—Le agradezco a usted su opinión. Estoy completamente a sus órdenes.

—Bien. Profesaba usted simpatías por el Dr. Vataresco?

—Diga usted un gran afecto, señor.

—Estimaba usted al profesor? Le quería como sabio... su vida privada...

—Perdóneme que le interrumpa. El Dr. Vataresco no tenía absolutamente vida privada. Yo se lo puedo afirmar enfáticamente. Unicamente le interesaba la ciencia.

—Entonces, señora, que dice usted de las declaraciones del mozo del anfiteatro?

—Locuras, caballero! Ese hombre, o está loco o está borracho... o a lo mejor se trata de una vil venganza.

—Sin embargo, le profesaba afecto al doctor.

—Con esas gentes nunca se sabe nada!

—Quizás tenga usted razón, señora. Pero continuemos. —Querían al doctor Vataresco en el laboratorio?

—Universalmente.

—Está usted segura?

—Del todo. Creo que todos nos habríamos arrojado al fuego por él!

—Y dígame, señora, participaba de los mismos sentimientos la señorita Hanrion?

—Prefiero no hablar de la Srita. Hanrion, caballero! —respondió secamente Mme. Antonieta.

—Por qué?

—Tengo horror a la maledicencia. Además, considero que Mlle. Hanrion no formaba parte del servicio. Aquí todos debemos ser apóstoles, creyentes de la ciencia, cuando menos. Las que se dedican a pintarse los labios, a darse polvo en el rostro o a pulirse las uñas, no tienen sitio en nuestra colmena laboriosa.

Por un momento, Paterne Benoit guardó silencio. Después inquirió.

—Ha venido Mlle. Hanrion?

—No señor.

—Estará enferma?

—Administrativamente, no sé nada. Todo lo que puedo decirle es que su ausencia es inmotivada.

—Perfectamente, perfectamente.

Paterne Benoit sentía aumentar en él la esperanza, a pesar de la tranquilidad que afectaba.

Habría que "buscar a la mujer", efectivamente, en todo aquel asunto que





amenazaba con transformar la colmena laboriosa de que había hablado Mme. Antonieta?

De todos modos, le parecía extraña aquella ausencia inexplicable de Mlle. Hanrion, el día mismo en que el Dr. Vataresco se convertía en el héroe de aventuras tan misteriosas.

Un poco escéptico, en cuanto a virtudes humanas se refería, Paterne Benoit pensaba:

"Con todo y ser sabio, no se deja de ser hombre. No se tratará por casualidad de una fuga?

Pero, en realidad, la hipótesis de una fuga no explicaba nada...

Si en efecto, Mlle. Hanrion jugaba un papel en el drama, si el amor había provocado ese drama, se necesitaba antes que nada comprenderlo.

El colgado de Andresy estaba o no estaba muerto?

Había o no había el Dr. Vataresco propinado un tremendo puñetazo a Totoche, para después darse a la huída por los tejados?

Y por qué esto? O por qué aquello? Y por qué esa acusación monstruosa, que recibiera la Sureté y que designaba anticipadamente al Dr. Vataresco como al hombre capaz de cometer un abominable delito?

"Estoy perdiendo la cabeza!", se confesó Paterne Benoit.

Y un momento después, formuló esta pregunta:

—Creo saber, señora, que el Instituto Biológico retiene en estos momentos importantes fragmentos de radium?

—Exacto.

—Creo igualmente que ese radium está confiado al cuidado del Dr. Vataresco?

—Sí señor. En una caja fuerte forrada de plomo, con el objeto de prevenir las emanaciones peligrosas.

—Y quién tiene la llave de esa caja?

—El Dr. Vataresco, naturalmente! Pero aun hay otra precaución. El laboratorio del Dr. Vataresco está cerrado por una puerta de hierro literalmente inviolable... Cuando el Dr. Vataresco se marcha, todas las noches, confía la llave de esa puerta a su primer asistente, el Dr. Sitri...

—De modo, señora, que para llegar hasta donde se encuentra el radium, es necesario contar con dos llaves, la que tiene el Dr. Sitri, de la puerta, y la que tiene el Dr. Vataresco de la caja de hierro. No es eso?

—Precisamente, señor.

—Ahora voy a pedirle un favor. Quiere usted ser tan amable de enseñarme el laboratorio del Dr. Vataresco?

—Estoy a su disposición, señor, pero voy a permitirme hacerle una pregunta: a qué viene toda esta investigación? No sería suficiente telefonear a la casa del doctor. Seguramente está alla...

—No señora, no está. Sería inútil telefonear, porque el Dr. Vataresco se ahorcó anoche en Andresy...

—Dios mío!

Pálida, hasta el punto de creerse que se desmayaría, Mme. Antonieta juntó las manos con un gesto de desesperación, de horror, de asombro...

Paterne Benoit continuó, examinando las reacciones de la Mayora:

—Cuando encontraron su cadáver balanceándose al extremo de una cuerda, me mandaron llamar. Y bien, diez minutos después de mi llegada, me dí cuenta





que después de muerto, el Dr. Vataresco se había escapado!

Un grito fué la única respuesta que obtuvo Paterne Benoit...

Esperó un segundo y después agregó:

—En seguida se desarrollaron los acontecimientos que usted conoce, en este Instituto... Se da usted cuenta ahora de mi angustia? Se trata de comprender esto y aquello, señora. Veamos, podría usted darme una explicación?

De los labios blancos de la Mayora se escapó un balbuceo:

—Pero esto no tiene explicación posible!

Era exactamente la opinión de Paterne Benoit.

Pero a ese pensamiento se añadió el de que Mme. Antonieta no era la testigo que podría arrojar la menor luz en aquel tenebroso asunto.

En ese momento, llamaron a la puerta:

—Adelante! —invitó Paterne Benoit.

Una enfermera se hizo a un lado para rogar que pasaran dos personajes apenas visibles.

—Pasen ustedes. Ahí esta el Sr. Paterne Benoit...

Esta vez, fué el detective el que por un poco más lanza un grito de asombro,

Uno de los hombres le era desconocido. A juzgar por su uniforme, era un empleado de los ferrocarriles. Pero en su compañero, Paterne Benoit reconoció enseguida al doctor de Andresy. Que venía a decirle este profesional? Y por qué se hacía acompañar de ese empleado ferroviario?

Paterne Benoit se adelantó al encuentro de los recién llegados, diciendo:

—Doctor! Lo que menos me esperaba...

—Bah! —respondió el aludido,— de un hombre como yo que es capaz de confundir a un muerto con un vivo se puede esperar todo, no es verdad?

Después, levantando los hombros con un poco de desdén, continuó:

—Pensé que tendría usted interés en interrogar a este caballero. Abandonó su servicio a las diez de la noche y cuando se retiraba a su casa, cuyo camino le obliga a pasar por la del doctor Vataresco, advirtió claramente la presencia del ahorcado. Entiende usted?

Paterne Benoit se mordió los labios rabiosamente hasta hacerse sangre.

Entendía, en efecto, lo que trataba de decirle el doctor.

Si el doctor Vataresco estaba colgado a las diez y minutos de la noche, nadie podía poner en duda su muerte.

La voz un poco ronca de Paterne Benoit inquirió:

—Dígame, amigo, está usted seguro de lo que sugiere?

—Ciertamente, señor.

—Estaría usted dispuesto a jurarlo?

—Se lo juro de antemano.

—De modo que usted vió al colgado poco después de las diez de la noche?

Un poco antes, a eso de las diez y veinticinco...

—Bien, bien. Entonces, por qué no avisó usted?

—Porque el asunto no me importaba, caballero.

—Cómo, cómo! Ve usted a una persona colgada de una cuerda y se va usted tranquilamente a acostar?

—Mire usted, al principio quise gritar, pero me dí cuenta en seguida que el hombre estaba bien muerto.

—Cómo supo usted que estaba bien muerto?

—Muy sencillo, porque no se movía... sus pies y sus manos estaban rígidos.

Y además yo fuí jardinero del Doctor Vataresco y le dejé porque tuvimos un disgusto... Habladurías... Y es por eso que no quise ocuparme de la cosa... No tiene nada de gracioso estar mezclado en asuntos de esta especie!

Diez minutos más tarde, Paterne Benoit avanzaba por los corredores del Instituto Biológico, después de haber recogido la declaración escrita del ferroviario y haber dado las gracias al doctor de Andresy por su espontánea colaboración, y después, especialmente de haber llegado a una conclusión terminante:

Seguramente la muerte del doctor Vataresco era del todo indudable!

Pero ahora faltaba explicarse lo que había ocurrido en el hospital. Faltaba comprender el papel que Totoche había jugado en la aventura.

Porque, en fin, si las declaraciones eran formales, establecían la muerte del doctor Vataresco; pero otras declaraciones no menos formales tendían a demostrar que el sabio, después de su muerte aparente, había estado en el Instituto biológico...

No era una prueba concluyente, la nariz hinchada del infeliz Totoche?

Mientras caminaba, Paterne Benoit iba pensando:

—Después de todo, por qué Totoche no habría de ser un culpable hábil? Por qué no habría de haber inventado la venida del doctor Vataresco? No era posible que se hubiese hecho él mismo el puñetazo, que hubiese inventado la presencia del sabio?

Pero en los precisos momentos en que estaba a punto de culpar a Totoche de esos malos procedimientos, se dió cuenta de que la cosa no tenía explicación aceptable.

A la hora en que le hincharon la nariz y en la que escapó Vataresco por la azotea, Totoche no sabía nada acerca de la muerte del doctor.

Cómo habría podido, en esas condiciones, arriesgarse a presentar una acusación a la que la presencia del doctor Vataresco en el Instituto era bastante para reducir a la nada, cinco minutos más tarde?

Lógico, Paterne Benoit decidió:

Si Totoche obró a la mala, bien se debió cuidar de hacer una acusación tan tremenda en contra de una personalidad tan respetada.

Además, había otra cosa inexplicable, aun suponiendo y aceptando la culpabilidad de Totoche.

La desaparición del cadáver del doctor Vataresco!

Paterne Benoit volvió a sumirse en el mar de la duda, y ya no sabía qué negar, qué suponer, qué creer. Su mal humor se acrecentó cuando en el momento de ir a tomar el ascensor se llegó hasta él nada menos que Totoche, haciendo grandes aspavientos y diciéndole:

—Señor comisario... señor comisario, acabo de enterarme de una cosa. No he sido yo el único que vió al doctor Vataresco. Mi colega, el encargado de la calefacción central, también le vió. Lo mismo pasa con el conserje encargado de la puerta pequeña, que tuvo que abrirle... No va usted a pensar que todos estuviéramos borrachos, sapristi!

Paterne Benoit frunció el ceño.

Estaba escrito que tenía que ir siempre de una conclusión a otra en esta encuesta policíaca? El destino quería que estuviera cambiando de opinión a cada instante?

A creer a Totoche, era necesario concluir que todo el mundo se había equivocado en Andresy... y eso era inadmisible!





A pesar de ser un hombre correcto, Paterne Benoit perdió el sentido de esta virtud y exclamó:

—Silencio! —para agregar después: —Vamos! y subir dulcemente en el elevador.

Cuando dos minutos más tarde el detective y su acompañante, la Mayora, penetraba en la serie de departamentos que constituían el laboratorio del doctor Vataresco, Paterne Benoit vió que avanzaba hacia él un hombre como de cuarenta años, de rostro sereno, grave e inteligente.

—El doctor Sitri... ayudante en jefe del doctor Vataresco, —anunció la Mayora.

Después de las presentaciones, Paterne Benoit preguntó:

—Doctor, conoce usted los acontecimientos motivo de esta mi investigación?

—Ciertamente, señor comisario. Por eso me ve usted tan trastornado...

—Tiene usted alguna opinión, doctor?

—En verdad, no puedo creer...

—No se trata de lo que se "cree" —interrumpió Paterne Benoit con cierta brusquedad,— sino de lo que puede demostrarse. Desde luego, dígame: juzga usted a Totoche como persona de fiar?

—Sin la menor duda. Es un excelente trabajador. No puedo más que hacer elogios de su persona.

—Entonces admite usted que el doctor Vataresco le pegó?

—Eso, es inadmisible... la personalidad del doctor...

—Bien... —volvió a interrumpir Paterne Benoit.— Dejemos eso. Antes de examinar la personalidad del doctor Vataresco quisiera considerar otra cosa.

—Cuál?

—La puerta del laboratorio. Es ésta?

El doctor Sitri inclinó la cabeza, un tanto confuso.

—Ciertamente. Esta mañana estaba rigurosamente cerrada con llave. Y la llave está en mi bolsillo. Fuí yo quien se la dió a Totoche, y repito que es digno de confianza.

—Mejor que mejor, —exclamó Paterne Benoit.— En este asunto todo el mundo es inatacable.

Inclinándose un poco, examinó la cerradura. Una cerradura poco común. En razón sin duda del valor considerable que representaba el radium, la puerta del laboratorio estaba provista de una cerradura de seguridad que habría hecho muy difícil, si no imposible, cualquier tentativa de fractura.

Por lo demás, estaba intacta.

Nadie la había tocado. Y si la puerta estaba abierta era porque se poseía la llave. Y la llave estaba en la bolsa del doctor Sitri. Y cuando se la dió a Totoche —digno de fiar,— fué cuando éste sucumbió al puñetazo del doctor Vataresco, quien se encontraba en el interior del laboratorio, y quien se encontraba, después de muerto, siete u ocho horas antes, en Andresy!

—Ya no se trata de fantasmagorías, —dijo en voz baja Paterne Benoit... se trata de demencia!

Pero al mismo tiempo se le ocurrió una idea. Había que asegurarse antes que nada que el precioso mineral se hallaba aún en su sitio e intacto.





—Proporcióneme un teléfono, rogó a la Mayora.— Voy a pedir a la casa Fichet que me mande a un cerrajero para abrir esa caja fuerte.

Poco después, el obrero de la casa Fichet se ocupaba activamente de abrir la caja.

Con las orejas pegadas a la plancha de hierro, descubría los distintos ruidos, las distintas sonoridades de la combinación complicada.

De pronto, la puerta se abrió de un golpe. El obrero retrocedió.

En ese instante, un mismo grito se escapó de los labios de Paterne Benoit y del doctor Sitri, un mismo grito de angustia y de cólera:

—Robado! —exclamó el doctor Sitri.

—Vacío! —gritó Peterne Benoit.

No había la menor duda sobre esto. La caja fuerte estaba, en efecto, vacía...

(Concluirá en el próximo número).

SOLUCIONES AL JUEGO LITERARIO

¿LA RECUERDA USTED?

1.—"DON QUIJOTE", de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

2.—"EL ARTISTA ADOLESCENTE", DE JAMES JOYCE

3.—"EPISCOPO Y CIA", DE GABRIEL D'ANUNZIO




el cuento
Revista de Imaginación


el cuento
Revista de Imaginación


BY NC SA
México 2.5